

# **CUANDO SE ACABEN LOS DÍAS**

**Su Rodríguez**

*Buscaré tu pecho para acurrucar  
este peso enorme que llevo en el alma  
y no sé explicar.*

*Alfonsina Storni*

*A mi madre, que lo hizo lo mejor que supo.  
A mis hijas, por las que lo haré lo mejor que sé.*

## Día 1

Es casi mediodía y si no se levanta y sube la persiana seguirá en la cama cuando se haga de noche. No sería la primera vez, pero hoy no puede. En un rato vuelven a casa después de quince días. Quince días que han pasado muy rápido, pero se han hecho eternos. Los pájaros pían con fuerza al lado de su ventana, parecen sermonearla, ten un poco de vergüenza, joder. Pío, pío. La noche anterior volvió a las andadas y esta mañana arrastra un estado de ánimo que ya conoce de sobra, pero que no por eso es más soportable. Se le fue de las manos, *putas compañías qué mal las eliges a veces*, y sin darle demasiada importancia, estuvo bebiendo y esnifando coca hasta altas horas de la madrugada. La coca, esa droga que efímeramente te hace pensar que te comes el mundo hasta que se acaba y todo es un drama. Llevaba tiempo sin consumir ¿y tuvo que ser ayer? En el momento pareció que la situación lo requería, pero al final nunca merece la pena. Demasiadas veces la misma piedra. De todos modos, ahora no tiene tiempo de pensar en ello. *Eres imbécil Beca*.

Media hora después está sentada en el brazo del sofá mirando fijamente las tres bolsas de viaje colocadas en fila delante de la puerta. Deben estar al llegar. Su padre quedó en traerlas a la 1 y son y cuarto pasadas. No se suele retrasar. Ninguno lo hace, lo que sea para evitar discusiones. Se ha recogido el pelo y se ha maquillado un poco a ver si disimula la falta de sueño, y de dignidad. Quizá así no se note mucho que está aterrorizada. La maternidad la aterroriza, pero se aguanta, lo primero es ser madre y luego todo lo demás. Se acerca al tocadiscos y cambia el disco de Lana del Rey que lleva desde el día anterior dando vueltas sin sonido, por el *Harvest Moon* de Neil Young. Ese disco le transmite paz. Mientras suena *Unknown Legend: she was an unknown legend in her time, now she's dressin' two kids, lookin' for a magic Kiss, she gets the far-away look in her eyes*, inicia mentalmente el enésimo repaso al equipaje: ropa, aseo, juegos, cosas de playa, libros... ¿será suficiente?

Ha alquilado una Volkswagen California, de esas camperizadas con todo tipo de complementos y detalles. Una mini casa rodante en la que van a viajar y dormir durante las próximas dos semanas. Una chica de sus clases de yoga le había hablado maravillas de un viaje que habían hecho en familia en una furgoneta alquilada y le pareció una buena idea para su primer verano las tres solas. Tampoco es que sus escasos ahorros le lleguen

para un hotel o un Airbnb de esos a los que solían ir los cuatro. Divorciarse es de ricos. No tiene claro que vaya a ser fácil adaptarse a la vida nómada, pero está dispuesta a jugársela, quiere sorprenderlas con algo diferente, una aventura que alivie la culpa de los últimos meses. Crear vínculos con ellas de nuevo. El plan es ir desde Madrid hasta el sur de Portugal, lugar del que tiene grandes recuerdos. Hace ya quince años del viaje a Aljezur que hizo con dos amigas de la infancia. Recorrieron pueblos y playas y dormían al aire libre o en zonas de acampada. Se bañaron desnudas en el Atlántico y bailaron música electrónica en fiestas perdidas en la sierra alentejana. También conoció a aquel chico portugués, un dj flaquito con el cuerpo lleno de tatuajes al que no volvió a ver y tampoco se molestó en buscar en Facebook. Ya no sabe mucho de aquellas amigas, se marcharon de España. Una abrió una agencia de viajes de aventura en Vancouver y la otra aceptó sin dudarlo una oferta como arquitecta en Dubai. Siempre las ha admirado por ser tan valientes. Ella nunca se marchó y nunca ha tenido claro si porque no quiso o porque no la dejaron. De vez en cuando surgen recuerdos de aquellos días portugueses en el chat de WhatsApp que las tres mantienen más por nostalgia que por nada que las una en el presente. Fue el verano antes de entrar a trabajar en la empresa en la que aún sigue. Acababa de cumplir 25 años y empezaba a convertirse en la mujer adulta que es ahora. Quién hubiera pensado que tiempo después emprendería un viaje similar con sus hijas. *Dios qué resaca.*

Se habían encontrado unos días antes, por casualidad. Fue él quien la reconoció cuando le sirvió una cerveza en un bar cerca de Tirso de Molina.

- Perdona te llamas Rebeca, ¿no? tú ibas a mi clase en el colegio.

A pesar de la barba frondosa y el imperdonable paso de los años, más de treinta, no tardó en reconocerle. Sus madres eran amigas y además de ir juntos a clase vivían en portales contiguos. Se abrazaron, se dieron los teléfonos y quedaron en verse algún día. La llamó dos días después proponiéndole quedar y aquello la pilló por sorpresa, no se lo esperaba, al menos no tan pronto, pero esa tarde no tenía nada que hacer, ya lo tenía todo preparado para el viaje del día siguiente. Le vendría bien distraerse un poco para calmar los nervios. Además, no supo por qué, pero aquel hombre de ojos azul intenso y mirada amable le provocó cierta curiosidad, ¿qué habría sido de su vida?, así que quedaron en encontrarse en una terraza en el barrio de Delicias. La velada al principio transcurrió con cierta

normalidad y ambos trataron de resumir treinta años de intensas vidas, dejándose muchos matices por el camino, pero llegando a lugares comunes. Después de tres copas de vino la conversación se tornó oscura y él le habló del suicidio de su hermana. Lo hizo con la mirada fija en la suya y sin vacilar ni un momento. Era escritor y eso la fascinó.

- Yo también escribo - en este punto, a alguno de los dos se le ocurrió llamar a un camello.
- Podemos ir a mi casa - y a ella le pareció buena idea, el nivel de alcohol en sangre era suficiente.

En la casa todo estaba en desorden, juguetes tirados por el suelo del salón, ropa encima de las sillas y el sofá, platos sucios en el fregadero. Su mujer y el niño estaban de vacaciones. Se lo dijo sin ninguna intención, aquella noche no iban a follar, iban a perforar sus almas hasta dejarlas huecas al son de un disco de The Jesus and Mary Chain del año 95. Hablaron durante horas, sobre todo de la soledad y el miedo. Entre consejos de escritor ofrecidos no sin cierta pedantería, fumaban, bebían cerveza y esnifaban coca sin descanso. Cuando el cielo empezó a clarear, se asomaron a la terraza a liarse el último cigarro y en aquel momento ella sintió una conexión muy fuerte, creyó que se convertirían en grandes amigos, algo así como aliados. Tiempo después descubriría que lo único que él quería era colocarse y le daba igual con quien. Y ahora ella no ha dormido nada y se quiere morir. *Juro que es la última vez.*

No puede estarse quieta, se levanta para dar otra vuelta y comprobar que deja todo en orden antes de salir. Persianas bajadas, enchufes quitados, nevera vacía. No son más de 80 metros cuadrados, pero le gusta pasear por la casa, está contenta con los cambios que hizo cuando él se marchó, hacía poco menos de un año. Adora los cuadros que hasta ahora no había puesto por aquello de las desavenencias estéticas. La eterna lucha entre el arte étnico y el contemporáneo. Elefantes y budas contra explosiones de color en técnica mixta. Reconoce que echa de menos las plantas, él las cuidaba con mucho esmero y todas se pusieron de color marrón hasta morir. No se sintió capaz de reponerlas, no tenía el don de la jardinería doméstica y hubiera sido una pérdida de tiempo. En la habitación de las niñas, se hace raro ver cada cosa en su lugar y el ambiente tan tranquilo. Los peluches la miran fijamente desde la estantería, como si le reprocharan abandono. Al principio le costó un mundo hacerse a esa sensación de quietud y silencio y pasaba largos ratos

tumbada en alguna de sus camas, sintiendo la soledad en cada centímetro de su cuerpo, sin sosiego, temblona, preguntándose una y otra vez si habían tomado la decisión correcta, si no había sido muy precipitado todo eso del divorcio y compartir la custodia. Una semana sí, una semana no.

Saca el diario de su bolso y coge un boli de la mesa de la cocina. Escribe diarios desde que era una niña. En el trastero guarda una caja con más de cien cuadernos en los que a lo largo del tiempo ha plasmado sus pensamientos y sentimientos más privados. Primeros amores y primeras decepciones, miedos, peleas familiares. Siempre ha escrito de forma compulsiva, y hasta que llegaron las niñas solo escribía de aquello que la angustiaba. Su mejor amiga una vez le dijo que con dotes musicales podría haber compuesto un disco como el *In Utero*. En el primer embarazo decidió cambiar y empezó un diario para contar a su hija quiénes eran sus padres, cómo vivían o qué hacían para divertirse. Quería recordar aquellas cosas de la vida cotidiana que inevitablemente caen en el olvido. También sus reflexiones más personales, pensando en que quizá le serían de ayuda cuando creciera y todo ilustrado con fotografías. La primera foto fue una ecografía y desde entonces no ha dejado de escribir. Se los dará cuando la pequeña cumpla 18. Adora esos diarios. Podría decir que la escritura satisface casi al completo sus necesidades. Para estas vacaciones va a empezar un diario nuevo. Siempre que tiene la oportunidad compra cuadernos y libretas, así que ha elegido uno de los muchos que guarda para estos casos. Las tapas son negras, con unas flores azules y lilas dibujadas en la portada. Es de la tienda del Museo Thyssen, de cuando fue a ver una exposición del Surrealismo. Además, se ha hecho con cuatro carretes para la polaroid. Así podrá ir pegando las fotos sin necesidad de tener que ir a imprimirlas. Será un recuerdo que nunca olvidarán.

*Entrada al diario: Da igual la edad, siempre hay primeras veces. Esta va a ser una de nuestras primeras, para las tres, la primera de muchas que vendrán. Nos conoceremos, si cabe, mejor. Nos querremos, si es que se puede, más. Y el resto, creedme, no importa. Y si alguna vez empieza a importar, no pasará nada, porque lo convertiremos en otra de nuestras primeras veces. Y así, para siempre. (Foto de todo el equipaje al lado de la puerta)*

Por fin escucha ruidos detrás de la puerta de la calle y la abre sin dejar tiempo a que llamen. Las niñas se lanzan sobre ella, casi caen las tres al suelo. Quince días son muchos. *Te hemos echado de menos*, la mayor incluye a su hermana en ese sentimiento y eso la conmueve profundamente, como si se pudiera echar de menos en manada. Pablo, su padre, saluda con un vago “qué tal”, sin especial efusividad, controlado, como lo ha estado haciendo los últimos meses. Le ve guapo, ha adelgazado y el moreno veraniego siempre le sentó bien. Hace los típicos comentarios que se producen en los intercambios: *se ducharon ayer, han desayunado tarde, aquí está esto, aquí está lo otro, pasadlo muy bien*, y se da prisa en marcharse, no hay que alargar el momento de la despedida. La terapeuta ha insistido mucho en esto y a pesar de que hacen caso de sus recomendaciones con rigurosa disciplina, siempre ocurre lo mismo: Julia, 7 años, rompe en un llanto lastimero y conmovedor, y se engancha con garra del cuello de su padre. Le recuerda a los perezosos colgando de los árboles que vieron en su viaje a Panamá. Al final hay que separarla utilizando algo de fuerza, es un momento difícil en el que ni siquiera encuentra consuelo pensando que con ella también lo hace, está convencida de que le quiere más a él. Su hermana mayor, Blanca, de 9, mira hacia otro lado haciendo mohínes contenidos, no quiere hacerles sentir mal. Demasiado empática para su corta edad.

Hace casi un año que las niñas tienen dos casas, dos pares de patines, dos bicicletas, cientos de prendas de ropa y todos los caprichos que ambos les pueden dar, y a pesar de que en la vida diaria parecen funcionar con normalidad, los momentos de los intercambios siguen siendo calamitosos. ¿Hasta cuándo va a durar? le ha preguntado en varias ocasiones a la terapeuta que las ve desde el principio de la separación. Nadie lo sabe, cada niño es un mundo y algunas típicas frases hechas es todo lo que le ha dicho. Es difícil asumir que hay preguntas para las que nunca se tiene respuesta.

Aunque es mediados de agosto el cielo está algo nublado. El verano de 2024 está siendo raro y no muy caluroso, así que hace buen día para conducir. Julia sigue llorando amargamente, como si alguien hubiera muerto.

- ¿Por qué papá no puede venir con nosotras?

Lo pregunta una y otra vez, en bucle. Blanca se tensa y le grita que se calle. La pequeña llora aún más, y ella siente que va a perder la paciencia, la cabeza le da vueltas, tiene que contenerse para no vomitar allí mismo. Quisiera salir corriendo, meterse en la cama de nuevo y taparse hasta arriba para no salir en días. Se maldice, es una mala madre. El interior de la furgoneta parece llamar su atención y se ponen a tocarlo todo. Hasta ese día nunca han viajado en una y parece gustarles la idea. *A ver cuánto aguantamos*. El asiento del conductor y el del copiloto se dan la vuelta y junto a los asientos traseros forman un pequeño saloncito alrededor de una mesa. Al otro lado, encimera, pila y nevera componen la pequeña cocina, donde esa misma noche fregará algunos cacharros mirando las estrellas por la diminuta ventana. Tres minutos después todo ha sido invadido por los muñecos y demás bártulos con los que siempre cargan sus hijas. Cuadernos, bolígrafos, rotuladores de colores, pulseras. El espacio reducido le produce cierta claustrofobia y duda de nuevo sobre si habrá sido una buena idea, pero termina de cargar el maletero y les ofrece una piruleta. Solo quedan algunos mocos por sorber, pero todo parece estar en orden, ya nadie llama desconsoladamente a su padre, pueden ponerse en marcha.

Justo antes de arrancar suena el teléfono. Es otra vez Bruno, su hermano. Hace dos días discutieron y lleva intentando hablar con ella desde entonces. No lo quiere coger, no tiene ganas de volver sobre la historia de por qué ha decidido no pasar las vacaciones con ellos. Se le acelera el pulso y tiene que abrir y cerrar las manos para evitar el hormigueo. No quiere justificar por enésima vez que es perfectamente capaz de viajar sola con sus hijas, sí, una mujer viajando sola.

La presencia de Bruno solía producirle tranquilidad. Dos años mayor que ella, siempre fue protector cuando eran niños a pesar de tener un carácter más pacífico y menos combatiente que el suyo. Daba igual que fueran chico y chica porque jugaban a las mismas cosas y pasaban juntos todas las tardes después del colegio. Cambiaron tanto de casa que lo más fácil fue hacerse el uno al otro. Bruno nunca se avergonzó de su hermana delante de sus amigos. No es que haya pasado nada en particular entre ellos, quizá ha sido un cúmulo de cosas o las circunstancias de la vida de cada uno. Quizá ha pasado demasiado tiempo desde que eran unos niños.

Tercera llamada. ¿Será importante? Puede que quiera disculparse por haberla llamado egoísta o por volver a sacar el tema del divorcio, *¿por qué no aguantaste un poco más a ver si las cosas mejoraban?* Si vuelve a escuchar que el padre de sus hijas es una persona extraordinaria y que nunca encontrará a nadie como él se pegará un tiro. Ella no debe ser



tan extraordinaria. Le duele que su propio hermano no sea capaz de entender sus motivaciones y sus sentimientos. ¿Es ansiedad esto que nota? Se parece a lo de las otras veces. Si pudiera se encendería un cigarro. Vacila un poco, pero al final pulsa el botón rojo del teléfono y arranca la furgoneta.

Pablo, su exmarido, es ese hombre maravilloso, amable y querido por todos. Se conocieron a través de amigos comunes y conectaron desde el principio. A los dos les gustaba pasarlo bien. Se reían mucho, follaban sin parar. Vivieron juntos la vida joven e imprudente de trasnochar un día tras otro y fundirse todo el dinero en viajes recorriendo el mundo. Él ganaba bien a pesar de no llegar a los 30 y disfrutaba invitándola a todo a lo que ella, recién incorporada al trabajo con 25, no llegaba. Dieron todos los tumbos que pudieron por Madrid y vivieron historias variopintas en otros muchos lugares como Barcelona, Bangkok, Ámsterdam o Moscú. Historias que ambos parecen haber olvidado y permanecen solo escritas en sus interminables diarios. También en una lámina que les regaló una amiga el día de su boda, donde meticulosamente, línea a línea, había hecho un recopilatorio de anécdotas que ambos le habían contado. Fue un detalle bonito. 14 años de anécdotas que de vez en cuando releía con atención, sobre todo al final, en un intento de recordar por qué se querían. La lámina ahora está en el trastero, nadie sabe qué hacer con semejante objeto que en su día ocupó un lugar privilegiado en las paredes del salón. Roma fue su último intento. Siempre recordará esa ciudad como un barco que se hundía y del que no pudieron saltar.

Por fin deja atrás el bullicio y el tráfico de la ciudad para salir a la carretera nacional. Las niñas miran por sus respectivas ventanas, parecen tranquilas, solo queda que se baje la hinchazón de esos pequeños ojos agotados de llorar. Tararean una canción de los Beatles, *¡HELP!, I need somebody, HELP! Not just anybody*. Ha estado días preparando una lista de Spotify con todo lo que les gusta. Canciones que se sepan para cantarlas a gritos, música como antídoto para la melancolía y la incertidumbre y también para que las horas no se hagan tan largas. Hacía poco, en una novela de J. Bergareche, leyó que la música era lo único que podía salvar el mundo y que a quien no le gustara la música estaba enfermo. Le pareció una afirmación muy categórica, pero no podía estar más de acuerdo. La canción cambia a *De viaje* de Los Planetas, *podemos irnos juntos lejos de este mundo*

*tú y yo*, y de pronto la resaca deja de dominarla, se siente más ligera y llena de coraje. La autopista se muestra ante ella como la perfecta vía de escape a lo vivido durante los últimos meses. ¿Meses? Diría que años. En realidad, sigue sin tener claro cuál fue el momento en que todo empezó a joderse.

No hay mucho más de dos horas hasta Trujillo, en Cáceres, lugar donde ha decidido hacer la primera parada. Lo conoce bien, Pablo y ella solían parar allí en sus viajes a Portugal que habían sido bastantes. Recuerda especialmente uno de sus cumpleaños, quizá cuando cumplió 31. Blanca aún era un bebé y aprovecharon que se había quedado dormida en el carro para sentarse en uno de los restaurantes de la Plaza Mayor y tomarse una copa de vino. Es un recuerdo muy nítido. Caía la noche y la temperatura era agradable. No conversaban mucho, pero lo hacían de forma atenta, con interés hacia lo que el otro decía. De vez en cuando se daban un beso o se acariciaban la mano, y brindaron con cada una de las tres copas que finalmente se tomaron. Aquella noche dormían en un palacete transformado en hotel. La habitación era muy grande, tipo suite y estaba amueblada con objetos de anticuario, cama con dosel y espejos forjados en hierro con formas palaciegas del barroco. Se sintió como una reina. La niña durmió del tirón y ellos pudieron disfrutarse con calma y dedicación, como cuando quieres a alguien de verdad. Hace poco que los buenos recuerdos asoman de nuevo a su cabeza y eso le da algo de paz. De pronto Julia pega un grito, es su peluche, se le ha caído por la ventana mientras jugaba a que era una pantera voladora. Rápidamente se echa a un lado de la calzada y como puede, aparca la furgoneta. Ha sido un movimiento peligroso, no tiene aún control del vehículo. *No os mováis de aquí*. El ambiente denso que proviene de los tubos de escape de los coches a toda velocidad le golpea en la cara cuando abre la puerta y sale. El ruido es ensordecedor. El juguete ha ido a caer justo delante del *Club Piko's*, un antro de esos de carretera que siempre llaman la atención cuando pasas por delante. Solo hay un coche aparcado en la puerta. Un Ford Escort azul con matrícula CC. Será de Cáceres. El lugar podría ser el escenario de alguna película española de los años 80. Aprovecha la situación para sacar rápidamente del bolsillo de los shorts un cigarro y darle un par de caladas rápidas.

- Mamá, ¿qué haces? - Blanca asoma la cara por la ventanilla. No le gusta quedarse sola
- ¡Ya voy! Tira el cigarro y vuelve corriendo hacia la furgoneta con la pantera de peluche en la mano, como si fuera un trofeo.

Ya dentro y con las niñas tranquilas se come un chicle con disimulo y pulveriza un poco de colonia por encima de su camiseta antes de arrancar. Están cerca de su primer destino, y el paisaje se va transformando en dehesas y pastizales arbolados donde vacas y caballos campan a sus anchas ajenos a la belleza del cuadro que componen. Las nubes han ido desapareciendo para dar paso a un sol brillante de verano.

La plaza Mayor de Trujillo está tal y como la recordaba. En uno de los ángulos, la imponente Iglesia de San Martín, con su reloj y los campanarios. De las clases de arte del instituto recuerda que tiene elementos góticos y renacentistas, aunque tampoco le importa demasiado. Para ella, que no es creyente, lo de las iglesias es una cuestión de sensaciones. Como el personaje de Joséphine en una de las novelas de Foenkinos: *no era la fe lo que le atraía, sino el escenario. Era un sitio intemporal que no estaba sometido a la brusquedad de las vicisitudes de la vida. No era tanto en Dios en quien creía, sino en la casa de Dios.* No tardan mucho en atravesar de un fuerte empujón la puerta de entrada, el interior está fresco. Pasean a los lados de los bancos como si fuera un museo. Un museo lleno de vírgenes y de cristos colgados de la cruz. Hay unos cuantos. Blanca observa todo con mucha atención y saca su cámara de vídeo para grabar. Se la regalaron la pasada Navidad y desde entonces no se separa de ella. Se acerca y cuando cree que nadie mira, toca con delicadeza las esculturas, como si fueran a romperse. Le gustan más las vírgenes, *parecen superheroínas, ¿verdad mamá?* Julia arruga la frente, dice que todo es muy desagradable y pregunta por qué ese señor está desnudo y tiene sangre en el pecho. Se quiere marchar de allí. Una mujer sentada en uno de los bancos en actitud de rezo la escucha y le pide que se acerque.

- Este señor es Jesús, y nos salvó a todos del infierno, bonita. Además, el párroco de esta iglesia canta como los ángeles. Deberíais venir a verle algún día.

La niña hace una mueca y ella tiene que contener la risa. A su hija pequeña no le gustan mucho los adultos.

- Vamos, chicas, voy a llevaros a un sitio que os gustará.

El Salto del Gitano se llama así por esa historia que cuentan de una pareja de guardias civiles, con capa y tricornio, que perseguían a un gitano que había robado y matado a un comerciante. El joven gitano, huyendo de los agentes, llegó a lo alto de la pared de una roca y cuando se vio acorralado, saltó tan fuerte que cruzó el río y escapó. Los guardias se quedaron tan alucinados que uno de ellos se convirtió en piedra quedando su silueta aún visible. El lugar es uno de los mejores sitios de España para la observación de aves y han tenido suerte y un hombre extranjero que parece inglés, les ofrece utilizar sus prismáticos. Ajenas a la invasión de su intimidad, una pareja de cigüeñas, camufladas en lo alto de una roca, parecen hacerse arrumacos. Las niñas, fascinadas, le hacen mil preguntas al hombre que, chapurreando español, les explica que esas cigüeñas pueden llegar a medir más de dos metros y que si tienen suerte, quizá las puedan ver de cerca, comiendo junto al río. Cuando acabe el verano se marcharán a África para regresar la próxima primavera.

- Bye bye cigüeñitas.

Una chica joven hace bromas a las niñas y ellas se ríen. La miran con los ojos muy abiertos, es tan guapa. El pelo le llega por la cintura y lleva unas gafas de sol con forma de corazón. Va con un grupo, también en furgoneta. *¡Como nosotras, mamá!* Son cinco, tres chicas y dos chicos. Tostados por el sol, despeinados, vestidos de cualquier manera. No tendrán más de 20 años y allí están, con toda la vida por delante para cometer una y otra vez los mismos errores. Siente envidia. Una no sabe la libertad que tiene hasta que la pierde. Son de un pueblo cerca de Barcelona y en septiembre algunos empezarán la universidad. Al contrario de lo que se podría esperar, no les gusta tener que trasladarse a ciudades más grandes para estudiar.

- Queremos hacer de nuestro pueblo y el entorno un lugar más habitable y con más oportunidades para la gente joven - parece que uno de ellos lleva la voz cantante.

Su entusiasmo y convicción son contagiosos. El discurso gira en torno a lo mal que lo hemos hecho como civilización, el mundo se va a la mierda y todo eso. Le cuenta con todo detalle un proyecto de energías renovables en el que están trabajando y que quieren presentar al alcalde cuanto antes. Se siente avergonzada, ella nunca ha sido una gran activista. Sus hijas serán mejores, seguro. Conversando animadamente con algunos chicos del grupo mientras las niñas no se separan de su nueva amiga, que les ha pintado las uñas, se ha hecho casi de noche y aún no sabe dónde aparcará la furgoneta para dormir.

- No te preocupes, te decimos el mejor sitio por aquí, podemos acompañaros, si lo necesitas.

Ya le gustaría que el moreno alto de mirada esquivo y brazos definidos la acompañara, pero hasta el fin del mundo. Le viene de pronto uno de esos pinchazos de soledad que le recuerdan las ganas que tiene de que alguien la acaricie, la desee.

- No hace falta, os lo agradezco.

Los chavales le indican un lugar tranquilo y seguro donde está permitida la pernocta. Las niñas abrazan a la chica del pelo infinito y se despiden. Les ha regalado una pulsera de hilo de colores a cada una. Conduce unos seis kilómetros hasta llegar a donde le han dicho y aparca la furgoneta. Al bajar, mira a su alrededor y aunque al principio se siente algo insegura, en medio de la nada, de noche y ella sola con las dos niñas, también nota cierto alivio. *Primer día superado.* Cenar pan con mantequilla y un poco de jamón con un vaso de leche de las provisiones que metió en la nevera antes de salir, y un rato después, están las tres tumbadas en la cama que se despliega en la parte de arriba, un poco apretadas, pero no les importa, es su primera vez durmiendo así y es muy emocionante. Es tarde ya y la única luz que llega es la de las estrellas a través de la ventana del techo, que está abierta. Corre brisa, es agradable. Las niñas se entretienen con los tatuajes de su madre. Los repasan con el dedo y los cuentan. Juegan a eso desde que eran pequeñas, es divertido, cada vez hay más. Se los reparten.

- El de la mujer con la cabeza llena de flores es tuyo, Blanca, pero este en el que pone mi nombre es mío. Y el de la golondrina también.
- El corazón te lo hiciste por la abuela ¿verdad mamá? - ella asiente - todos tienen algún significado.
- Porfa, cuéntanoslo.

Desea con todas sus fuerzas que recuerden ese momento para siempre, mejor ese que otros. Ojalá pudieran elegirse los momentos que se quedan en la memoria. Cierra los ojos mientras se sume en una agradable sensación de descanso que hacía tiempo no experimentaba. No quiere hacer caso a la inquietud que le produce pensar en qué les deparará el día siguiente. Muchas noches en los últimos meses ha tenido que dejar la luz encendida por no soportar quedarse en silencio y a oscuras con sus propios pensamientos, víctima de esa sensación de desamparo nocturno, como cuando era una niña y se tapaba la cara con las sábanas aguantando la respiración para no escuchar los gritos que venían

de la planta de abajo. Sus padres pensaban que vivir en un chalé de tres plantas les daba derecho a gritar sin medida, olvidaban fácilmente que arriba dormían dos personitas, que años después, por eso de que los recuerdos no se eligen, transformarían todas aquellas peleas y agresiones en ansiedad e inseguridades.

Quizá fue por todo aquello que nunca tuvo idea de ser madre. Nunca le interesaron los niños como a otras amigas, que desde jóvenes manifestaron claramente su intención de serlo, y si la oportunidad se daba, hacían monerías a los bebés o jugaban a cualquier cosa si los niños eran algo mayores. A ella se le ocurrió casi de la noche a la mañana, un verano en que cada uno se fue por su lado y estuvieron más de un mes separados. Pablo estuvo viajando por Brasil con unos amigos y ella se fue a Nueva York. Ese verano quería estar sola, como si predijera que era la última vez que podría estarlo. Consiguió una habitación en una casa de cinco plantas en el barrio de *Bed-Stuy*, en Brooklyn. Los caseros, que vivían en la segunda, eran una pareja peculiar. Ella, de Carolina del Norte y de acento imposible, agradable pero seca. Él, puertorriqueño, simpático y bromista, siempre hablaba con ella en español. Desde su habitación podía ver los patios traseros de todas las casas del vecindario. Cubos de basura, piscinas hinchables, barbacoas, bicis destartadas, niños jugando o algún perro ladrando. Compartía la tercera planta de la casa con tres chicas. Una modelo sudafricana que cenaba solo un té que removía sin parar y le encantaba preguntar cosas de España. La segunda, con la que más intimó, era una estudiante alemana. No olvidará su cara cuando la acompañó en su primera visita a Manhattan, al salir del metro en Times Square, con los ojos muy abiertos ¡Estaba en una película! La tercera, de Alabama, solía decirle *you are so brave*. Le parecía muy valiente que estuviera tan lejos de casa, ella sola y sin motivo aparente. Un domingo la invitó a su iglesia en el barrio de Harlem. Verla llorar descontrolada levantando las manos y gritando "Thanks God", mientras el predicador iba de un lado a otro a punto del éxtasis, fue uno de esos momentos de la vida. Más de un mes anduvo por las calles neoyorkinas bajo un sol abrasador. Comía sola, bebía sola, y se sentaba en algún parque a leer o escribir. Iba al teatro, a los clubs de Jazz, a los museos. Se tumbaba con los cascos en Rockaway Beach o se sentaba en la sucia arena de Coney Island. Nunca había hecho tantos kilómetros en metro. Otras veces, atravesaba en bici el puente de Brooklyn hasta el Battery Park, para simplemente mirar la estatua y el río Hudson. Uno de sus planes habituales era andar desde casa unos treinta minutos hasta Williamsburg, pasando por el barrio judío, para encontrarse con una chica española con la que había entablado una gran amistad. Fue con

ella y con algunos tequilas de más, que le dio por pensar que quizá, después de algunos años juntos, era el momento de que fueran padres.

*Entrada al diario: Todavía me quedan muchas cosas por descubrir en este viaje que es ser vuestra madre. (Foto de Julia y Blanca sentadas en la parte de atrás de la furgoneta haciendo el gesto de victoria con los dedos)*

## Día 2

El cielo se ve precioso con la luz del amanecer. Se mueve con cuidado para no despertarlas, dentro de la furgoneta hay que hacerlo todo con calma, el espacio es limitado, eso la desespera. Quita la tela de una de las ventanas para tener algo de luz y con dificultad pone una cafetera, le ha costado encender el gas, le da miedo que todo salte por los aires. Sale a fumarse un cigarro. Quiere dejarlo, pero la terapeuta dice que no es el momento, que no se puede dejar todo a la vez. Fuma a escondidas, si Blanca la ve, llora. Le reprocha que todos van a morir por su culpa, un reproche más entre muchos otros. Meses atrás le prometió que no volvería a fumar y no puede faltar a su promesa, al menos no delante de ella, perdería su confianza. *Promesas que no valen nada*, como en la canción de los Piratas. El lugar es bonito, la noche anterior no pudo apreciarlo bien. Están rodeadas de olivos y a lo lejos ve unas rocas. No hay nadie más a excepción de una autocaravana en la que de momento no ha detectado movimiento. La música suena suave en el teléfono. Siempre que está sola pone algo, a veces lo busca, otras, lo primero que suene. Las canciones acompañan, tararear las letras aleja otros pensamientos. *We sit in silence, you look in the eye directly, you met me, I think it's wednesday*. PJ Harvey y Thom Yorke, susurran historias acerca de Nueva York, su Nueva York querida. Aunque la ansiedad le está dando algo de tregua se toma religiosamente su ansiolítico mañanero. Sabe que tiene que hacer algo con esta adicción a las benzodiacepinas, debería ir al psiquiatra al volver de vacaciones. Se sienta en el borde del vehículo con la puerta abierta. Ya huele a café. Desbloquea el teléfono para echar un vistazo al mapa, pero la interrumpe una llamada de Bruno. *Joder*. Son las siete y media de la mañana y su último mensaje es del día anterior a las doce de la noche. Un mensaje interminable en el que insiste que vaya con ellos, que piense en Néstor, su padre, al final es el abuelo de las niñas y ya es mayor, no está para que le anden preocupando, ¿y si le volviera a dar un infarto? Hace tiempo que no habla con su padre, ni le ve. Le viene a la cabeza el último viaje que hicieron juntos, los dos solos.

Era un viaje de empresa al que se podía llevar pareja. *Como ahora estoy solo, podrías acompañarme*. Lo de que estaba solo ella sabía que era mentira, pero lo dejó pasar. Conocer San Francisco y Las Vegas podría merecer la pena, a pesar de que, desde que él se marchó de casa, su relación no era especialmente cercana. Hacía unos meses habían tenido una fuerte discusión después de que ella, en uno de sus encuentros esporádicos, le contara su decisión de estudiar la carrera de Literatura. Era lo que siempre había querido



y Néstor lo sabía de sobra. Cuando era una niña, cada viernes sin falta, al volver de la oficina, él le llevaba un libro nuevo y lo dejaba encima de su escritorio blanco y pulcramente ordenado, para que ella lo encontrara al volver del colegio. Solía bromear con que no le llegaba el sueldo para tanto libro. A veces hasta presumía de ello delante de amigos o conocidos. Así, la estantería de su habitación se llenó del blanco, azul y naranja del Barco de Vapor, los problemas del Pequeño Nicolás o las aventuras de Los Cinco y Anastasia. Desarrolló una obsesión infantil por el personaje de Claudia del internado de Santa Clara de Enid Blyton, hasta el punto de desear que la enviaran a un lugar como aquel. Siempre ha pensado que su afición a escribir le viene por haber leído tanto, y que en eso su padre había tenido algo que ver de alguna forma, aunque quizá solo le compraba libros para aplacar la culpa por las discusiones que continuamente tenía con su madre. Daba igual, parecía haberlo olvidado todo, y con la cantinela de “deberías estudiar algo con más futuro, como Derecho” terminó por sacarla de sus casillas. Quién era él, además, para opinar acerca de su vida cuando ya había hecho la suya sin preguntar a nadie. Después de eso estuvieron tiempo sin hablarse, así que la invitación a aquel viaje a Estados Unidos era la mejor opción para estrechar el abismo que cada vez se hacía más grande entre ellos.

En el avión estuvo acompañada por sus compañeros de oficina. *Cómo has crecido, qué guapa eres*, los comentarios habituales. También bromas sobre si su padre era o no buen jefe ¿Lo haría mejor en el trabajo de lo que lo hizo en casa? Al llegar se tumbó con los brazos abiertos en la enorme cama de la habitación del hotel y a través del ventanal observó los luminosos de la que en su día fue la calle principal de Las Vegas. La vaquera moviendo la pierna existía de verdad. Pedir cena al servicio de habitaciones y ver tele por cable fue lo mejor. Odiaba las excursiones organizadas y tener que relacionarse con extraños. En San Francisco la cosa cambió y su padre propuso que fueran por su cuenta. No se atrevió a preguntarle por qué no invitaba a esa compañera, una chica joven, con la que había dormido los días anteriores ¿pensaba que no se daría cuenta? Era mejor disfrutar de un poco de turismo sin rencores. Pasearon imparables por las empinadas calles de la ciudad más elegante del mundo. Él disparaba continuamente su Nikon, igual que en las frías mañanas de domingo en las que les despertaba muy temprano para ir a Navacerrada en su empeño por enseñarles a esquiar a ella y a su hermano. También lo hacía en las funciones del colegio, no se perdía ninguna. ¿Dónde estarían todas aquellas fotos? Recuerdos familiares que se almacenan muy dentro para aparecer cuando les viene en gana. Estaban en el Pier 39, sentados en un banco mirando hacia Alcatraz y observando

cómo las ariscas gaviotas quitaban los trozos de pan a los gorriones. El señor que echaba el pan, un viejo barbudo que cojeaba de una pierna intentaba ahuyentarlas, pero eran muchas y voraces.

- Quiero hablarte de algo - el sol de cara y la excusa de las gafas oscuras le permitía camuflar la mirada culpable, pero resultó algo incómodo que hiciera el intento de explicar que tenía una novia cuando ella lo sabía de sobra.
- No hace falta papá. Puedes dejar de esconderte - prefirió ahorrarle el trago y él suspiró aliviado. Sin mediar casi palabra, así resolvían las cosas.

Se levanta para echarse café en una taza. No le apetece seguir pensando en todo eso. Oye a las niñas, ya se han despertado. Silencia el teléfono y se lo guarda en el bolsillo del pantalón. La sartén es muy pequeña así que tiene que hacer el desayuno en dos tandas. Lo ha puesto todo perdido para hacer un par de tortillas que tampoco es que tengan una pinta deliciosa. Si ya se le da mal en la cocina de su casa, esto será desastroso. Le consuela que las niñas parecen estar bien, soñolientas pero satisfechas. En breve el sol las obligará a moverse. La pequeña tiene que hacer sus necesidades, quiere ir a un baño.

- Aquí no tenemos de eso, cariño.

Contra todo pronóstico la niña no se queja, se encoge de hombros y allí mismo, a escasos pasos de la furgoneta se baja los pantalones y hace pis. *Esta niña tiene poco pudor para su edad.* Menos mal que ha sido resuelta, ella está claro que no tiene especial habilidad para la vida en carretera. Siempre tiene un baño a mano o un microondas donde calentar el café. Sus padres nunca los llevaron en furgoneta o de camping, en verano siempre iban a algún apartamento en frente de la playa. Está sorprendida de la facilidad con la que se adaptan. La noche anterior hicieron la cama, dejaron la ropa cuidadosamente doblada donde no molestara y se habían lavado los dientes con el agua de una botella. Todo sin rechistar. Quizá las ha subestimado.

- Mamá, de 0 a 10, ¿quién lo hace mejor? - se han puesto a hacer el pino.

Siempre le piden que elija entre una u otra, quién hace el mejor dibujo, el mejor baile, quién tiene el nombre más bonito. De pronto salen corriendo, han descubierto las rocas, quieren escalar. Aún van en pijama y con una magdalena en la mano, Julia va descalza.

Está a punto de pegar un grito y detenerlas, tiene miedo de que se caigan o se hagan daño, pero se contiene. *Deja que se diviertan. No seas controladora. Respira.*

*Entrada al diario: Para ser honesta, Julia hace el pino mejor que Blanca, pero a Blanca se le dan mejor los pasos de baile. (Foto de las dos haciendo el pino delante de la furgoneta).*

Desde que es madre tiene que pararse y respirar muy a menudo. La maternidad había resultado ser mucho más intensa y complicada de lo que imaginó bebiendo tequilas aquella noche en Nueva York. Ser primeriza y tener un embarazo de riesgo fue algo parecido a una pesadilla de la que nunca te despiertas. El diagnóstico fue amenaza de parto prematuro y tuvo que hacer reposo absoluto, meses en cama. Amenaza, qué palabra tan inexacta y a la vez tan literal. Hasta ese momento, en su vida había experimentado un miedo como aquel. No era miedo, era pánico. Perder al bebé se convirtió en una obsesión. Además, dejó de reconocerse en su propio cuerpo, llegó a pesar 25 kilos más y tenía los muslos llenos de moratones a causa de los pinchazos de heparina. Era incapaz de mostrarse desnuda frente al espejo sin llorar. Como no podía salir a la calle, se conformaba con visitas esporádicas en las que trataba de ocultar el penoso estado mental en el que se encontraba. La vida del resto del mundo seguía adelante y ella no podía hacer nada. Pablo, manteniendo la calma y siempre comprensivo, lo hizo lo mejor que supo, tratando de compaginar el drama en su casa con un ascenso meteórico en el trabajo. No podía reprocharle nada, a fin de cuentas, no era culpa suya. *Mala suerte Beca.*

Contra todo pronóstico tuvieron un final feliz y una niña sana y preciosa, pero cuando poco más de un año después les comunicaron que su segundo embarazo también era de riesgo, se convirtió en la persona más desgraciada del mundo. El miedo de nuevo le atravesó los huesos y la moral cayó en picado, esa vez era peor y no podía regodearse en su miseria porque a su lado había una personita de poco más de un año que la necesitaba. Se desmayó en el parto y su segunda hija estuvo a punto de morir. No le llegaba el oxígeno. Esto se lo contaría su marido después, con la cara aún congestionada por el miedo. *Te han tenido que hacer una cesárea de urgencia.* Aun tardaron un rato en traerle a la niña después de que despertara sin tener ni idea de lo que había pasado. El peor rato

de su vida. El vientre le ardía, el dolor del corte era insoportable. *Bienvenida (de nuevo) a la maternidad.*

Parece que hay algo de movimiento en la autocaravana aparcada cerca de ellas. Salen una mujer, un hombre y un chaval de unos quince años. Los tres miran al cielo y se desperezan levantando los brazos y moviendo el cuello en movimientos casi idénticos. La mujer se percata de su presencia y de lejos sonríe y saluda con la mano. Ella devuelve el saludo con la cabeza. Diez minutos después la tiene delante y se están contando sus respectivos viajes. Se ha acercado con la excusa de pedirles azúcar.

- Lo de la autocaravana es así - se queja la mujer - si te falta algo no te queda otra que aguantarte. Y son mil cosas, por favor, lo de las aguas fecales, es que lo estamos llevando fatal - pone cara de asco arrugando la nariz.
- ¿Es vuestra primera vez?
- Sí, la hemos alquilado porque se empeñó mi hijo. A nosotros nos gustan más los hoteles, de esos en los que te puedes tirar en una tumbona sin otra cosa que hacer que beber margaritas - suelta una risotada - Hemos estado en muchos, en Lanzarote, en Huelva, ¡hasta en Ibiza! Por las noches hacen bailes y juegos, incluso para adultos, y no hay que estar moviéndose de un lado para otro con el trasto ese... pero nada, el niño, que quería naturaleza y vivir otro tipo de aventura. Le gusta sentarse a leer encima de una piedra o en la orilla de un río, ¡ya ves tú qué cosas!

A lo lejos, su marido le hace un gesto para que vuelva, parece que el sol está empezando a calentar y la cara del hombre, que se ha puesto un gorro de paja, es de pocos amigos. La mujer se despide deseándole suerte. Tarda un rato en caer a quién le han recordado y sonríe cuando lo hace. A los padres de Matilda. Aunque quién es ella para juzgar.

Una vez guardados todos los bártulos del desayuno, se ponen la misma ropa del día anterior y emprenden de nuevo la marcha. Quieren bañarse y cerca de allí hay unas piscinas naturales a las que no tardan en llegar. Es agosto, el lugar está a reventar, y le cuesta encontrar un sitio para aparcar, la furgoneta es demasiado grande y es difícil maniobrar. Todo eso a ellas no les importa. Se quieren bañar y la gente en entornos naturales no les molesta. No tienen prejuicios, sus motivaciones son otras. Pese a todo

consiguen hacerse con la sombra de un árbol donde establecer su campamento base. Tardan segundos en ponerse un bañador detrás de unos matorrales. Al agua.

Ella se sienta con la espalda apoyada en el árbol para ejercer funciones de socorrista, saca su libreta y se pone los cascos. Suena Jeff Buckley que siempre es bien recibido. *I hate to feel the love between us die*. La de *Last Goodbye* es su favorita. Lleva un rato con una idea en la cabeza para la siguiente parada de su viaje. Se le ha ocurrido de pronto, cuando ha abierto los ojos esa mañana, quizá tiene que ver con algo que ha soñado. Albuquerque, en Badajoz, el pueblo de su abuela Flavia, la madre de su madre. Que ella recuerde, nunca los llevaron a conocer el lugar ni a su familia de allí. Su abuela, pese a que siempre fue parca en palabras, les había contado algunas historias de cuando era una niña, pero siempre evitaba contestar a la pregunta de por qué no iban de visita. A ella le hubiera gustado tener un pueblo al que ir los fines de semana y en verano, como sus amigos de clase, y anhelaba una familia más grande. Se imaginaba a primas de su edad con las que poder jugar. La curiosidad se fue desvaneciendo con el paso de los años y durante mucho tiempo no volvió a pensar en todo aquello. Hasta que murió Elisa, su madre.

Se fijó en ellos cuando cruzaron la puerta de la sala que les habían asignado en el tanatorio de la M30. Dos mujeres y un hombre. Él llevaba una boina negra, el pelo largo y la barba espesa, le recordó al Ché Guevara. Llamaba la atención por su altura, más de dos metros seguro. Ellas, en cambio, eran bajas de estatura, casi del mismo tamaño, las dos morenas, de pelo más corto que largo y algo rizado. Se parecían, pero no, más tarde descubriría que eran mellizas. Formaban un grupo curioso. Tenían ese halo de no ser de ciudad, de llevar otros tiempos, de tener otras prioridades. Resultaron ser todos primos de su madre, hijos de las hermanas de su abuela Flavia. Le agradaron desde el principio y a pesar de no conocerlos de nada, en su compañía pasó el único rato tranquilo de aquel día. Los tanatorios son lugares de encuentro social, se ven abrazos, se escuchan risas, *cuánto tiempo, cómo te va la vida*. El ruido de las conversaciones en ocasiones supera al de los llantos. *Aquí ha debido morir alguien joven*, escuchó que el señor de la sala de al lado le decía a su mujer. Estaban velando al hermano de ella. Era verdad, su madre no había cumplido los 60 cuando murió, se fue muy pronto. En el tanatorio había demasiada gente, casi igual que el día de su boda. Y canapés. ¿Desde cuándo hay canapés en esos sitios? Y cerveza. Y alguna raya en el baño. Algún desgraciado había tenido la desfachatez de ofrecérsela, como si aquello fuera la planta de abajo del Sirocco. Mientras ella, saludando, a unos, a otros, *lo siento mucho, gracias*, y sintiéndose completamente sola en una sala

abarrota. Los primos de su madre, Águeda, Adela y Santi no estuvieron más de media hora, parecían tener prisa, pero fue suficiente para conocer sus nombres, de donde venían y su relación con la difunta. Aceptó una invitación para ir a visitarlos con la promesa de que le contarían millones de historias de una familia absolutamente desconocida para ella. Hasta esa mañana no se le había pasado por la cabeza ir a Albuquerque, pero en unos días es el aniversario de la muerte de su madre y quizá sea la necesidad vital de hacer algo, de conectar con ella de otra manera. Quizá encuentre respuestas a preguntas que nunca se ha atrevido a hacer. Los aniversarios son una mierda, son días mudos y borrosos. Un día leyó que la palabra aniversario significa “día en que se cumplen años de un acontecimiento”, pero a ella esta palabra le suena festiva, no le gusta para referirse al día en que encontraron muerta a su madre, sola, sentada en el sofá del salón de su casa. Tampoco es que haya una palabra mejor para eso. En breve hará cuatro años y sigue pareciéndole que fue ayer. De repente lo tiene claro, tendrá que desviarse un poco, pero están demasiado cerca para no aprovechar la oportunidad de visitarlos. Total, a Portugal también se llega desde allí. Se le hace un nudo en el estómago al decidirlo. Van a ir.

La noche es cerrada y la carretera incómoda. Según el GPS pronto llegará al lugar que ha marcado para pasar la noche, un espacio abierto en dirección a Cáceres donde está permitida la pernocta. Mira por el retrovisor y las ve, profundamente dormidas, agotadas después de un largo día de paseos y remojones en el río. Les costó separarse de los amigos que hicieron durante el baño, unos críos algo mayores que andaban cazando ranas. Nada tan natural y honesto como la amistad espontánea en edades tempranas. *El peor día de mi vida fue el día que os separasteis*, había dicho Blanca en un momento en que estaban las tres tumbadas sobre sus toallas en la explanada de césped al lado del río. Se oía de fondo el ruido del agua y las conversaciones de otras familias. Nunca sabía qué responder a esas cosas. *Cuando vayas creciendo habrá otros peores días de tu vida, cariño, y de aquel casi ni te acordarás*. La niña había sonreído sin enseñar los dientes, posiblemente pensando que vaya respuesta de mierda y se había levantado, ya no tenía ganas de estar apoyada sobre la tripa de su madre. Con Julia no había ido mucho mejor, tuvo que gritarle cuando se echó a llorar porque no se quería ir. La niña la miró con odio y aquel fue el final de la idílica jornada. Ahora se siente mal por todo, ni siquiera han cenado.

Medio sonámbulas se acuestan vestidas, huelen a sudor infantil y a hierbabuena. Pone a la pequeña el peluche entre los brazos y apoya la cabeza en su pecho para sentir su respiración y sincronizarse con ella, quizá así pare el hormigueo de las manos.

Desbloquea el teléfono decidida a ponerse en contacto con la prima de su madre. Los mensajes sin leer llevan acumulándose todo el día. *Hola fea, ¿nos tomamos un vino este fin de semana?* Era abogado, cree recordar. No soporta que la llamen fea en plan cariñoso ¿Y tomarse un vino? El mayor eufemismo de la historia. No le tendría que haber dicho que se volverían a ver. Lo dijo de forma despreocupada mientras buscaba su ropa interior entre las sábanas. Hacía poco más de un mes de aquello. El tipo resultó ser un gilipollas. Vivía en un chalé adosado de paredes blancas pero mugrientas y con un jardín descuidado, sin árboles ni flores. En el paseo que se dio por la casa mientras él servía unas copas en la cocina, no fue capaz de encontrar ni un libro o algo similar, una enciclopedia o una guía de viajes hubiera sido suficiente. Tampoco es que la sorprendiera. La conversación entre ambos era inviable. Alguna referencia a las fotos que colgaban de las paredes del salón, todo era tan anticuado. *¿Son tus sobrinos? Qué monos.* Tardaron poco en desnudarse, qué otra cosa iban a hacer. En su habitación la cosa no mejoró. Ropa tirada por el suelo, cajones abiertos, un cenicero hasta arriba de colillas. Desde la cama se veía la bandera de un equipo de fútbol cualquiera. Consumidor básico de porno, lo notó en las cosas que le pedía si podía hacerle, olía a mezcla de alcohol y tabaco, pero eso le dio igual, le trajo recuerdos. Se dejó llevar, puede que lo disfrutara. Tanto tiempo de su vida con el anhelo de que alguien la deseara, era una presa fácil. El tío insiste en quedar otra vez y a ella le apetece follar, sí, pero prefiere tener una conversación antes y después. Se acuerda del profesor y sonríe. Lo suyo fue al principio, un par de meses después de separarse. Demasiado pronto. Con él si podía hacer cosas como pasear por el centro, ir a alguna exposición o ver la última película de Ken Loach. Después de cinco citas y un cepillo de dientes en su casa, entró en pánico. Era fácil dejarse querer por aquel hombre y su tono de voz de actor de doblaje. Había escrito no sé cuántos libros y le gustaba la música indie. Su intención era clara como el agua, estaba dispuesto a *construir algo juntos*, pero ella tenía que ser honesta, aunque fuera por una vez en su vida. *No estoy preparada para crear vínculos con nadie*, le dijo. *En un mes seremos novios y en tres te estaré engañando con el primero que pase*, pensó. Además, estaba segura de que en cuanto la conociera un poco más, sería él quien saliera corriendo. Era demasiado bueno. Así que lo despachó, lo hizo desaparecer. *Hasta nunca.* Días después le echaría de menos, pero se aguantó, hizo lo que debía para sentir que tomaba las riendas de su vida. Por un momento pareció conseguirlo. Se sintió fuerte y poderosa, desafiando a los fantasmas de la soledad. Le duró poco. Las semanas que las niñas estaban con su padre ya no sufría su

ausencia como al principio, cuando lo único que hacía era esperar de forma inerte a que volvieran, y se fue acostumbrando a su otra vida, la de no preparar cenas, hacer deberes o dar explicaciones, pero era incapaz de estar sola. La casa cobraba vida y se convertía en un perverso monstruo con garras que parecía querer engullirla. La necesidad de salir era equivalente a la de que alguien entrara. Se dejaba llevar por cualquier plan, planes nocturnos, sobre todo, la madrugada madrileña era su hábitat, el entorno perfecto para sentirse acompañada. La ciudad era más suya que nunca. Y volvió a beber. No era difícil conocer hombres. Empezó por el camarero de un antro en la calle Barco que la invitó a tequilas hasta que la tuvo en el bolsillo. Vivía en un destantalado y diminuto estudio en la calle Pez que le trajo recuerdos de su época universitaria. No tendría mucho más de veinte años, una monada, rubio con los ojos azul claro y la piel muy suave. Quería seguir con el negocio familiar, algo de viajes, barcos y hoteles caros. Un niño de buena familia que servía copas por las noches para sentir que pertenecía al mundo. Poco después, de un encontronazo en un concierto de Moderat, conoció a un redactor de cultura de El País, guapísimo, con un flequillo largo y ladeado, al estilo Xavier Dolan. Cuarenta años recién cumplidos y una crisis existencial insoportable. Se quedó prendada, o eso pensó ella, como si fuera nueva. Se vieron tres veces, pero no funcionó. *Somos demasiado parecidos, solo vamos a hacernos daño*. Tenía razón. Imposible saber quién de los dos estaba peor. Aquella historia la dejó más tocada de lo que debía, cualquier forma de rechazo la derrumbaba durante días. Lo último había sido con el amigo de una amiga, no habían quedado, pero tonteaban con mensajes en Instagram. La entró diciendo que le recordaba a la hija de Serge Gainsbourg y eso le gustó. Cualquier cosa que mostrara validación. Algo tan simple que roza lo ridículo. Ella lo sabe, pero no es capaz de evitarlo. Las carencias acumuladas hacen que se obsesione con el afecto ajeno y que deposite su seguridad y confianza en desconocidos, mientras su autoestima cae en picado. Y si a una mujer le quitas la autoestima, la conviertes en un cadáver.

Borra el mensaje sin contestar y sigue leyendo. Hay otro de su hermano (reclamando atención), otro del padre de las niñas (que le llamen cuando puedan) y otro del grupo de vecinos (algo ha pasado con la piscina).

*Tienes que enviarme el manuscrito ya, me voy de vacaciones en cuatro días*. Es una compañera de trabajo que le prometió ayuda para mover el manuscrito de su novela a través de un contacto en una editorial. Un sueño para ella. Pero no está terminado y lleva semanas bloqueada. Se le ha *secado la imaginación*, como en la canción de Leiva. Trabaja



en el departamento de comunicación de una empresa grande, su trabajo consiste principalmente en redactar notas de prensa, artículos para la web y llevar la relación con los medios. Después de licenciarse en literatura estuvo como becaria en una editorial pequeña y aunque quedaron muy contentos con ella, no había presupuesto para contratarla, así que su aventura profesional en el mundo editorial no duró mucho. Dio clases de apoyo en las asignaturas de letras a alumnos de secundaria y colaboró con algunos artículos en periódicos de poca tirada. Al final, cuando cumplió 25, atormentada por desperdiciar su vida y por la falta de independencia económica, aceptó (no sin todos los reparos del mundo) entrar recomendada por su padre en la empresa en la que ha estado todo este tiempo. Trató de hacer caso omiso a la satisfacción que aquello le produjo al hombre, que al menos tuvo el detalle de no irle con el cuento de “te lo dije”. Ser hija de un amigo del jefe no fue cosa fácil, la gente se debía pensar que era estúpida. Una vez escuchó a una compañera comentar algo acerca de su ropa, la llamó moderna. Durante un tiempo llegó incluso a taparse los tatuajes, no quería dejar a su padre en evidencia, no fueran a pensar que era una rara. Tardó tiempo en hacerse respetar y en que se contara con ella para proyectos importantes. No es que su trabajo no le guste, al final, todo lo que tenga que ver con escribir es casi un desahogo para ella, pero lleva tiempo queriendo publicar algo suyo, algo más grande que los cuatro relatos cortos que ha colocado en compilatorios que nadie se ha leído. Echa un vistazo al portátil, guardado en su funda debajo del asiento del copiloto y tiene tentaciones de abrirlo, pero no lo hace, es tarde y está cansada para enfrentarse a la frustración del bloqueo. Pensaba que tenía una buena idea y ahora le parece un disparate, ¿a quién va a interesarle la historia de su vida?

*Entrada al diario: Me encanta observaros cuando no sabéis que lo hago. (Foto de las niñas en la orilla del río. Julia sostiene una rana en la mano y Blanca habla con una niña desconocida)*

### Día 3

- ¡Mamá despierta! ¡Feliz cumpleaños!

Las tiene encima, le tiran de los brazos, sonríen y se miran con complicidad, se han puesto unos gorros de cartón y han conectado el teléfono con su lista de canciones. *No hace falta que me digas, que no sé cuidarme bien, ya lo sé pero no puedo, lo he intentado alguna vez. No hace falta que te diga, que por ti lo intentaré, que lamento si te fallo, pero no sé hacerlo bien.* La voz de la cantante del grupo Cariño le retumba en los oídos. Es una canción elegida al azar, de esas que escuchan en bucle y que la mayoría de las veces no entienden, pero le parece muy oportuna. *Mis amores.*

Han abierto la mesa y han colocado una magdalena con una vela que traían escondida desde Madrid. *Enciéndela, mamá.* Cantan el cumpleaños feliz a voz en grito y repetidas veces. *Por favor que se pare el tiempo en este instante, que no crezcan más, que no descubran todos los defectos y las miserias de su madre.* Le han hecho dibujos de esos que pone “love” por todas partes y sacan un paquete que abren ellas a toda prisa. Es una funda de tela tipo Liberty estampada en diminutas flores de color rosa.

- Para tus libros, mamá - Blanca se muestra satisfecha, lo ha grabado todo con su cámara.
- Gracias, os quiero tanto.

Tiene que disimular para que no la vean llorar, se preocupan, les recuerda a las otras veces, cuando su madre lloraba y no era de alegría.

*¿Qué le pasa a mamá?* Se había convertido en una pregunta recurrente algunos fines de semana. Las niñas se daban cuenta de que algo no iba bien. En aquel momento ni ella misma sabía cómo había llegado a aquel estado en el que tocar fondo no era suficiente, siempre escarbando un poco más para ver hasta dónde aguantaba. Aprendió lo que era la palabra autodestrucción practicándola.

En uno de sus peores momentos, el libro “Viaje a Echo Spring”, de Olivia Laing, cayó en sus manos por casualidad y fue muy revelador. En el texto, una crónica de la vida de los escritores americanos más famosos del siglo XX, la autora analiza el papel que la bebida jugó en sus vidas y obra. *El alcohol es un veneno, con el alcohol es imposible mantener la razón y la emoción en equilibrio.* Aquella frase se le quedó grabada. *¿Por qué*

*bebemos? 1. Estamos muertos de miedo por algo. 2. No podemos afrontar la verdad de algo.* Cuanto más leía, más se reconocía. Además, el texto planteaba, fruto de las investigaciones pertinentes, que la enfermedad del alcoholismo tiene un 40% de origen genético. Aquello casi consiguió aliviarla. Al menos podía descargar la culpa en alguien que no fuera ella, en su madre, por ejemplo. Por un momento pensó que lo de convertirse en todo eso que una vez le hizo tanto daño era genético, y le pareció perfecto, podía lavarse las manos y seguir cavando su propio hoyo. Raymond Carver, Ernest Hemingway, Tennessee Williams o F. Scott Fitzgerald eran unos borrachos, pero supieron sacarle partido, quizá podía hacer ella lo mismo. A veces tenía el pensamiento macabro de que alguien en la familia debía seguir la tradición, y hasta le hacía gracia. Luego se acordaba del sonido de los pies de su madre, arrastrándose por el pasillo en medio de la noche, desorientada debido a la borrachera que había pillado por la tarde. La mayoría de las veces tenía que recogerla del suelo o la pillaba en la cocina con la cabeza metida en la nevera buscando cualquier cosa que comer. Aquello no era gracioso. Su madre nunca reconoció nada de todo aquello y nadie pudo ayudarla. *Estado de negación.* Era capaz de mirarte a los ojos fijamente sin pestañear y decir que esa botella de vodka que había en el fondo del cesto de la ropa sucia no era suya. ¿Estaba haciendo ella lo mismo? Por un tiempo siguió mirando hacia otro lado, *estado de negación*, hasta la noche en que todo cambió. Llegó a casa con la parte delantera del coche abollada, dos uñas de la mano izquierda destrozadas, sin bolso y sin recordar absolutamente nada. Una enorme laguna en su cabeza. *El alcohol suprime la actividad del hipocampo, que es el centro de memoria del cerebro.* ¿Lo peor de aquello? Sus hijas de 6 y 4 años iban en el asiento de atrás del coche, dormidas, totalmente ajenas al peligro en el que su propia madre las estaba poniendo. Pablo le dio un ultimátum. *Mátate tú si quieres*, y en su mirada supo que le daría igual que ella se matara, *pero con la vida de mis hijas no juegas más.* Así fue como, con 36 años, entró en un centro de adicciones. El ambiente de servicios públicos del lugar era sombrío e incómodo y aunque al llegar la trataron bien y le ofrecieron un café, no pudo evitar sentir un enorme desasosiego. ¿Estaba en realidad tan mal como para eso? El terapeuta la miró con curiosidad a través de sus gafas redondas de carey. No parecía mal tipo, quizá quisiera ayudar de verdad. Lo que no sabía es que recibir ayuda iba a doler y que aquel sería el primero de muchos días en los que desmenuzaría su vida en mil trozos adentrándose en lugares que ni ella misma conocía. Abrió una Moleskine, parecía estar acostumbrado a tener delante a personas en proceso de derrumbamiento, y con una sonrisa que a ella no le transmitió mucho, le ofreció un pañuelo para limpiarse las lágrimas que

emergían incontrolables. Cuando se hubo tranquilizado, el hombre de las gafas redondas sonrió otra vez y sin previo aviso, empezó a lanzar preguntas. ¿Cuándo la bebida se había convertido en un problema? No supo que contestar. Hasta estar allí sentada no sabía que la bebida era tal problema. Quizá fue al principio del todo, cuando pasaba días enteros ella sola cuidando de una niña de dos años y de un bebé recién nacido. Aquellos días, su única conversación adulta eran reproches hacia un hombre que llegaba a casa derrotado y con las ganas justas de hablar, y cuando por fin todos se dormían, cerraba la puerta de la cocina, se ponía en los cascos las canciones más tristes de Billie Eilish y era capaz de beberse una botella de vino entera. *Oh, I hope some day I'll make out of here, Even if it takes all night or a hundred years, Need a place to hide but I can't find one near, Wanna feel alive, outside I can't fight my fear.* Quizá fue después de la muerte de su madre, cuando había momentos en los que la soledad la ahogaba de tal manera que tenía que apoyarse en la pared para no caerse al suelo y solo encontraba consuelo si repasaba mentalmente y de forma obsesiva las últimas veces que la había visto, preguntándose si habría muerto en paz. Aquellos días no los superaba sin tomarse una o dos latas de cerveza antes de ir al colegio a buscar a sus hijas para emprender una tarde de meriendas, juegos y baños. O quizá fue cuando se dio cuenta de que no amaba al hombre al lado del que se acostaba cada noche. No lo sabía, quizá fue todo junto.

*Entrada al diario: No hay que tener miedo a decir lo siento, pero no hay que acostumbrarse a ello.* (Foto de la magdalena con la vela encendida)

Es el día de su cumpleaños y las cosas van a salir bien. No todos los días se cumplen 40. Irán a algún restaurante a darse un homenaje. Después podrían ir en busca de algún pueblo bonito y dar un paseo, aunque el día es caluroso, mejor una zona de baño, quizá una piscina pública, a las niñas les encantará, le han dicho que en el polideportivo de un pueblo cercano hay una enorme.

- ¿Pasa algo mamá? - Blanca siempre alerta. - Te noto seria.

La coge y la sienta en sus rodillas, es un gesto algo extraño a estas alturas, pero la niña lo acepta con cariño y le rodea el cuello con los brazos.

- He pensado que quizá estás triste porque es tu cumple y estás sola, ya no está papá.

No está triste, es otra cosa. Es algo parecido al vacío, como si tuviera un agujero en el centro de la tripa a través del que pudiera ver el transcurrir de su existencia sin

prácticamente inmutarse, y ni siquiera la presencia de esos seres por los que daría la vida es capaz de llenarlo. Nadie avisa de que la maternidad no te completa. Si pudiera se fumaría un cigarro. El teléfono suena salvándola de tener que contestar. Es Adela, una de las primas de su madre, acaba de leer su mensaje y estarán encantados de recibirlas en su casa. Las niñas dan saltos de alegría. Les ha contado que seguro habrá muchos animales, perros, gatos, gallinas.... Y muchos niños, en todos los pueblos hay niños en verano.

Hace tiempo que entrar en un restaurante le produce cierta tensión, sus ganas de beber se multiplican. Durante un tiempo y gracias a la terapia y la medicación, pudo contenerse. Le recetaron un medicamento llamado Antabus que mezclado con alcohol podía producir efectos como taquicardia, náuseas o dolor de cabeza. La idea era que actuara como disuasorio, que el miedo a los efectos adversos la contuviera de beber. También le dieron Fluoxetina, un antidepresivo, aunque ella prefería llamarlo Prozac, sonaba más glamuroso, más sofisticado, como si la depresión tuviera clases. Y además, se inflaba a ansiolíticos. Perdió el apetito y adelgazó de esa forma en que queda feo, pero aquello parecía funcionar, su paciencia era infinita y no había broncas en casa. En realidad, seguía estando colocada, pero de una manera en que al resto del mundo le venía mejor. Ella, y sobre todo Pablo, pensaron que juntos lo habían superado y no fueron capaces de ver lo que venía. Solo ahora saben que vivieron más tiempo del que debieron en esa indiferencia que se profesan dos personas producto de la rutina y la convivencia monótona. De forma imperceptible e involuntaria, la atracción que sentían cuando se conocieron se transformó únicamente en cariño y dos hijas en común. Se alejaron el uno del otro, hasta que llegó un momento que no pudieron regresar al lugar que les correspondía. Al final, esos cuerpos que un día se unieron para crear vida no eran capaces ni de rozarse. La falta de comunicación era tan manifiesta que la situación se hizo insostenible, casi absurda. Ambos empezaron a mirar hacia otro lado y a poner los ojos fuera de su casa y de su vida. La casa que habían construido de la mano y la vida que habían inventado juntos.

Un ruido la devuelve al restaurante. Es el llanto histérico de un niño unido al parloteo de los dibujos animados que su madre le ha puesto a todo volumen en el teléfono móvil para intentar entretenerle, pero el niño no se calma. En lugar de eso coge un vaso y lo lanza con todas sus fuerzas sobre la mesa. El vaso se hace añicos, algunos trozos saltan a las mesas contiguas. La gente los mira y la mujer, dominada por la vergüenza de la observación ajena, la emprende contra el camarero que se ha acercado para limpiar el

estropicio. Aprovechando el jaleo, se acerca a la barra. Que tarden en atenderla es un auténtico suplicio, tiene más tiempo para pensar en qué tomar y eso la pone nerviosa. Aprieta los dientes. Ve a la chica acercarse como a cámara lenta mientras internamente lucha entre lo que sabe que tiene que hacer o lo que de verdad le apetece. *¿Qué te pongo?* Tres simples palabras que para ella significan un mundo. Una victoria o una derrota. Tener el control sobre su vida o no tenerlo.

- Un vino blanco, por favor.

Solía sentarse sola en la barra de los bares y estar horas en la misma banqueta, sin moverse más que para pasar la página de cualquier libro. En general, hay más personas solas en las barras de los bares que en las mesas, en la barra se nota menos que estás solo, en una mesa siempre queda algún asiento vacío. Además, entre esas personas sentadas solas en la barra de un bar se genera una especie de complicidad, o al menos así se lo parecía a ella. Es fácil identificar quien está allí de paso o quien lleva un buen rato y ya se ha tomado unas cuantas. Le costó tiempo dejar de juzgar a estos últimos y darse cuenta de que era uno de ellos. Las niñas están embobadas mirando una tele que cuelga de la pared del local. No es un lugar bonito y huele a fritanga. Siente pena por ellas, qué mala suerte de madre han tenido. Bebe rápido y pide otra copa antes de que las acomoden en una mesa. El niño sigue llorando.

Soplan las velas de los 40 y cantan cumpleaños feliz acompañadas por los camareros y algunos otros comensales que se suman. Se siente bien, algo eufórica. La gente las mira con simpatía. Las niñas llevan restos de tarta de chocolate en la boca y sujetan en la mano un peluche que les ha comprado una señora en la gasolinera cuando han parado antes de ir a comer. La mujer se quedó observándolas mientras ella echaba gasolina. Estaban de pie al lado del surtidor bailando *Levitating* de Dua Lipa con el volumen del teléfono al máximo. *Yo era profesora de baile ¿sabéis?* Las niñas le habían explicado algunos pasos y la mujer se echó a llorar. *Disfrútalas mucho, luego se marchan y no vuelven.*

- Creo que tomaré otra copa.

Blanca mira de reojo mientras el camarero rellena la copa de su madre. Es la cuarta, o la quinta, o la sexta. Ha perdido la cuenta.

Después del divorcio la mayoría de los avances que hizo en el centro de adicciones parecieron esfumarse. Cometió el error de pensar que había erradicado la causa de su adicción. *El alcohol es una droga contra la soledad, tiene muchos poderes*, ya lo decía Sarah Hepola en su soberbio *Lagunas*. Beber ayudaba con el insomnio por las noches y con los pensamientos intrusivos por las mañanas. Beber mataba los pensamientos. *Bebo porque necesito la fuga, porque mi vida no se encuentra donde desearía, pero tampoco sabe aún qué otro lugar*. Esa frase también la obsesionó durante días después de leerla en *OTRA* de Natalia Carrero, una novela que podría haber escrito ella si tuviera ese talento. Siempre le reconfortó leer a mujeres pasando por los mismos trances que ella. Se sentía menos sola. Algunos días llamaba al terapeuta de las gafas redondas y lloraba durante la media hora que duraba la sesión. Después se creía fuerte de nuevo y estaba días sin probar nada. Otras veces volvía a las andadas y quedaba con algún cualquiera para dejarse llevar por las barras libres de la noche madrileña. Eran los días de resaca, cuando la culpa y el tormento la impedían respirar, que pensaba incluso en volver a Alcohólicos Anónimos.

Su paso por allí había sido breve pero demoledor. Fue una de las doctoras del centro de adicciones, la que le recetaba las pastillas, que la animó a ir, asegurándole que le sentaría bien conocer a personas que pasaban por situaciones parecidas a la suya. *¿Qué tienes que perder?* Seguía sintiéndose vulnerable y con infinitas posibilidades de recaer, así que una tarde que las niñas estaban con su padre en el parque y se había quedado sola en casa, presa de la ansiedad y con mucho miedo de sí misma, pensó que podría ser el momento de probar. Acababa de cumplir 38. Dio unas cuantas vueltas a la manzana donde estaba situado el local, pensando si entrar o no en la reunión. Escuchaba en bucle *Weightless* de Arlo Parks, algo tranquilo que ayudara a bajar las pulsaciones. Eran casi las siete, la hora a la que el señor inesperadamente amable que la atendió por teléfono le dijo que empezaban las reuniones de los jueves. Tenía que decidirse pronto. Si entraba, quizá en lugar de mejor, se sentiría peor, aunque eso le pareció imposible. La música dejó de sonar de repente, los cascos se habían quedado sin batería y consideró aquello como la señal que buscaba desesperadamente para decidirse. Las piernas le temblaban. En la puerta del local, situado en un edificio bajo y antiguo en el barrio de Argüelles, muy cerca de su casa, leyó rótulos de diferentes asociaciones. Había pasado por esa calle millones de veces y nunca prestó atención, ni a la puerta ni a los carteles, ¿por qué iba a hacerlo? Una señora mayor que fumaba un cigarrillo de liar apoyada en la pared de al lado de la entrada, la había seguido con la mirada hasta que estuvieron a la misma altura, parecía esperarla. *¿Es*

*tu primer día?* Asintió con la cabeza sin decir nada, las sienes le latían con fuerza, si pronunciaba una palabra rompería a llorar. *Pasa bonita, ya verás que todo va a ir bien.*

El protocolo para cualquier recién llegado a Alcohólicos Anónimos es que le reciban dos veteranos de las sesiones y le expliquen cuál es el funcionamiento de la asociación, que se financian con contribuciones propias y que no están afiliados a ninguna religión o partido político. Esas cosas. El único requisito para entrar es querer dejar la bebida. Después, lo ideal es que el recién llegado les cuente su historia, porque está allí y todo eso. Ella fue incapaz, no podía pronunciar más de dos palabras sin llorar. Consumida por la aflicción y la vergüenza solo acertó a decir, entre sollozos, que quería estar mejor, así que el hombre y la mujer no pudieron hacer otra cosa que darle un abrazo e invitarla a pasar a la sala contigua donde se estaba celebrando la reunión de aquel día.

Sentadas en círculo, unas nueve o diez personas a las que terminaría cogiendo cariño, parecían hablar por turnos de sus logros o miserias, supuso que dependiendo del día. La luz de la sala era tenue, las persianas estaban medio bajadas y el ambiente era polvoriento. Colgados de la pared se leían algunos carteles: “*los 12 pasos*”, “*el poder superior te guía*”, y en un corcho había papeles con números de teléfono de atención a las familias y cosas así. La atmósfera era densa y olía a una mezcla de café y ambientador sanitario. Si alguien tomaba la palabra, *hola soy tal o cual y llevo no sé cuantos meses sin beber*, la audiencia asentía con la cabeza o aplaudía. Hasta la fecha solo había visto reuniones de Alcohólicos Anónimos en las películas, pero la vida real, lamentablemente, nunca es como en las películas.

- Yo era una mala persona, un indeseable, un hijo de puta. Lo único que pensaba era en beber y salir de fiesta y me daba igual dejar a mi mujer en casa con dos hijos colgados del cuello y sin tener ni idea de cuándo yo iba a volver.

El tipo tendría unos cuarenta años. Su expresión era ruda, con la mandíbula algo sacada. Llevaba el pelo cortado a cepillo, un polo Fred Perry y calzaba unas Adidas Cortez. En la muñeca lucía un reloj que parecía bueno. Cuando la vio llegar y sentarse, siguió hablando, dirigiéndose solo a ella, el resto ya debían conocer de sobra su historia. Aquello la incomodó y no era capaz de mirarle a la cara, solo podía preguntarse si su mujer seguiría con él, ella seguro que no hubiera aguantado semejante situación. En estos casos siempre hay uno que aguanta más. Ella era a la que aguantaban. El tipo no quiso dejarse ni un detalle de su historia.



- Al menos nunca pegué a mis hijos, como hacía mi padre conmigo, que me molía a palos el malnacido. Llevo tres años viniendo a estas reuniones, no me las pierdo ni un solo día, incluso las de los fines de semana. Esto es lo que me ayuda a mantenerme cuerdo, a no caer de nuevo.

Era la primera vez que conocía en persona a alguien que hubiera sufrido malos tratos, o al menos que ella supiera. Se sintió mal, desubicada. El tipo terminó de hablar y miró hacia arriba dando las gracias y pidiéndole al poder superior que le ayudara a seguir aguantando.

- Bienvenida, eres muy valiente por haber entrado.

La mujer que coordinaba la reunión se dirigió así a ella. Calculó que tendría unos cincuenta años. Llevaba los ojos iluminados en tonos marrón clarito con oscuros pegotes de máscara de pestañas. No le terminó de dar buena espina, por aquella época tenía especial manía a las mujeres con tanto maquillaje. Pensaba que, si habían decidido maltratar su cutis alimentándolo de ron cola y diazepam, que se aguantaran.

- Aquí todos tenemos el mismo problema, así que no hay nada de lo que avergonzarse.

Le pareció tan condescendiente que tuvo ganas de salir corriendo y no volver nunca más a aquel antro. Con el tiempo la cosa cambiaría, pero nunca consiguió acostumbrarse a todas aquellas historias tan tristes.

El teléfono suena y la salva de la mirada inquisitiva de su hija. Es el padre de las niñas en videollamada. Parece que tiene un radar o poderes especiales para descubrir cuando la está cagando. Se pegan empujones por salir en la cámara y se quitan el turno para hablar contándole lo de las ranas, lo de dormir mirando las estrellas, lo de la chica aquella tan guapa... Bien, parece que nadie va a delatarla.

- Quiere hablar contigo - Blanca intenta pasarle el aparato.

Querrá felicitarla, claro, pero al final pasará lo de siempre y la tendrá un rato al teléfono preguntándole todas aquellas cosas que las niñas no cuentan por olvido o aburrimiento. Va a notar que ha bebido, siempre lo hace y eso sería una tragedia. Igual hasta quiere ir a buscarlas. Se levanta con la excusa de ir a pagar.

- Ya le llamo yo más tarde.

Al salir del restaurante, el sol de primera hora de la tarde le pega en toda la cara. Le parece el mismo sol de cuando iba a al pueblo de una de sus amigas del instituto, en Valladolid, y salían del afterhours que había al final de la carretera principal. ¿Cuánto hará de aquello? ¿Más de veinte años? Blanca sigue recelosa y la mira disimuladamente, controlando todos sus movimientos. Tienen que llegar rápido a la piscina. Quiere darse un baño que ayude a que el alcohol se evapore y así espabilarse. En breve aparecerán la culpa y los reproches que esa noche posiblemente no la dejarán dormir. Por fin llegan y encuentra una sombrilla libre. *Gracias Dios*. Le cuesta acercarse a la niña, no está receptiva. Ha extendido su toalla con cuidado y se ha sentado con un tebeo a leer, en silencio. Le encanta leer, eso lo ha sacado de ella. Espera que no haya sacado mucho más. Julia sale disparada y se lanza al agua haciendo una voltereta.

- ¿Vamos? - hace otro intento de acercamiento, pero Blanca no contesta, sigue con la mirada fija en la lectura.

El hormigueo de las manos no la deja pensar con claridad, no sabe qué decir, ¿debería disculparse? El problema es que no tiene claro qué pasa por la cabeza de la niña. *Cariño, mamá tiene algunos problemas y cuando se toma unas cuantas copas se le olvidan por un rato. Si he bebido me resulta más fácil jugar al escondite, a las cartas o bailar y cantar a gritos con vosotras*. ¿Cómo va a decirle eso a su hija? Al final se acobarda y se da la vuelta en dirección a la piscina, dejándola sentada en la toalla. Al menos la pequeña la recibe con los brazos abiertos. Juegan un rato a Marco Polo. Aprovecha cuando la pillan para abrazarla y besarla, sus caras resbalan al contacto con el agua. No quiere hacer caso al dolor de cabeza que ha venido a importunarla, la resaca ya asoma. Las risas llaman la atención de Blanca que por fin se levanta, guarda el tebeo en su mochila y se acerca al bordillo para mirarlas. Su semblante sigue serio, pero ella también quiere pasárselo bien. Termina tirándose a la piscina y ella aprovecha rápidamente para cogerla y lanzarla por los aires. La sube en sus hombros, hacen volteretas hacia delante y hacia atrás. La niña por fin se ríe y pide más y más. *Por favor, que se olvide*.

Empezó a ir una vez por semana a las reuniones y pareció que la cosa mejoraba. No conectaba con ningún poder superior ni se aprendió ni uno de los 12 pasos, pero notaba algo parecido al sentimiento de pertenencia a un grupo, y lo más importante, estaba sobria.

Levantaba la mano para hablar, respondía a las historias de sus compañeros y se quedaba a fumar un cigarro cuando terminaban la sesión. El grupo era variopinto y eso la sorprendió desde el principio. Había chicos jóvenes que vivían en un piso tutelado, había madres, abuelas, hombres separados luchando porque les dejaran ver una tarde por semana a sus hijos. Estaba este señor con el que especialmente le gustaba conversar, era el mayor del grupo y llevaba treinta años sobrio. *Yo me moriré alcohólico, pero sin beber*, solía decir, y se reía marcando aún más las arrugas de una cara castigada por la adicción. *Esto es una enfermedad que no tiene cura, lo que hay que hacer es aprender a vivir con ella, hay que currárselo, durante meses, años, décadas.* ¿Tendría ella que ir a aquel lugar durante los próximos treinta años? Trataba de no pensar mucho en eso.

Pasados unos tres meses, hubo una tarde que llegó con retraso y notó el ambiente más tenso de lo habitual. Hablaba una chica joven con la que nunca había coincidido, llevaba medio año sin beber, y contaba todos los problemas que tenía con su madre y su hermana dando una y otra vez vueltas sobre lo mismo. Le gustaba escucharse.

- Joder, es que es el paso 9 ¿no? - todos lo recitaron al unísono: *reparamos directamente a cuantos nos fue posible el daño causado, excepto cuando el hacerlo implicaba perjuicio para ellos o para otros* - ellas no están valorando mis esfuerzos ni aceptando el perdón por todo aquello que yo hice en el pasado y esto ya se ha convertido en una súplica continua. No puedo más. Juro que todo esto lo hago por mi hijo, si no me tiraría por un barranco hoy mismo. O me cortaría las venas.

La amenaza de suicidio, por poco creíble que sonara, fue perturbadora. La chica quería seguir hablando, pero el resto del grupo era incapaz de no prestar atención a otra chica que lloraba tratando de no hacer ruido, mientras con las manos destrozaba un pañuelo de papel empapado en mocos y lágrimas. La había visto otras veces, era asidua a las reuniones de los jueves. No habían hablado mucho, pero algunos días llevaba bollitos de nata y un termo de café para repartir amistosamente entre todos. La gente allí parecía tenerle cariño. Esa tarde el coordinador de la reunión, uno de los habituales (se turnaban entre tres o cuatro), era un chico joven que tartamudeaba bastante, se solía quedar atrapado al final de algunas palabras, las de r fuerte. Invitó a la chica 1 a terminar y después de leer la reflexión del día (*En el instante en que dejé de debatir, pude empezar a ver y sentir. En ese momento, el Segundo Paso, sutil y gradualmente, empezó a infiltrarse en mi vida. No puedo fijar ni la ocasión ni el día preciso en que llegué a creer*

*en un Poder superior a mí mismo, pero sin duda ahora tengo esa creencia*) miró tímidamente a la chica 2 que seguía llorando, y aunque no se había apuntado en la lista para hablar (eran las normas), la animó a desahogarse con el grupo. El resto la miraban, que hablara sí, aunque luego prefirieron que no lo hubiera hecho.

- Yo no tengo la culpa de me hicieran lo que me hicieron, que tenía que beber hasta caer inconsciente para sentir lo menos posible, que llegué a beber tanto que dos veces me tuvieron que reanimar porque estaba muerta. Quién se cree con poder para decidir sobre mi vida. No puedo salir sola a la calle, tengo miedo de cualquiera que me mira, tengo que cambiarme de acera, andar más rápido, a veces salgo corriendo porque creo que me persiguen y me volverán a atrapar. Solo quiero beber hasta morirme ya, joder. Me quiero morir de una puta vez.

El breve momento que duraron sus palabras había dejado de llorar y parecía muy enfadada y fuerte y valiente, como una super heroína reivindicando el puto derecho a morir en paz. El grupo entero estaba en el más absoluto silencio. No parecía que muchos estuvieran al tanto de la historia y se revolvían incómodos en sus asientos, dos mujeres lloraban. Ella misma también lloraba. La chica se calló y metió la cabeza entre las piernas dobladas tapándose los oídos con las manos. Ya no parecía fuerte ni valiente, parecía la persona más asustada que había visto en toda su vida. Aquella noche no se quedó a fumar un cigarro. Se despidió rápidamente y corrió en busca del calor de su hogar. Sabía que no les volvería a ver. ¿Qué derecho tenía ella a ir a esas reuniones? Esa gente tenía problemas de verdad, era una obscenidad ponerse a su altura. No lo soportaba más. Aquella fue su excusa para marcharse de allí, que sus problemas no estaban a la altura. *Negación*. Tiempo después, una tarde de camino a una cita en la que se tomaría tres o cuatro copas de vino, los vio desde la acera de en frente, al lado de la puerta, fumando el cigarro de después de la sesión. Estaban todos. Si la reconocieron nadie hizo ademán de saludarla. Ya no era uno de ellos.

Las niñas se quedan bañándose y ella se sienta debajo de la sombrilla. Saca la libreta y se pone los cascos. Ha descubierto hace poco a Caroline Polachek y está enganchada a sus canciones. *Welcome to my island, see the palm trees wave in the wind*. A unos metros, en una silla de esas de playa, hay sentada una chica y entre sus piernas una cría que no tendrá

más de dos años. Juegan a hacer torres con unos bloques de plástico. La chica la mira, parece que tiene ganas de conversación. Aunque la niña la tapa se intuye una tripa más abultada de lo normal. Está embarazada. La descubre mirándola y sonríe, no sabe si con alegría o amargura. Ha dicho algo, pero no la escucha, tiene que quitarse uno de los cascos. *Adiós Caroline*. La chica repite lo que había dicho.

- ¿De vacaciones? - la pregunta le parece simple, pero asiente con la cabeza - Nosotros vivimos aquí cerca, hemos venido a pasar la tarde los cinco, mi marido, los niños y yo.

Señala con el dedo en dirección a un parque con columpios que tienen justo detrás.

- Ah, ¿hay más?

La chica suelta una carcajada. Es guapa.

- Sí, esta pequeñina - se toca la barriga - es la cuarta. Ya he visto que tú vas con dos. Me llamo Carla - levanta la mano en señal de saludo.
- Beca. Encantada.

Carla tiene curiosidad por saber qué escribe y esa pregunta le parece indiscreta, así que parca en palabras le cuenta que es un diario para las niñas, escribe para ellas desde que nacieron.

- Oh, qué bonito. Ojalá hubiera hecho eso yo, quizá te copie la idea, aunque es un poco tarde - suelta otra carcajada - Yo componía música ¿sabes? En mi primer embarazo compuse algunas nanas. Luego ya lo dejé todo, el conservatorio, las clases de piano...los niños dan mucho trabajo.

Lo dice pensativa, mirando hacia delante. ¿Cuántos años tendrá? No le echa más de 30. A esa edad tuvo ella a Blanca y Carla va por el cuarto. Es valiente, desde luego. Alguien grita reclamándola y excusándose se levanta y coge a la niña en brazos. Le sorprende su agilidad para lo avanzado de su estado. Ella vuelve a su libreta y su música, aunque no por mucho tiempo.

Un par de horas más tarde, y sin saber cómo, están cruzando la puerta de la casa de Carla. La chica, después de continuar con la conversación al lado de la piscina, ha insistido en que fueran a cenar.

- Seguro que es más cómodo que en la furgoneta, y al final donde caben cinco, caben ocho, y que los niños jueguen - se ríe por todo.

Además de la cría de dos años y la que viene en camino, tiene un niño de cuatro y otra de seis. ¿Serán del Opus? Siempre que ve familias así se lo pregunta, no le entra en la cabeza, pero le parece buena idea eso de no tener que ocuparse de la cena, la resaca ya se manifiesta del todo. La casa es un chalé adosado dentro de una urbanización. En el interior todo es moderno, un espacio diáfano de techos altos con muebles lacados en blanco y muchos jarrones con flores naturales. En el jardín hay una piscina, ¿por qué irán entonces a la pública? Pierde rápidamente de vista a las niñas, han subido a la planta de arriba donde están todos los juguetes, y a ella le sirven una copa de vino que agradece infinitamente, su estado solo puede mejorar bebiendo un poco más. Se sientan alrededor de la mesa en isla en la cocina, mientras el marido sigue descargando el coche y poniendo cada cosa en su lugar. Es agradable pero no muy hablador. Directivo en una multinacional de seguros o en un banco, algo así. Tendrá unos quince años más que ella. La chica observa cómo le mira mientras se mueve por la casa.

- Me ayuda mucho siempre que puede, con tanto trabajo está poco por aquí - esa historia le suena - pero es un padrazo - esa historia también le suena.

Otra vez no sabe identificar si su sonrisa es alegre o amarga. El hombre termina y se sienta junto a ellas dando un cariñoso beso en la mejilla a su mujer y pasándole la mano por encima de la tripa.

- Voy a acompañaros, con vuestro permiso - él también es guapo, con esas canas que quedan bonitas y la barba desarreglada. Lo que alguna de sus amigas llamaría un lobo plateado.

Se llena una copa y le sirve de nuevo a ella que se ha tomado la primera en dos tragos. De repente siente una punzada en el corazón, no es una punzada grande, pero la nota. Es la nostalgia de cuando ellos también eran una familia. Es inevitable que su cabeza la lleve de nuevo al tortuoso pensamiento de por qué lo suyo no funcionó. Hubo una vez que el marido ideal era el suyo. Tantas veces les dijeron lo buena pareja que hacían y la familia tan bonita que habían creado, incluso cuando empezaron a dejar de soportarse nadie lo percibía. Se les daba muy bien disimular, sobre todo a él. Ella nunca creyó merecérselo, demasiado bueno, le decía a su madre cuando empezaron a salir. Luego se acostumbró, quizá se aburrió, pero echa de menos compartir el cuidado de las niñas, a veces estando

sola se le hace tan cuesta arriba. Y su temple, jamás gritaba o perdía las formas. Puede que ese fuera uno de los problemas. Ella le quiere, claro que le quiere, puede que sea la tercera persona que más quiere en el mundo. ¿Tendrían que haberlo intentado un poco más? Haber ido a terapia, por ejemplo, o plantearse tener una relación abierta. En un ataque irracional de celos desea con todas sus fuerzas que la sonrisa de Carla sea de amargura o aburrimiento. O de arrepentimiento por haber dejado la música. O de miedo a que su marido la esté engañando con otra. Lo que sea que la haga tan infeliz como lo es ella en ese momento. Se le duermen las manos y empieza a faltarle el aire. Debería salir de allí, pero en lugar de eso se sirve por su cuenta otra copa. Sabe que está bebiendo con ansiedad, pero es la única manera de hacer que la tristeza desaparezca. Se pone de pie y con la copa en la mano se acerca a la mesa de billar que hay en uno de los lados de la inmensa terraza techada. Podría contarles alguna historia divertida, como la de aquella vez en Ámsterdam, el primer viaje que hicieron juntos Pablo y ella. Estaban en un local con mesa de billar y para entrar en la partida había que apostarse 30 euros. Iban fuerte los holandeses, pero ellos no se acobardaron y pusieron los billetes encima de la mesa, aceptando el reto. Empezó tirando ella y lo primero que hizo fue meter la bola negra. Así de rápido perdieron. Todos los allí presentes prorrumpieron en sonoras carcajadas y ellos también. Estaban borrachos, ¿qué más daba? Era la época en que aun podían salir juntos y tomarse unas copas sin que todo se convirtiera en un drama. Estuvieron bailando en la discoteca Paraíso hasta altas horas de la madrugada y después, felices, regresaron al hotel con esa sensación de eternidad que tienen las parejas que se acaban de enamorar. Ha debido dibujarse una sonrisa en su cara al recordarlo y Carla le pregunta que en qué piensa.

- En uno de los viajes que hice con mi exmarido, parece que fue hace un millón de años
- Ay, cuéntame más.

*Entrada al diario: No todo es siempre como nosotras pensamos. Qué sabemos de lo que pasa por la cabeza de otras personas. Sed comprensivas y pacientes con la gente. (Foto de Blanca y Julia sentadas en el bordillo de la piscina)*

#### Día 4

Se despierta aturdida y con un dolor de cabeza insoportable. Tiene los ojos hinchados y la boca pastosa, se muere de sed. Está sobre un colchón en el suelo, a su alrededor, montones de juguetes. Una cocinita de madera, un balancín con forma de caballo, una casa de muñecas, parece una habitación de los años 60. La persiana está bajada, pero entra algo de luz, es un espacio enorme, se siente pequeña. Tarda unos minutos en reconstruir lo ocurrido el día anterior, su cumpleaños, el restaurante, la piscina... ¡el vino! *Mierda, ¿dónde están mis hijas?* Presa del pánico se levanta, lleva un pijama de dos piezas en tonos salmón, parece nuevo y es muy suave. En la planta de abajo se oye murmullo. Pasa por el baño para lavarse la cara y enjuagarse la boca. No se atreve a mirarse en el espejo, conoce esa cara y la odia. Se recoge el pelo y baja las escaleras sin hacer ruido. La estampa que se muestra frente a ella es insoportable. Carla, de pie, tiene una mano apoyada sobre su abultada barriga y con la otra sujeta una taza humeante de café. Está sonriendo. Él lleva puesto un delantal y sostiene una espumadera. Hace tortitas, gofres, huevos revueltos o cualquier otra cosa que suponga un desayuno extraordinario. Alrededor de la mesa, todos los niños sentados con las bocas manchadas de leche esperan ansiosos la comida, menos Blanca, que está de pie capturándolo todo con su cámara de vídeo. Julia la ve. *¡Mamá!* Todos se giran a mirarla y en ese instante solo quiere morirse, algo rápido e indoloro, un derrame cerebral estaría bien. La niña va corriendo hacia ella y la abraza. A Blanca se le desdibuja la sonrisa de la cara y apaga la cámara de mala gana.

- Anoche bebiste demasiado y nos pareció que no era buena idea coger la furgoneta, así que nos montamos una fiesta de pijamas.

El comentario es tan directo que le cae como una bofetada y la situación tan vergonzosa que de nuevo le falta el aire. No la juzgan, quizá estén siendo algo condescendientes, pero no se merece menos. Al parecer los niños se lo habían pasado en grande, y ella había estado muy graciosa contando anécdotas varias. Dijo varias veces lo contenta que estaba de celebrar su cumpleaños con ellos. No recuerda nada, pero está segura de que no fue todo tan divertido, conoce de sobra el estado en el que debía estar. Lo último nítido es que abrió una segunda botella de vino y que él rechazó una tercera copa, así que probablemente se la bebería ella sola. Los vasos vacíos están sobre la encimera de la cocina, delatándola. *Malditas lagunas, puto hipocampo.* Se ríe con ellos, como si la cosa tuviera alguna gracia, pero le gustaría cerrar fuerte los ojos y que cuando los abriera nada de eso hubiera pasado, estar en otro lugar, en su casa metida en la cama, por ejemplo.



Como en la canción de los Planteas. *Si te esfuerzas puedes, desaparecer*. Carla insiste en que se dé una ducha. Las niñas ya se han duchado, cómo no, y seguro que no han puesto ninguna pega para hacerlo. El olor a rosas del gel de baño la sitúa de nuevo en el mundo y el agua caliente ayuda a calmar el hormigueo de las manos. Las abre y cierra repetidas veces. Esta vez sí se mira y su imagen desnuda frente al espejo le resulta desagradable. Ni un rastro de aquel bonito cuerpo esculpido a base de yoga. Es deprimente esa delgadez.

Cuando por fin se despiden, la chica le da un sentido abrazo y la coge un momento de las manos mirándola a los ojos.

- Lo que sea, pasará.

Ella asiente mostrando la enésima sonrisa forzada, y le da las gracias por tercera o cuarta vez, deseándole que vaya todo bien con el nacimiento del bebé. Tiene que aguantarse las ganas de llorar.

*Entrada al diario. Lo hago lo mejor que sé, aunque a veces no lo parezca. (Foto de las tres junto a la familia de Carla en el jardín del chalé)*

Ya en la furgoneta, Blanca sigue sin dirigirle la palabra y no puede culparla. Avergonzarte del comportamiento de tu madre es doloroso y ella lo sabe mejor que nadie. Tantas veces tuvieron que esperar en el coche hiciera frío o calor a que a Elisa se le pasara la borrachera para que pudiera conducir y llevarlos a ella y a Bruno de vuelta a casa. Su hermano, a pesar de ser el mayor, en aquellos momentos se bloqueaba y ella solía tomar las riendas de la situación tratando de superar la vergüenza que todo eso suponía. Una vez tuvo que tocar un timbre al azar en un edificio que no conocía para que le dejaran usar el teléfono y llamar a una amiga de su madre porque no había manera de que se espabilara para conducir. Tenía 13 años. Elisa tardó tiempo en perdonárselo, aquello la dejó demasiado en evidencia y la vergüenza le impedía reconocer la gravedad cuando se daban ese tipo de situaciones. Se justificaba con ella misma de mil maneras y al final siempre acababa obviando el tema hasta que a todos se les olvidaba. El único con el que ella podía hablar de aquello era con Bruno, pero él tampoco lo mencionaba. Se había acostumbrado a vivir así y prefería no darle a la situación demasiada importancia, así no se convertiría en un problema de verdad.

¿Y si hubieran estado las tres solas y sus hijas hubieran tenido que encargarse de ella? Piensa en Carla y en su preciosa familia perfecta. En la sonrisa de Blanca cuando bajó y los vio desayunando. La culpa es asfixiante. ¿En qué momento había dejado de ser una superheroína para su hija? No sabe cómo acceder a ella. ¿Se lo contará a su padre? La cara que ve a través del retrovisor se le quedará grabada de por vida. Los ojos llorosos, la mirada fija, los labios apretados.

- Chicas, lo de ayer, yo...
- ¡¡Cállate!! Te odio.

Lo único más doloroso que tener odio hacia una madre es sentir el de una hija. *Odio es una palabra muy fea, no la uséis*, les ha dicho muchas veces cuando en medio de una pelea de hermanas alguna ha manifestado hacia la otra semejante sentimiento. Un día llegaron a buscar su significado en internet y de todas las cosas que encontraron la más convincente fue esta: *sentimiento negativo o de rechazo que experimenta el individuo como resultado de sus frustraciones y que tiende a ser vivido de modo muy intenso e incontrolable, despertando en las personas que lo experimentan una profunda antipatía*. Así que Blanca la odia. Ella es la causa de sus frustraciones, ella le genera antipatía.

La resaca y la culpa son mejores amigas y torpemente las arrastra inseparables y pesadas, como si fueran cadáveres, pero la muerta es ella. La situación es penosa, su hija mayor la odia, la pequeña está algo desubicada y ella tiene otra vez ganas de vomitar. Antes de Albuquerque lo mejor es hacer otra parada, a ver si se calman los ánimos. Harán noche en un camping, rodearse de más gente les sentará bien. No tarda en llegar a uno que encontró en las recomendaciones de Google, no se le ha ocurrido otra cosa. A las niñas parece gustarles la parcela que les han dado. Han sacado sus peluches y los han colocado sobre una manta en el suelo. Es curioso el rol de cuidadoras que adoptan cuando se trata de sus muñecos. Dependen de ellas, tienen que estar a la altura. Hacerlo mejor que su madre. La furgoneta descansa bajo la sombra de dos grandes pinos, quizá no sea necesario abrir el toldo, además no tiene ni idea de cómo se hace. En la pequeña nevera hay huevos, unas hamburguesas y algo de pan de molde, les propone acercarse a las cocinas comunes y prepararles una comilona. Ella no tiene hambre. Julia se muestra entusiasmada, Blanca sigue sin dirigirle la palabra.

Casi da un brinco cuando los ve en la parcela de al lado. La pareja con el hijo a los que conocieron dos días antes. Los 'padres de Matilda'. Ya es casualidad. El chaval está sentado en las escaleras de entrada a la autocaravana con un libro entre las rodillas. El hombre, tumbado en una de esas hamacas que se enganchan a los árboles, sujeta un botellín en una mano y un cigarro en la otra dedicándose a la vida contemplativa. Se cambiaría por él en ese instante. Tiene que pensar en cómo acercarse al bar del camping y comprar algunas cervezas. La mujer está de espaldas, afanada con alguna cosa que no alcanza a ver, así que opta por hacerse la despistada y no les dice nada. Tiene un festín que preparar.

La vida en los campings es singular. Las parejas mayores en caravanas de las de antes. El colorido de la ropa tendida por todas partes. Los coches con piraguas en el techo. La piscina escondida entre los árboles. Las luces colgando de las ramas más fuertes. Alguna vez habían ido los cuatro cuando las niñas eran más pequeñas, siempre alojándose en un bungalow, claro. Admira cómo la gente es capaz de montar auténticos hogares a partir de cuatro palos y una tela.

La comida resulta un fracaso. Las hamburguesas se han quemado y han tenido que pedir ketchup a unos chicos jóvenes, así que les ha dado corte echarse todo lo que les hubiera gustado.

- Cuando vamos a casa de María, la chica que trabaja allí nos hace unas hamburguesas súper buenas - Julia hace el comentario con total naturalidad - y nos ponemos montañas de ketchup - se ríe con inocencia.
- ¿Quién es María?
- Una amiga de papá.

Así que su padre tiene una amiga. Que tiene una chica. Que hace unas hamburguesas mucho más buenas que esas que acaba de preparar ella.

- Tampoco es para tanto – Blanca, aún enfadada con ella, es capaz de identificar en la cara de su madre la pequeña puñalada que eso acaba de suponer. Su propia hija la ve demasiado vulnerable.
- Y esta amiga... - no sabe qué palabras escoger, le hubiera gustado que su exmarido la informara de que le ha presentado a las niñas a su novia, o lo que sea. ¿Irán en serio? Se le encoge un poco el pecho y la resaca golpea de nuevo. Antes o después eso iba a pasar - ¿es simpática? ¿se porta bien con vosotras?

- Muy bien. Nos deja sus vestidos para disfrazarnos. Y sus zapatos de tacón - la cosa no hace más que empeorar - esto me lo ha regalado ella - la pequeña señala con orgullo el reloj digital que lleva en la muñeca.

Néstor tardó tiempo en presentarles a ella y a Bruno a su novia, aquella con la que compartía habitación en Las Vegas. Elisa sentía una animadversión profunda por esa mujer y la criticaba continuamente a pesar de no conocerla de nada. No le gustaba que sus hijos trataran con ella. La realidad era que ellos no la veían mucho, ya que tampoco veían mucho a su padre, así que esa relación era prácticamente inexistente, pero el miedo de Elisa a sentirse reemplazada de alguna manera, aunque irracional, era muy fuerte. En ese momento siente algo parecido a lo que tuvo que sentir su madre, recelo de que alguien pueda reemplazar su lugar en la vida de sus hijas. Sentirse así la enfurece y se tiene que contener para no coger el teléfono y llamar a Pablo para pedirle explicaciones.

- Tu hamburguesa no estaba tan mal, mamá. ¿Volvemos a la furgoneta?

Las tres saben que es lo mejor.

Al volver a su parcela no puede evitar el encuentro con su vecina. Las niñas han sacado las cintas de bailarina y están por los alrededores haciendo piruetas.

- Sí que es casualidad - responde con pocas ganas ante el entusiasmo de la mujer.
- Me aburro mucho aquí - tiene ganas de conversación - uno todo el día leyendo o en la piscina. El otro, todo el día tumbado sin hacer nada. Estoy deseando volver a Valencia - parece que son de allí. No sabe muy bien qué responder, así que sonríe y se encoge de hombros. Se dirige al chaval.
- ¿Qué lees? - el chico tarda unos segundos en reaccionar. ¿Es a él? Sin decir nada le da la vuelta al libro. *Gente Normal*, de Sally Rooney. Ha leído ese libro unas tres veces, hasta se sabe algunos de los diálogos. Le parece joven para leer algo así y se gana su respeto al instante, ¿quién se lo habrá recomendado? Quizá ha llegado a él a través de alguna cuenta en Instagram.

A lo lejos ve a Julia y a Blanca junto a otros niños. Parece que van a jugar a algo en una explanada que hay en frente del bar del camping. Es su oportunidad. Se despide rápidamente con la promesa de verse más tarde por allí.

Las mesas bajo el porche del bar están casi al completo, pero consigue hacerse con una silla que coloca en uno de los extremos de la terraza. El lugar parece animado. Mientras

los niños se divierten, los padres conversan. Se han organizado dos grupos grandes y van a jugar al pañuelo. Suena algo de música en los altavoces, *Losing my religion* de R.E.M., *Zombie* de los Cranberries. Grandes éxitos de siempre. Le gusta. Julia la saluda desde lejos, Blanca la mira sin decir nada. Tienen algo de vergüenza, pero las conoce y no se van a perder la partida. Los chavales se juntan en un corro para repartirse los números. ¿Cuáles les habrán tocado? Están nerviosas. Una señora mayor vestida con ropa de montaña se prepara para cantarlos:

- ¡El 4!

Julia duda un momento y mira a su hermana que la empuja por la espalda para que salga corriendo. Ha tenido suerte y el otro número 4 es una niña más pequeña así que no tiene problema en agarrar el pañuelo y volver corriendo a su sitio entre los vítores de sus compañeros de equipo y los silbidos de su madre. La niña está exultante. Y ella por fin puede tomarse una cerveza.

Los juegos se han extendido durante un par de horas. Pañuelo, escondite, las sillas. Por momentos ha recordado su infancia, antes de que todo terminara de joderse, cuando los que se sentaban en el bar eran sus padres y los que jugaban, Bruno y ella. Se ha emocionado. Posiblemente hayan sido los efectos del alcohol. *El alcohol intensifica las emociones*. No lo va a pensar ni a sentirse mal. Necesitaba esa cerveza para pasar la resaca. Tampoco es nada malo, hay más padres allí bebiendo. Después han cenado unos bocadillos en el bar. Blanca, como siempre, analizando con curiosidad a todo aquel que se cruza en su camino, pero solo dirigiéndose a su hermana al hablar. Todo indica que aún la odia. Necesitan algo más de tiempo para recuperar la normalidad.

Ya de vuelta en la parcela trata de no hacer mucho ruido, no le apetece entablar conversación de nuevo con la vecina y escuchar sus lamentos. La ve sentada en una silla hojeando una revista, el HOLA! o el Telva posiblemente. Su marido se ha quedado dormido en la hamaca, no parece haberse movido de allí en todo el día. No hay rastro del chaval, pero se ve luz dentro de la autocaravana, estará devorando el libro, dejándose llevar por la historia de Connel y Marianne. Las niñas no tardan en desvestirse, lavarse los dientes en un barreño y meterse en la estrecha cama que esa noche compartirán de nuevo. Ella se queda con la excusa de recoger, *ahora voy*, quiere fumarse un cigarro. Pensativa, entre calada y calada, escucha los ronquidos del hombre de la parcela de al lado que duerme plácidamente, ajeno a las penurias de su mujer. Se alegra de haberse

separado, de no pasarse una vida entera en ese estado en el que te da igual la persona al lado de la que te acuestas cada noche, en el que la conversación deja de existir, en el que cada uno toma un camino. Por un breve instante se siente satisfecha. Ya no le importa lo de la amiga de su exmarido. Mañana solucionará las cosas con su hija y todo irá bien. Se acomoda y se abre una cerveza que ha traído guardada en la mochila. Quiere mantener un rato ese estado de euforia. Se le olvida que, todo lo que el alcohol te da, sin darte casi cuenta, te lo quita.

*Entrada al diario: Es alucinante la soltura con que os manejáis en cualquier ambiente. Debería aprender de vosotras. Vuestras vidas van a estar llenas de momentos divertidos y emocionantes. (Foto de las niñas bailando con las cintas en la explanada del camping. Foto de las niñas en pleno juego del pañuelo)*

## Día 5

Han aparcado la furgoneta muy cerca de donde marca la dirección que le dio Adela. Es algo más de la 1 de la tarde, espera que no sea mala hora para llegar. Está nerviosa, no sabe cómo va a ser lo de encontrarse con esta familia a la que no conoce. A unos metros ve a cuatro hombres apoyados en un muro, fuman, se percibe una conversación fanfarrona. Va enseñando tripa y medio culo, quizá cortó demasiado los shorts antes de salir de Madrid. *Come as you are, as you were as I want you to be*. Siempre que se pone nerviosa tararea repetidas veces esa canción de Nirvana. Es una forastera llamando la atención. *Mierda*. Las niñas corren detrás de ella ajenas a que se pueda producir cualquier situación incómoda. Mejor. Ya tendrán tiempo de que les pase cuando crezcan. Espera que sea más tarde que a ella, cuando volvió al colegio después del verano de séptimo de EGB y entró en clase. Le habían crecido las tetas, llevaba el pelo más largo y la falda del uniforme más corta. A uno sentado en la primera fila se le escapó un silbido. Fue el momento en que dejó de ser invisible para los hombres y la primera de todas las situaciones incómodas que estarían por venir.

- ¡Oye, oye! - uno de los hombres grita. ¿Es a ella? No se lo puede creer, va con dos niñas, *joder*.

El tipo se pone delante y la intercepta. Entonces le reconoce, imposible pasar desapercibido con esa altura.

- No corras, niña, que somos familia.

Santi, que aún no tiene claro si es su tío, su primo o qué, y que sigue siendo clavadito al Ché Guevara, se empeña en cargar con las tres mochilas haciendo un gesto de desdén como si no pesaran nada. Las niñas le miran con curiosidad, le ha parecido que Julia le daba un toquecito con el codo a Blanca. Con su hermana sí está receptiva, se ha reído.

- Entonces, ¿tú eres tío mío? - le da algo de vergüenza, pero prefiere preguntar y tener claro cuál es el lugar de cada uno.

El hombre tiene que pensárselo un momento, como si el árbol genealógico fuera algo complicado.

- Adela y Águeda son hijas de una de las hermanas de tu abuela y yo de la otra y todos somos primos de tu madre, así que podría decirse que somos tus primos

segundos, creo. Luego hay más gente por aquí - levanta la vista, ella supone que se refiere al pueblo entero - Los padres de tu madre, o sea tus abuelos, Flavia y Emilio, se conocieron en Badajoz. Él estaba haciendo el servicio militar y tu abuela, que era de aquí, de Alburquerque, trabajaba allí sirviendo en una casa. Así se conocieron. Tu abuela trajo un día a Emilio con sus hermanos al pueblo para invitarlos a comer y resultó que los hermanos de tu abuelo se enamoraron de otras dos mujeres de aquí, con las que finalmente se acabarían casando. Por eso aquí tienes familia por parte de tu abuela y por parte de tu abuelo. ¿Lo entiendes? - Quizá sea demasiado para estar recién llegada y se siente algo sobrepasada, pero disimula.

- Creo que sí, pero es posible que te pida que me lo vuelvas a explicar - el hombretón se ríe con ganas.
- En otro momento, que ya hemos llegado.

La casa desde fuera se ve imponente. Es una vivienda rústica de piedra y tejas curvas color granate. Las vallas que la rodean están cubiertas de enredaderas y flores y la puerta de entrada al jardín es de hierro con forma de arco. De ella cuelga una pequeña campana que hace de timbre. Parece una casa de cuento. En un lateral hay un pequeño campanario que llama su atención.

- Es una ermita - le aclara Santi - es pequeña y no se le da mucho uso, pero ahí la tenemos.

Las mellizas están en el porche, sentadas en sillas bajas, cosiendo. A su alrededor, macetas de vivos colores, dos gatos dormitando y una mesa con dos tazas de café encima, terminan de convertir el lugar en un sitio mágico. No las recordaba tan parecidas, es como si el tiempo las hubiera mimetizado. Una lleva el pelo ligeramente más oscuro, así podrá diferenciarlas. Cuando levantan la vista y las ven, la que identifica como Adela, lanza unos gritos de alegría. *¡Por fin!* Águeda mantiene el rostro algo más serio, pero se levanta igualmente para recibirlas. Hay besos y algún abrazo. Adela muestra un cariño algo excesivo, del que ella no se cree merecedora, su hermana en cambio, casi ni la mira, se centra en Blanca y Julia que parecen algo confusas ya que no han visto a esas personas en su vida. Aun así se dejan pellizcar los carrillos. Todos entran.

- Bienvenidas, estáis en vuestra casa.



Pasan directamente a la cocina, vienen sedientas del viaje. Es un espacio muy grande con el suelo de baldosas marrones combinadas con hidráulicas en tonos amarillos, una mesa de madera maciza en el medio y un horno de piedra en uno de los extremos. Las frutas y hortalizas se amontonan en cestas de mimbre repartidas por todas partes. Huele a guiso recién hecho. Atravesando la estancia, salen a un patio donde corretean algunas gallinas y un pastor alemán se echa la siesta bajo la sombra. El hombre anima a las niñas a que le acaricien y les promete que más tarde podrán dar de comer a los animales. Águeda se queda con ellas y Adela la conduce a la habitación donde se van a instalar, que está en la primera planta.

- Al morir tu abuelo Emilio, Flavia vendió la casa del pueblo, así que cuando venía en verano con Elisa y con tu tía Paloma, se quedaban aquí, en esta habitación. Es posible que hasta quede algo de su ropa en el armario. Tu madre siempre tuvo mucho estilo, le gustaba vestirse bien. Puedes quedarte lo que encuentres.

Un escalofrío le recorre la espalda al imaginárselas allí. Hay tres camas individuales alineadas y pegadas a una de las paredes. Los cabeceros de hierro forjado con formas florales son idénticos y la ropa de cama de un blanco inmaculado. Ojalá pudiera acostarse ya. En el lado opuesto a las camas hay un chifonier, un espejo de pie y un armario de madera con las patas algo torcidas. El ventanal protegido con rejas da al patio donde han estado unos minutos antes. El cielo desde allí le parece más azul, como nunca antes lo había visto. Bajan de nuevo a la estancia principal, donde la mesa está lista para comer. La han adornado con esmero, platos de porcelana, copas de vino, vasos para el agua y servilletas de tela a juego con el mantel de flores. En el medio, un puchero de barro lleno hasta arriba de estofado de carne con alcachofas. Se sientan. Le da vergüenza decir que no come carne, así que la aparta disimuladamente. Las niñas engullen, saben apreciar la buena cocina. Mejor eso que lo que comieron el día anterior. No toca el vino y no por falta de ganas, su hija sigue sin dirigirle la palabra y no quiere empeorar las cosas. Ha tratado de excusarse por su aspecto demacrado y los malos humos de la niña. Le ha puesto la mano en la frente en el típico gesto que hacen las madres cuando los niños tienen mala cara. *Estamos cansadas de estos días en la furgoneta.* Le parece que Águeda mira a su hermana como torciendo el gesto, pero Adela no le hace caso, no da muestras de querer juzgarla. Quizá su cara de dos resacas seguidas es demasiado manifiesta. La mujer, que parece tener como objetivo que ella se sienta como en su casa, le sugiere que se acueste un rato, ellos se quedarán con las niñas, hay muchas cosas que les quieren enseñar.

Después de una siesta lo verá todo de otra manera. El cansancio puede al sentimiento de culpa y sube a acostarse en una de las camas. Elige la del medio. Se acuesta boca arriba con la mirada fija en una reproducción de un cuadro de Monet, el de la mujer con la sombrilla. No puede conciliar el sueño pensando que su madre pudo estar tumbada allí mismo. ¿Qué pensaría si la viera? Seguro haría alguna broma, “de tal palo tal astilla”. La echa de menos sin parar.

Su madre era una mujer maravillosa que no consiguió aceptarse a sí misma ni encajar en la vida que le tocó vivir. Con 20 años ya se había casado con Néstor, su padre, y antes de eso, solo le había gustado otro chico, del que, en contadas ocasiones y cuando había bebido más de la cuenta, hablaba con cariño y nostalgia. Se llamaba Juande. Se acuerda porque cuando se lo mencionó le hizo gracia el nombre. Juan de Dios. Su abuela Flavia solía meterse con aquel chico si salía en la conversación, decía que era un muerto de hambre. *Néstor en cambio sí le gustaba, tenía un buen trabajo y coche propio, era el más exitoso de seis hermanos.* No es que Elisa no se casara con amor, pero también tenía una imperiosa necesidad de salir de su casa. La relación con su madre era inestable. La mayor de dos hermanas, siempre se sintió aislada del vínculo entre su madre y Paloma, su hermana pequeña, sobre todo desde que su padre, Emilio, murió cuando ella tenía 15 años. Al poco de casarse tuvo su primer hijo y con algo más de 23 años ya los tenía a los dos. No fue más allá de los estudios de bachillerato, pero con empeño e ilusión sacó un título de mecanografía, típico de la época, y pronto empezó a trabajar de asistente en una empresa. Batía récords en las pulsaciones por minuto. Le gustaba leer, estar informada y se convirtió en una mujer culta y con una opinión para todo. Aquello era una cosa de ella que le fascinaba. Cómo argumentaba cualquier asunto relacionado con la política o la cultura. Más de una vez había hecho suyas las opiniones de su madre delante de otros. Siempre funcionaban. Entre ellas hubo grandes desencuentros producto de la terquedad y la soberbia, porque, aunque la quería más que a nada en el mundo, no soportaba la manera que tenía de autodestruirse y que, por culpa de su adicción, dejara de ser la persona increíble que era. Nunca superó que su marido la abandonara para marcharse con aquella compañera de trabajo con la que acabaría casándose. Cuando aquello ocurrió ella tenía 13 años. Antes de irse, su padre le dio un trozo de papel con un número de teléfono al que podía llamar si ocurría algo grave. ¿Qué quiso decir con grave? Que su madre se pasara el día en su habitación encerrada y llorando ¿era grave?, que su hermano y ella se encontraran un día tras otro la casa llena de botellas de vino, ¿era grave? A veces llegaban a tiempo de tirar el contenido de alguna por el fregadero. Solo le llamó un día que se la

encontraron inconsciente, tirada en el sofá al lado de un blíster de pastillas y una botella de Absolut. Un pecho se le salía a través de la blusa del pijama. Tenía los ojos cerrados y una cara que transmitía tanta paz que pensó que estaba muerta. De fondo el sonido de la televisión encendida. Una periodista se había trasladado a Atlanta para la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos. Se asustó tanto que fue corriendo a su habitación para rescatar el trozo de papel que había escondido en su joyero. Cogió el teléfono aquella mujer con la que estaba y ella se quedó bloqueada y tuvo que colgar. ¿Dónde estaba su padre? Desde aquel momento, todo fue a peor.

*Entrada al diario. Qué suerte hemos tenido de que nos acojan en el pueblo. Estoy segura de que vais a pasar buenos ratos aquí. (Foto de Julia acariciando al perro)*

Se despierta sobresaltada. Otra vez la misma pesadilla, ¿hasta cuándo va a durar? Está sola, encerrada en una habitación sin ventanas. Grita y nadie la oye. Hay un momento que escucha susurros y parece que alguien le ofrece una mano, pero rápidamente la mano se desvanece y ella vuelve a estar sola. La sensación de desamparo es tan real que siempre tarda un rato en recomponerse. Aunque la persiana está bajada, se cuela algo de luz, ¿qué hora será? Espera no haber dormido mucho. Oye a las niñas en el patio y se asoma a la ventana. Llevan un melocotón mordisqueado en la mano y están sentadas en un bordillo observando cómo Santi arranca algunas hierbas de un pequeño huerto flanqueado por adoquines rojos. El perro no se mueve de su lado. Parecen tranquilas, como si hubieran pasado todos los veranos en ese lugar. Cuando la ven asomada, la pequeña saluda efusivamente y le hace un gesto para que baje. La otra retira la mirada. Hasta el momento nunca había experimentado este rencor por parte de su hija. Siente algo parecido a un latigazo en la espalda cada vez que la menosprecia. Sabe que se lo merece, pero necesita solucionarlo ya. Se suponía que iban a ser unas vacaciones bonitas. Se jura a ella misma que el resto de los días va a hacer las cosas bien.

Mientras baja las escaleras le parece escuchar a las mellizas. Hablan en voz muy baja como si no quisieran que se las oyera. Para no importunarlas tose fuerte justo antes de aparecer en la puerta de la cocina. Adela sonrío al verla, Águeda mira hacia otro lado. Se siente algo incómoda, al final no conoce a estas personas y nada más llegar a su casa se ha metido en la cama, quizá se ha tomado demasiadas confianzas.

- ¿Está todo bien?

En su interior reza porque la respuesta sea afirmativa y el momento pase lo más rápido posible. Se miran entre ellas y Adela musita un sí rápido para torpemente intentar afanarse con los trastos de la cocina. La situación se vuelve aún más incómoda y no sabe qué hacer ¿Debería insistir? Lo hace

- ¿Ha pasado algo con las niñas?

Adela se acerca a ella mientras Águeda se mantiene alejada y con el gesto serio. Quizá las diferencias entre ellas no están solo en el color del cabello. El agua del grifo corriendo la desconcentra.

- Nosotras no queremos meternos donde no nos llaman...

Al final es Águeda, la que, sin mucho rodeo, le dice que Blanca les ha contado lo de casa de Carla. Que se quedaron allí a dormir porque ella estaba “rara”. Parece que la niña no entendió bien lo que pasaba y por qué no pudieron irse en la furgoneta. Ella no recuerda nada. Se maldice por ello. Su hija se lo ha contado a las mellizas buscando respuestas.

- Nos acordamos mucho de tu madre - Adela la coge del brazo - Si hay algo en lo que nosotras podamos ayudar...

Un sofoco de rubor le atraviesa el cuerpo. Suelta el brazo y se aparta un poco. Las manos se le duermen otra vez, la vergüenza es insoportable. Por un momento siente un profundo resentimiento hacia su hija por ponerla en esa situación, pero la culpa no es suya. Blanca sabe que algo pasa y debería haber hablado con la pequeña, haber estado más atenta. ¿Por qué no le ha dicho nada a ella? Siempre le cuenta sus cosas. Siempre ha sido una niña abierta y comunicativa. Algo ha cambiado y ya no tiene confianza. Con las mellizas ha encontrado un espacio seguro en el que ha sentido libertad para hablar. Aunque se culpa, la situación la violenta de tal manera que lo primero que le sale es ponerse a la defensiva.

- Ah sí, ¿y qué sabéis vosotras de mi *madre*? - pone énfasis en la palabra madre.

Ninguna de las mellizas está preparada para esa reacción y se muestran contrariadas, Águeda parece que fuera a contestar, ha fruncido el ceño, pero en ese momento Julia entra en la cocina y se acerca a darle un abrazo.

- ¡Mamá! Tienes que venir a ver las gallinas y el huerto.

La niña, completamente ajena a la tensión de la situación, coge su mano para salir al patio. Ella tiene que aguantarse las ganas de llorar y en ese momento se arrepiente

profundamente de haber tomado la decisión de visitar esa casa. *¿Quién se cree esa gente para juzgarla?* No le faltan ganas de agarrar sus cosas y a las niñas y salir de allí, pero sabe que no lo hará, sus hijas no se lo perdonarían. Es mejor hacer como si no hubiera pasado nada. En eso tiene práctica.

A la hora de la cena las llevan a conocer el restaurante que las mellizas regentan desde hace 20 años. Recorren el laberinto de calles del centro histórico mientras ella le da vueltas a cómo enfrentar la situación, tiene que conseguir relajarse, el corazón le va a mil por hora. No ha tenido ocasión de hablar con su hija. Tampoco la ha buscado, tiene un miedo atroz a la respuesta que pueda encontrarse. Las dos niñas parecen contentas andando junto a esas mujeres por las calles del pueblo mientras escuchan historias de quienes habitan las casas por las que pasan.

- Aquí vive otro primo de vuestra madre por parte de padre, que tiene un montón de vacas y ovejas, aquí el párroco de la iglesia de San Mateo, y aquí, en la casita de la pared llena de macetas, la farmacéutica.

Blanca graba con su cámara de vídeo y se para a hacer zoom cuando algo le llama la atención. La jaula de un pájaro en una ventana, una pequeña flor que milagrosamente crece entre las piedras del camino. Al final llegan a los pies del castillo, donde está situado el restaurante. No ha terminado de anochecer y las últimas luces del día embellecen el lugar aún más si cabe. La decoración del establecimiento es rústica, con sillas y mesas de madera oscura, manteles blancos con puntilla y jarrones con flores. En el interior se está fresco, se nota la construcción de piedra. Es una casa del siglo XVII con establo y pajar reconvertida en restaurante. Debe reconocer que es precioso. Aunque aún está vacío, las dirigen a una mesa con el cartel de reservado. Es una mesa redonda con solo tres servicios preparados.

- Nosotras estaremos por aquí, recibiendo a la gente y echando una mano en la cocina.

No contaba con quedarse sola con las niñas. Quizá sea el momento de hablar con ellas, sincerarse, pedir perdón, prometer que todo va a estar bien. Se va a esforzar, las quiere, son lo mejor que tiene en su vida

- ¿Podemos salir a ver el castillo?

Es la primera vez que Blanca le dirige la palabra desde que han llegado al pueblo esa mañana.

- Claro cariño. Divertiros - y se queda sola en la mesa rezando para que alguien sin preguntar llene esa copa de vino vacía y reluciente que tiene delante.

¿Están entonces las mellizas al corriente de cómo fue la vida de su madre, los problemas que tenía? Sus palabras de esa tarde han dado a entender que sí. Era un hecho que habían perdido la relación, si no ella las hubiera conocido antes de que su madre muriera, pero no conseguía entender por qué. Adela se sienta en la mesa frente a ella y le ofrece una copa de vino que ella no es capaz de rechazar. Lo siente como un voto de confianza.

- Nosotras no te vamos a juzgar, al menos yo - se ríe - te pido que tengas algo de paciencia con mi hermana. Ella...bueno... está algo sorprendida de que hayáis venido - No entiende qué problema puede tener Águeda con su presencia allí, pero asiente con la cabeza y le da un trago largo al vino. El calor del alcohol penetra en su cuerpo y ayuda a que su cabeza funcione de nuevo. Parece que la mujer tiene ganas de hablar y no se lo va a impedir. Quiere saber, cuanto más mejor.
- Cuando éramos niñas, éramos una piña. Tu madre, su hermana Paloma y nosotras. Ellas tenían una relación algo complicada, quizá fue por el manifiesto favoritismo de Flavia hacia Paloma, pero, aun así, se protegían la una a la otra, se querían mucho. Estábamos deseando que llegara el verano para que vinieran nuestras primas de Madrid. Había días en que convencíamos a algún adulto para que nos llevara a las piscinas naturales de La Codosera. Esos eran mis días favoritos. Todo el rato en remojo y comiendo tortilla de patata y pan con mantequilla que llevábamos en unas tarteras que nos preparaba tu abuela. - La tortilla de su abuela, casi puede olerla encima de la mesa camilla de su sala de estar cuando algún domingo, de esos que iban muy de vez en cuando a su casa, la ponía de segundo plato para comer - Ya más crecidas, los planes cambiaron, íbamos a las verbenas y nos juntábamos con chicos para hacer el tonto. Tu madre andaba pillada de uno del pueblo al que tu abuela le tenía tremenda manía, le llamaba “don nadie”. Después de casarse con Néstor, cuando tu hermano era pequeño, vinieron algún fin de semana los tres y la última vez que estuvo aquí fue siendo tú un bebé. Poco

después tu abuela y tu tía dejaron de venir también y cuando preguntamos nadie nos dio muchas respuestas. Mi madre, que era hermana de Flavia, nos dijo que estaban muy liadas en Madrid, Elisa con los niños, y además lidiando con un problema con el alcohol, así lo llamó. No dio mucho más detalle y no quisimos insistir por miedo a avergonzarla, así que acabamos perdiendo el contacto. Con el tiempo me he dado cuenta de que no hicimos bien. De eso hará unos cuarenta años, más o menos, los que has cumplido tú. Cuando Flavia murió, tu tía Paloma volvió a aparecer, pero nunca nos ha dado una explicación de qué fue lo que pasó. Nosotras tampoco se la hemos pedido. A veces es mejor no saber. Se instaló aquí y todos seguimos con nuestras vidas.

Su madre había dejado de hablarse con Paloma unos meses antes de que Flavia falleciera, haría unos 7 años. Nunca se enteró de cuál había sido el motivo que las llevó a tal situación, pero ella también enfrió la relación con su tía, hasta el punto de perderla. Si su madre estaba así, por algo sería y no le preguntó mucho más porque no era una persona a la que mereciera la pena desestabilizar. Sí, a veces es mejor no saber. La última ocasión en que las había visto juntas fue en el entierro de su abuela y ni velando al cadáver se dirigieron la palabra. Cuando su madre murió, su tía no se presentó ni envió un mensaje o flores. A través de su hermano, que sí mantuvo algo de contacto con ella, se enteró de que se había ido a Albuquerque a vivir, pero no le importó demasiado y casi lo había olvidado. En aquella época el pueblo le sonaba algo muy lejano, como que no iba con ella, de hecho, hacía tiempo que no pensaba en su tía Paloma. Hasta justo ese momento, que la tiene delante. Está de pie, en la puerta de la cocina del restaurante, con un delantal puesto y el rostro sudoroso de haber estado entre fogones. Ha envejecido mal. El pelo grisáceo y poco lustroso, los surcos en las comisuras de los labios y los ojos inexpresivos. Es el espectro de la mujer que un día fue, o al menos de la que ella recuerda. Ninguna de las dos se mueve, solo se miran durante unos segundos hasta que la mujer se gira y se mete de nuevo en la cocina.

- Dale un poco de tiempo. Está algo conmocionada con vuestra presencia aquí.

El restaurante está casi lleno. Aunque hay algunos forasteros, la mayoría son gente del pueblo, todo el mundo se saluda e intercambia unas palabras antes de sentarse a cenar. Es

un sitio de categoría y con buenas reseñas en las guías, pero a ellas les gusta que vaya la gente de allí y coma bien y a buen precio. La cena ha resultado exquisita, las niñas han tomado cabrito estofado que han devorado a dos manos casi si respirar.

- Es una receta que preparaba mi madre en Año Nuevo - les ha contado Adela - Ya no se estofa nada, ahora todo lo hacen al horno o a la plancha, por eso a la gente le gustan tanto nuestros guisos.

Con algo de esfuerzo, ha conseguido sacarle a Blanca más de dos frases seguidas preguntándole acerca de unos niños con los que las ha visto jugando fuera. La niña parece ablandarse. Una copa más de vino sería perfecta.

- ¿Eres tú? Me han chivado que andabas por aquí - una señora mayor se ha acercado a su mesa con cara sonriente y curiosa - La hija de Elisa, ver para creer - coge una silla y se sienta a su lado - Qué guapas sois todas. Tú un poco delgada quizá, y esos tatuajes, no me gustan nada - suelta una sonora carcajada - Yo soy prima de tu madre por parte de tu abuelo, ¿sabes? Adela, Águeda y Santi son por parte de tu abuela... yo del otro lado - se vuelve a reír- ¿te sitúas ya? - Las niñas se miran entre ellas alucinadas con la falta de educación de la señora - Qué pena que no lo conocieras, tu abuelo Emilio era un gran hombre, como lo fue su padre Federico, mi abuelo, vamos, el abuelo de tu madre. Hombres leídos. No te digo que tu bisabuelo era amigo de García Lorca y todo. Los dos Federicos los llamaban - sin preguntar se echa un poco de vino en una de las copas que hay encima de la mesa - y mira, Adela además se llama como la de La Casa de Bernarda Alba, siempre lo comentaban, imagínate, ¿sabes lo que te digo? - Claro que lo sabe. Ha estado obsesionada con Bernarda y sus hijas desde que un ejemplar de la obra llegó a sus manos cuando tenía 18 años. Lo ha leído millones de veces y ha visto todas las adaptaciones que se han hecho en los teatros en Madrid - Luego ya pues pasó lo que pasó - sin mucho miramiento, la mujer vacía la copa de un trago y la apoya con fuerza en la mesa, como si se acabara de tomar un chupito en la barra de una discoteca.
- No tengo ni idea
- ¿No te han contado nada? No doy crédito - los restos color bermellón se le han quedado en las comisuras de los labios - Tu bisabuelo Federico era socialista hasta la médula, pero de los de antes, no como los de ahora que son todos unos flojos. Era interventor de hacienda, gente bien posicionada, así que como trabajaba en la



Administración, los nacionales no podían matarle y terminó exiliándose a Valencia.

Su madre no hablaba mucho de su padre y mucho menos de su abuelo Federico. Sabía que ella era una fanática de Lorca y no le había contado que un pariente suyo lo conoció, que incluso habían sido colegas. Le molesta enterarse de esa historia de boca de una mujer a la que acaba de conocer. ¿Por qué tanto secretismo con su familia?

- Federico volvió a Madrid de forma clandestina, pero un primo suyo le delató y al final lo cogieron y lo encerraron. Entre cuatro o cinco le pegaron tal paliza que lo mataron - sigue hablando como si nada - La mujer de Federico, tu bisabuela, hasta la fecha una mujer con posibles y una vida acomodada, tras enviudar quedó relegada al hambre y la pobreza y terminó muriendo de tuberculosis. Emilio, que había quedado huérfano, tuvo que llevar a sus tres hermanos pequeños a un orfanato. Su hermana terminó ejerciendo la prostitución en una casa de citas en la calle Ponzano. La sacó del orfanato una tía suya que era Madame para supuestamente darle una mejor vida, pero ya ves tú, puta. En fin. Es una historia muy triste. Me extraña que tu madre no te contara nunca nada de todo esto. No dejaban de ser sus raíces. Lo bueno es que al final tu abuelo conociera a Flavia y nacieran Paloma y Elisa. Por eso estás tú aquí, supongo.

La mujer se ríe de nuevo, como si la historia que acaba de contar no tuviera la más mínima importancia. Lo tiene más que superado, en realidad qué otra cosa puede hacer.

- Esos fascistas hijos de puta hicieron mucho daño a esta familia.
- Ya, lo siento - no se le ocurre qué más puede decir.

Águeda se acerca, no parece estar cómoda del todo con la presencia de esta otra prima, pero saluda educada y cordial.

- Hacía tiempo que no venías por aquí - se dan dos besos casi sin rozarse y sujetándose por los hombros.
- Cómo no iba a pasarme a ver a la niña. Le estaba contando lo de su bisabuelo.

La melliza asiente distraída, al final eso no tiene nada que ver con ella. Es curioso que en el pueblo convivan ambas familias, la de su abuelo y la de su abuela, aunque ya se ha dado cuenta de que entre ellos no hay una relación especialmente cercana. Águeda se

dirige a las pequeñas para preguntarles si les ha gustado la cena. Las niñas tímidas dicen que sí, están algo confundidas, no terminan de entender quién es toda esta gente y la relación familiar que tienen con ellos, pero aceptan de buena gana un helado y la invitación a conocer la parte de arriba del restaurante, una pequeña casita donde vive Santi, el primo, el señor alto que han conocido esa mañana. La otra mujer se marcha insistiéndole en que vaya a su casa a visitarla.

Por fin puede echarse otra copa de vino. No le quita ojo a la puerta de la cocina, por si Paloma apareciera de nuevo. Ni una señal. No tiene valor para ser ella la que dé el paso, así que coge su copa y sale a sentarse al aire libre a los pies del castillo sin dejar de darle vueltas a por qué no había oído nunca hablar de toda esa gente. Además, le parece triste que su madre se alejara así de las mellizas cuando parecían estar tan unidas. Son buenas personas y quizá no haya sido del todo justa con ellas. De pronto siente la necesidad de hablar con alguien. Sabe que tiene algunas llamadas perdidas de Marta, su mejor amiga, que aún no ha contestado. Le gustaría hablar con ella y contarle lo de Albuquerque, pero tuvieron un roce hacía un par de meses, una noche de fiesta, cuando Marta le pidió que dejase de beber y a ella le sentó mal que la tratara como a una cría. Discutieron acaloradamente. Aún no han conseguido superarlo del todo, su relación se ha enrarecido. En realidad, últimamente no se relaciona mucho con nadie. Sin hacerlo a propósito, después de divorciarse, se ha alejado de sus amistades más cercanas. No le apetece hacer planes con matrimonios, se siente fracasada y sola cuando ve al marido de alguna amiga hacerle una carantoña y prefiere salir por ahí con gente a la que no conoce mucho, así evita sentirse juzgada. Ella, que siempre ha sido de desahogarse con cualquiera, lleva meses encerrada en sí misma, casi sin darse cuenta. Por el contrario, siempre fue consciente del aislamiento en el que se fue sumiendo su madre después de que su padre los dejara. La gente en pareja también le generaba rechazo, así que Elisa perdió el contacto con la mayoría de sus amigas. Nunca salía a cenar o iba al cine. Incontables veces había tratado de animarla a retomar algunas relaciones, pero no funcionó. Cuando volvía de trabajar, los últimos años estuvo en una agencia inmobiliaria vendiendo chalés en zonas adineradas de Madrid, se quedaba en casa y bebía, veía la tele y bebía, leía y bebía. Al empezar la universidad, ella pasaba menos tiempo en casa, estaba con sus amigas o su novio y siempre temiendo volver por lo que pudiera encontrarse. Su hermano estuvo un tiempo estudiando fuera, así que de alguna manera se libró. Fue su primer año de universidad cuando su padre la citó en un restaurante en la calle Embajadores para decirle

que se casaba. El lugar era algo cutre para semejante noticia, pero al menos tenían cerveza. El hombre no se anduvo con muchos rodeos y después de la segunda ronda, lo soltó.

- Me caso.
- Pues enhorabuena.
- No he conseguido localizar a tu hermano.
- Pues tiene un teléfono móvil.

En el hilo musical del lugar sonaban los 40 Principales, la canción *Fly Away* de Lenny Kravitz. *I wish that I could fly, Into the sky, So very hig, Just like a dragonfly*. Lo recuerda porque esa canción le gustaba y no se la volvió a poner nunca más.. Aquello fue todo lo que hablaron del tema. No salió el nombre de con quien se casaba ni una vez, se dio por hecho que ella ya lo sabía.

Está incómoda sentada en el bordillo y de repente el agotamiento puede con ella. Un fuerte dolor le recorre la espalda, parecido al de cuando empiezas con la gripe. Se siente desorientada al darse cuenta de que lleva un rato llorando. De repente las niñas y las mellizas están delante de ella sin entender qué pasa. Blanca da un par de pasos hacia atrás, y mira a Águeda y Adela, como buscando ayuda. Julia al verla se pone a llorar también así que la coge en brazos después de limpiarse rápidamente la cara con las manos. Es hora de irse a casa.

*Entrada al diario: cuando os sintáis perdidas tenéis que hacer todo lo posible por volveros a encontrar. (Foto del castillo iluminado)*

## Día 6

Se despierta muy pronto, con la sensación de no haber dormido más de dos horas, pero la poca luz que entra por la ventana le da energía. El color de las paredes ya no es tan neutro, ahora le parecen de un blanco ligeramente azulado. Se queda tumbada un momento, pensando en cómo quiere que sea el día, en todos los errores que no va a cometer. Las niñas duermen profundamente. Al final se levanta y en silencio recorre la casa llegando a lugares que no había conocido el día anterior. Al abrir una puerta dentro de la cocina se encuentra en medio de una alacena con estanterías hasta el techo llenas a rebosar de alimentos perfectamente dispuestos y etiquetados. Sonríe. Se diría que las personas que allí viven tienen un restaurante. Las baldosas están frías, le gusta sentirlas en los pies descalzos. En la cocina hay café del día anterior, se sirve uno y se lo toma solo. Sin importarle lo de estar en pijama, atraviesa la puerta del jardín delantero y sale. Coge unas zapatillas de la furgoneta, le apetece dar un paseo por el pueblo. A pesar de ser tan pronto ya hay algo de movimiento por las calles. Al llegar a la plaza descubre a algunas personas montando puestos ambulantes, de esos que se arman con barras de hierro. Cuando se interesa por lo que ocurre una mujer le cuenta que todos los mediados de agosto se celebra en Albuquerque la fiesta medieval. Es un gran acontecimiento y todo el pueblo lo disfruta unido. Las calles se llenan de gente vestida con hábitos para la ocasión. *Esto a las niñas les va a encantar.* Con ganas de contárselo casi vuelve corriendo a la casa. Cuando entra en la habitación siguen dormidas. Aprovecha para tumbarse al lado de Blanca y acariciarle el pelo, sentir su olor. La niña se revuelve, pero esta vez no la rechaza. Abre un poco los ojos y la mira.

- ¿Hoy estás mejor? - la abraza. *Que se pare el tiempo.*
- Sí cariño. Hoy estoy mejor y te prometo que todo va a estar bien.

Nadie hace referencia al episodio de la noche anterior y ella lo agradece infinitamente. Desayunan todas juntas en el jardín, a la sombra de una de las palmeras y con los gatos ronroneando entre sus piernas. Aún sigue sorprendida de que haya palmeras en Albuquerque. Es agradable esa sensación familiar que de algún modo u otro siempre ha anhelado en su vida. Muchas veces, invitada en casa de amigas, había sentido celos de algún momento familiar, sobre todo de las celebraciones navideñas. Cuando su padre la

citó en aquel restaurante para decirle que se casaba, no le dolió, se lo esperaba, pero tuvo esa sensación de que jamás podrían echar marcha atrás.

Fue una boda de esas por todo lo alto. Decoraron el ayuntamiento con unos lazos enormes de color blanco y una alfombra roja que traspasaba la puerta de entrada. No todos los días una ve casarse a su padre. Le recuerda con las manos metidas en los bolsillos, conversando con algunos de los invitados, no parecía nervioso. Recuerda el autobús del que se bajaron algunas mujeres que no había visto en su vida. Llevaban vestidos de colores muy chillones: azul klein, rojo pasión, amarillo dorado. Algunas llevaban pamelas y tocados. Ella y su hermano trataron de pasar desapercibidos, cosa que no les costó demasiado, nadie sabía que aquel señor tenía dos hijos, los hicieron pasar por sobrinos. Fue por algo de que la gente del pueblo de la novia no podía enterarse, ¿cómo iba a casarse aquella chica tan joven y lozana con un divorciado con dos hijos adolescentes? Fingió llevarlo bien, cosas de los pueblos, le dijo a su hermano cuando lo pilló llorando en el baño del restaurante donde se celebraba el banquete. Le dio pena, idolatraba demasiado a su padre como para soportar que se avergonzara de él. Le sacó del baño y le dio tres chupitos de licor de hierbas empujándolo a la pista donde la gente había empezado tímidamente a moverse. Le obligó a bailar y le hizo reír, obviando que la expresión de sus ojos era triste. Se hermanaron como pocas veces lo han hecho después, pero nunca volvieron a hablar de aquel día. Su padre ni siquiera se dio cuenta, o quizá no quiso dársela. Le costó perdonarle aquello.

Un movimiento detrás de la valla llama su atención, se intuye a alguien detrás de las enredaderas que parece acercarse a la puerta de entrada al jardín. No le hace falta mucho más para saber que es Paloma. Las mellizas ya avisaron de que tarde o temprano aparecería. Tiene mejor aspecto que el día anterior en el restaurante, no porque se haya maquillado o algo así, es como si tuviera más luz, como si hubiera dormido después de meses de insomnio. La mujer se acerca y sin mediar palabra la coge por los hombros obligándola a levantarse de la silla mientras la mira directa a los ojos, una mirada que ella no es capaz de mantener, y la abraza. Lo hace con afecto y muy despacio, como si no quisiera desperdiciar ni un segundo de ese momento que para el resto de los presentes se hace eterno. Ella se aparta con algo de brusquedad y la mujer, sin hacer caso de ese gesto, se dirige a las pequeñas. *Mis niñas*. Las niñas vuelven a no entender nada y ella no lo puede soportar, así las llamaba Elisa. *Mis niñas*. Cuando entraba en casa y sus nietas iban

a recibirla a la puerta al grito de ¡abuela! *Mis niñas*. Cuando las acostaba y les deseaba dulces sueños antes de marcharse a su casa. *Mis niñas*. Adela se pone de pie como si la inercia la moviera a hacer algo ante la violenta situación, pero no hay nada que hacer. No piensa hablar con Paloma, no quiere que se acerque a sus hijas. Echa tanto de menos a su madre que cree que se ahogará allí mismo.

Los únicos momentos en los que Elisa parecía encontrar su lugar en el mundo eran los que pasaba con sus nietas. Por las niñas hubiera hecho cualquier cosa. La recuerda a los pies de su cama, mientras ella se recuperaba de la complicada cesárea del nacimiento de Julia, con un libro en una mano y con la otra dándole el biberón a la pequeña recién nacida. Murmuraba una nana y balanceaba al bebé suavemente que succionaba con ansia y satisfacción. Nunca la quiso tanto como en aquel momento. Cuando murió, ese recuerdo se instaló en su cabeza y muchas noches al cerrar los ojos aun las ve, como enmarcadas en un cuadro de luz. Su madre era como un Ave Fénix, se regeneraba por temporadas. Cuando se la necesitaba desplegaba sus alas, cuando se sentía sola, inútil o acoirazada, se encerraba en casa con la única compañía de unas cuantas botellas de vino. El problema era que se sentía así muy a menudo. Había épocas en que las noches de borrachera se sucedían una detrás de otra y las peleas con ella eran continuas. Negaba que las botellas que aparecían en los lugares más inesperados de su casa fueran suyas y se ponía a la defensiva. Algunas veces las discusiones eran tan fuertes que no podía hacer otra cosa que marcharse y dejarla allí. Aguantaban pocos días sin hablarse, siempre volvía a su lado. Al final, aunque en algunos momentos no lo pareciera, la vida junto a su madre era mejor.

Entra en la casa rápidamente y de forma irracional se encierra en la alacena. Las niñas van detrás de ella y aporrean la puerta hasta que las deja entrar. No están asustadas, pero no entienden qué pasa.

- ¿Quién es esa señora? ¿Estás enfadada con ella?

No tiene ni idea de qué contestar a eso. Se sientan las tres en el suelo apoyadas en la puerta, como si quisieran bloquearla. Siguen en pijama y la pequeña lleva en la mano un puñado de arándanos que amenazan con explotar y ponerlo todo perdido.

- Esa mujer es mi tía Paloma, la hermana de vuestra abuela Elisa. Hacía muchos años que no la veía porque mi madre y ella se enfadaron.

Quieren saber por qué y a pesar de sentirse estúpida, les dice la verdad, que no lo sabe.

- ¿Y por qué no se lo preguntas?

La naturalidad con la que hablan le hace reír. Les diría que no se ve con fuerzas para eso y que de tenerlas no sabría por dónde empezar. Que el rencor la bloquea. Que siempre ha pensado que su tía de alguna forma las abandonó y que se siente algo desorientada. Pero en lugar de decir nada, las abraza a cada una por un lado apretándolas fuerte contra sus costados y les promete que hablará con ella. Las niñas parecen satisfechas, como si hubieran ganado algo. Las tres se quedan un rato más sentadas en el suelo de azulejos hidráulicos de flores amarillas. Han encontrado un tarro gigante de galletas de chocolate. Cuando salen de nuevo al jardín, solo queda Águeda.

- Se ha marchado - le parece percibir algo de reproche en su tono - mi hermana ha ido con ella hasta su casa para tratar de que entre en razón, estaba muy dolida - se da la vuelta y la deja ahí parada sin una respuesta que ofrecer.

*Entrada al diario: no siempre estamos preparadas para algunas situaciones. Tomaros vuestro tiempo cuando lo necesitéis, pero no salgáis corriendo. (Foto del bote de galletas)*

La plaza está ya en plena ebullición de fiesta medieval. Las niñas van ataviadas con unos vestidos que les han comprado para la ocasión, felices sujetando los extremos de las faldas y haciendo ademanes de cortesanas. Alguien les ha contado que la trágica historia de Inés de Castro y Pedro de la Cruz es la temática de la fiesta de ese año. Resulta que el príncipe Pedro se enamoró de Inés, que era la dama de compañía de su esposa. El padre de Pedro, un rey portugués, cuando descubrió a los enamorados exilió a Inés, pero la esposa de Pedro murió y entonces Inés volvió con su amado y tuvieron cuatro hijos. El rey, que seguía en desacuerdo con esta unión y que parece ser era un hombre sin escrúpulos, la mandó matar. Pedro juró que se vengaría e inició una guerra contra su padre. Cuando el rey murió, Pedro se proclamó rey e hizo lo mismo con Inés, a pesar de que ella estuviera muerta. Obligó a que sacaran su cadáver en descomposición y lo llevó en procesión para que el país entero le presentara sus respetos como reina. Es una historia algo macabra que ha impresionado a las niñas hasta el punto de querer ponerse coronas en honor a Doña

Inés. Les durarán poco en la cabeza, pero ella ya ha hecho unas cuantas fotos que en cuanto pueda las pegará en el diario al lado de un resumen de la trágica historia de amor a la que homenajean.

El ambiente hierve entre murmullos y olores. En algunas esquinas de las calles han improvisado pequeños escenarios donde hacer teatrillos, en un rato habrá un pasacalle y los puestos de comida y bebida están a pleno rendimiento. Mire donde mire siente como si se trasladara en el tiempo, a esa época medieval donde coexistían musulmanes, judíos y cristianos. Es admirable la entrega de los vecinos de Albuquerque a su celebración más querida. Ella se contagia. Las niñas pasean de la mano de las mellizas que son incapaces de negarles nada, ya sea un bocadillo de jamón o una manzana de caramelo. Se siente ligera y contenta. Piensa en aquello que leyó en una novela de Pierre Lemaitre, *Vestido de novia*, en la que los hijos pueden ser “objetos de reparación de sus padres”. Quizá ella es uno de esos objetos y por fin va a hacer las cosas mejor. Quizá sus hijas no salgan defectuosas. Ha decidido acordarse de lo bonita que es la vida y aunque sabe que en algún momento tendrá que hablar con Paloma, ese no es el día. Aprovechando que las niñas no la ven, se detiene en uno de los puestos y compra un vaso grande de cerveza, pero se promete que será la única que tome.

Las mellizas le presentan gente continuamente, pero es difícil recordar tantos nombres o de qué familia vienen. En algunos momentos resulta abrumador. *Yo soy de tu abuela, yo de tu abuelo*. Parece que Elisa era una persona muy querida y todos tienen alguna anécdota que contar. Cuando dejó a todos alucinados cantando junto a la orquesta en las fiestas de pueblo. *Qué voz tenía*. Cuando ayudó a salvar a un niño que casi se ahoga en la Codosera. *Y no tenía más de quince años*. Cuando juntó a unas cuantas chicas para hacer un intercambio de ropa y días después iban todas felices por el pueblo luciendo ropa nueva sin haber tenido que comprar nada. *Aquello fue una idea genial*. Se la recuerda con mucho cariño. Así transcurre el día entre saludos, abrazos y preguntas, charlas casi a gritos para superar el sonido de las flautas y las gaitas. Cuando no sabe qué contestar, Adela lo hace por ella, tratándola en ocasiones como si fuera la hija que nunca tuvo y eso, en secreto, le entenece profundamente. Hacía no mucho, después de una juerga de esas interminables, había pasado la noche en casa de un cualquiera y a la mañana siguiente al tipo lo había llamado su madre. Cuando escuchó la voz de la señora al otro lado del teléfono comentándole no sé qué cosa que había visto en las noticias y a él respondiendo con esa condescendencia con la que se trata a las madres, de repente se le hizo un nudo en el



estómago y rompió a llorar. *Yo también quiero tener una madre*, le dijo repetidas veces con la cara bañada en lágrimas. Él se quedó estupefacto y no supo cómo reaccionar y ella cogió sus cosas y salió corriendo de allí casi sin haber terminado de vestirse. Se han parado en frente de un señor que hace trucos de magia. Rompe un huevo en un sombrero y luego lo saca entero, la gente aplaude y expresa admiración. No tiene muy claro qué le inspira el señor mago. A veces le parece tierno, otras, le parece turbio, como si pudiera secuestrar a cualquiera de los niños que tiene delante. Quizá la turbia sea ella. Blanca y Julia se han hecho un hueco en primera fila y se sientan en el suelo colocando cuidadosamente sus vestidos, mientras ella conversa con algunas vecinas del pueblo.

- ¿Y hasta cuándo estáis por aquí? - lo quiere saber una mujer bajita que viste un peto vaquero y una camiseta de rayas y se ha ataviado la cabeza con una corona de flores verdes y violetas. No parece de su familia y la pregunta le resulta incómoda, sobre todo porque las mellizas ponen especial atención a cuál va a ser su respuesta.
- No lo sé, un día o dos más... - carraspea y bajo la atenta mirada de Águeda, le da un largo trago a la cerveza terminándosela - ¿Alguien quiere algo?

Ante la negativa de las mujeres, se escabulle para acercarse a un puesto de quesos y embutidos de la región, en el que ha advertido un reluciente barril de cerveza. Se bebe una de dos tragos y corre a sentarse al lado de sus hijas, que contentas, le hacen un hueco en el medio. No tiene ganas de responder a más preguntas y el agradable hormigueo que le recorre el cuerpo le va a permitir disfrutar de algunos trucos de magia sin atender a ninguna otra preocupación. Se le ha vuelto a olvidar que cuando haces una promesa que no cumples, te haces más daño a ti misma que a cualquiera.

Está anocheciendo y por fin se nota algo de fresco, la música sigue sonando en la plaza del pueblo, la gente está contenta, bailan, cantan, beben. Hay muchos niños, corren de un lado para otro persiguiéndose y pegando gritos, libres, sin miedos. Sus hijas hace rato que se quitaron los vestidos y sudorosas y felices van de un lado a otro acariciando perros, comiendo dulces, incluso se han arrancado con algún paso de baile. Están ebrias de felicidad. Ella sabe bien lo que es eso, aunque para llegar a ese estado necesite dos o tres copas. Si están entretenidas puede sentarse y tomarse un respiro. Coge una silla de plástico roja y la separa un poco del gentío acercándola a la barra. Es una barra de esas

de metal que han sacado a la calle los del bar de la plaza. Demasiadas emociones en poco tiempo. Apoya los codos en las rodillas y se aprieta las sienes. Ni siquiera sabe cómo se siente. Alguien le acerca un vaso de plástico lleno hasta arriba de cerveza. No le conoce, pero la pilló desprevenida y lo acepta.

- Gracias.

El tipo sonríe marcando los surcos de alrededor de los ojos. Son de color avellana. Lleva barba de tres días y el pelo revuelto, ni rubio ni moreno. Es muy atractivo. Toma lo de su camiseta desgastada de Sonic Youth como una buena señal.

- Sea lo que sea pasará.

Y dejándola con la palabra en la boca y la cerveza en la mano, vuelve detrás de la barra para atender a unos chavales ansiosos de calimocho. ¿De verdad pasará? Porque no recuerda cuándo fue la última vez que estuvo un día entero sin la amenaza de alguna desazón. *La desazón se va a llevar esta temporada*, ya lo decía Christina Rosenvinge, le encanta esa canción. Sus hijas se acercan con las manos en forma de rezo, algo le van a pedir. Quieren quedarse esa noche en casa de otra prima, esa que les contó lo de Lorca, que tiene dos nietas de su edad. Van a hacer una barbacoa con algunos vecinos y después sacarán los sacos de dormir al jardín. La dueña de la casa insiste resultando descaradamente afable, mucho más que la otra vez. *Así tú descansas*. Le apoya la mano en el hombro. Debe ser manifiesta su cara de agotamiento ahora que se ha quitado las gafas de sol. Le hace feliz dar a sus hijas algo que ella no tuvo, así que accede. Chillan de júbilo y la besan a los dos lados de la cara. Cualquier cosa con tal de ver sonreír a Blanca. Las ve alejarse cogidas de la mano hasta que desaparecen entre la gente. Ella se queda ahí, con la mirada fija en ninguna parte y una incómoda sensación entre el alivio por quedarse sola y poder rumiar sus penas mientras apura esa cerveza y la culpa por dejarlas ir con gente que apenas conoce.

No tiene mucho tiempo de volver a sus pensamientos, el tipo de la camiseta de Sonic Youth, sin preguntar, ha cogido una silla y se ha sentado a su lado, trae otra cerveza.

- La barra de fuera queda oficialmente cerrada - el bar es de su hermano, él les echa una mano cuando está de visita, también es de Madrid - como tú, ¿no?

Ella sonríe, pero con gesto serio, quiere marcar las distancias. No lo consigue. Le gustan las pecas que se arremolinan cerca de su nariz y en sus brazos, los tiene llenos. Empiezan

hablando de música y como era de esperar, comparten los mismos gustos, resulta que han estado en varios conciertos a la vez. El tipo es pura vitalidad, habla y se ríe mucho, consigue atraparla en la conversación, se siente cómoda. Sin dar muchos detalles, le cuenta por qué está en Albuquerque: las niñas, la furgoneta, la familia, Portugal... Él conoce a su familia, aunque solo de vista, y la casa, *es un lugar increíble*, una vez le hizo fotos para una revista. Es fotógrafo. Cuando se dirige a ella, lo hace directo a los ojos, es imposible esquivar su mirada. Se imagina paseando con él por el centro de Madrid o haciendo una ruta en coche hasta cualquier pueblo de la costa. Esperaría a que la recogiera apoyada en la pared de al lado de su portal, con el sol de frente y una pequeña maleta de piel marrón en los pies. Hablan sin parar de cualquier cosa, de sus éxitos y fracasos, de sus inquietudes. Es la segunda persona a la que le cuenta que está escribiendo una novela. Él echa de menos a su hijo, vive con su madre en Sevilla. Mientras, en un móvil, suena de fondo la música de una lista que han creado sobre la marcha con canciones de Wolf Alice, The Raveonettes, Paramore, The Hives y Tame Impala. Aunque la barra esté cerrada, él cada rato pone una cerveza que los dos comparten. Beben y hablan... y beben, beben, beben.

Son las 2 de la mañana ¿llevan cinco horas ahí sentados? La plaza se ha vaciado sin que se hayan dado cuenta. ¿Cuánto tiempo tardas en conocer a una persona? A veces toda una vida, otras, con unas horas es suficiente. En ese momento se da cuenta de que no sabe cómo se llama. Ni él tampoco cómo se llama ella. Ya da igual. Se tiene que ir, ni siquiera ha avisado a las mellizas de dónde está, aunque se lo imaginarán, se despidieron de lejos antes de marcharse. Los dos se levantan y se quedan de pie, uno frente al otro, les da miedo moverse y no poder regresar al lugar en el que están. Ambos quieren decir algo, pero las palabras se pierden en sus gargantas. Está mareada, no ha cenado nada y ha vuelto a beber demasiado. Él baja la mirada apretando los labios y ella, para no alargar el momento, rápidamente le da un beso en la mejilla a modo de despedida. No hace falta que la acompañe, la casa está muy cerca.

*Entrada al diario: solemos generar los recuerdos de forma involuntaria, pero algunas veces somos perfectamente conscientes de que nos acordaremos siempre del momento que estamos viviendo. (Foto de las dos sillas rojas, vacías)*

## Día 7

Son más de las diez y no consigue salir de la cama. Le duele la cabeza. Ha estado toda la noche soñando con el chico del día anterior. Le suele pasar que por las noches sueña con las cosas que le han ocurrido durante el día. Cuando no toma una pastilla para dormir los sueños son muy vívidos, de esos que te hacen disfrutar o sufrir como si fueran realidad. Con este ha disfrutado y sufrido a partes iguales: él se presenta en casa de las mellizas y lanza piedras a su ventana, como en las películas americanas de adolescentes. La gracia de los sueños es que no hay que plantearse cómo sabe a qué ventana tocar. Ya no lleva la camiseta de Sonic Youth, es una de rayas azules y blancas, estilo marinero. Se enrollan sin mediar palabra, como si fuera lo que se supone que tienen que hacer. En la siguiente escena, a la que se pasa como en trénelin, de pronto la rechaza y ya no quiere saber nada de ella. Lloro y él se ríe. La risotada se escucha con eco y es interminable. Es un sueño bastante recurrente, con diferentes matices le ha pasado con casi todos los hombres que ha conocido. La terapeuta dice que es síntoma de ese terrible miedo al rechazo que la persigue desde pequeña. Ya lo sabe. Demasiado evidente.

La casa está vacía, las mellizas han salido dejando una nota pegada en el espejo del baño con la dirección donde debe recoger a las niñas. *No tengas prisa, nos han dicho que están felices*. Sus hijas, felices cuando ella no está cerca. Hace caso omiso de la punzada que ese pensamiento le produce y baja rápidamente a ponerse un café antes de vestirse para ir a buscarlas. Quiere estar con ellas cuanto antes.

- Buenos días - en la cocina, Santi le da un susto de muerte - perdona, no sabía que estabas aquí.
- Hola - se ruboriza. Va en bragas y camiseta.
- Estaba recogiendo algunas cosas del huerto para llevar al restaurante - se acerca a la pila a lavar unas lechugas - me voy ya.
- Tengo que ir a buscar a las niñas, es aquí - le enseña la dirección - ¿sabes si se puede ir andando?
- Ah, están en casa de Carmen. Es una prima de tu madre por parte de tu abuelo. Está aquí al lado.
- Sí, la conozco del otro día. ¿Me acompañas? - le ha salido espontáneo, sin pensarlo.

El hombre duda un momento, no se esperaba que le pidiera nada. Desde que ella ha llegado a Albuquerque tampoco han hablado mucho.

- Sí, claro, pillas de camino a dejar esto - señala la cesta, los tomates tienen un aspecto reluciente.

Hace demasiado calor para ser algo más de las once de la mañana. El ambiente es casi claustrofóbico. Caminan uno al lado del otro en silencio. El pueblo está tranquilo, con la resaca de la fiesta del día anterior. En breve las calles se llenarán de nuevo. Se quiere llevar a las niñas en la furgoneta a otro sitio, pasar el día juntas las tres. Solas. Quizá a La Codosera, donde iban su madre y las mellizas de pequeñas.

- Hoy el restaurante está a reventar de reservas - él rompe el silencio - me imagino que tu tía Paloma estará por allí, echando una mano en la cocina - desde luego es un tipo valiente si se atreve a sacar el tema. ¿Hasta dónde sabrá de la historia?
- Tengo que encontrar el momento de hablar con ella, supongo. A veces pienso que inconscientemente eso es a lo que he venido hasta aquí, a Albuquerque me refiero - le da algo de corte hablar del asunto, pero en realidad tiene ganas de hacerlo.
- Niña... - el hombre se ha colgado la cesta a la mitad del brazo para poder liarse un cigarrillo mientras caminan. En cualquier otro caso que la llamaran niña le molestaría, pero con él no le ocurre - las cosas de familia son así. Siempre hay reproches, rencores y asuntos pendientes. ¿Te crees que las mellizas y yo no hemos tenido nuestros problemas? Pues también. Y vivimos con ello. Lo superamos, pasamos páginas. Es lo mejor para todos. Llevo años sin dirigirme la palabra con el marido de la Carmen porque me tomó el pelo con un acuerdo al que habíamos llegado, una historia con el ganado que no viene al caso, y cuando me lo cruzo en el bar, me duele en el alma no pararme a charlar con él y tomar un algo. Éramos muy buenos amigos, pero me puede el orgullo y eso me hace sufrir.
- No estoy siendo orgullosa, solo que no entiendo qué pudo pasar para que no apareciera cuando murió mi madre. Joder era su única hermana.
- ¿Te he contado que Elisa era mi pareja de mus en los torneos que se organizaban aquí en verano? Era realmente buena, siempre pasaba las señas. Una vez ganamos unas botellas de una sidra malísima que rápidamente fuimos a compartir con todos los demás. Pasé yo buenas risas con tu madre. En realidad, nos llevábamos todos muy bien, y ella y Paloma se querían, eso lo tengo claro. Créeme, lo mejor que

puedes hacer para salir de dudas es hablar con ella - se para en seco - la casa de Carmen es aquí, yo te espero fuera.

Cuando tenía alrededor de ochos años su tía un día les puso un VHS con unos vídeos de Madonna. Desde entonces, cuando se veían practicaban con empeño los pasos del *Vogue* hasta que les llegaron a salir perfectos. *Let your body move to the music*. Paloma no tuvo hijos y al ser algo más joven que Elisa, ejercía funciones de adulta enrollada. Hablaba con ellos en inglés, los invitaba al cine y salían a cenar. Se reía muy alto y de forma histriónica cuando algo le hacía gracia y vestía con camisetas cortas y pantalones muy estrechos que agudizaban su delgadez. Le gustaba gustar. Entre hermanas era notable que había todo un universo de diferencia. Estaban en las antípodas del pensamiento y la personalidad. Su madre era una persona más tranquila y solitaria, que le gustaba ayudar siempre que podía. Su tía era más libre, más egocéntrica y algo egoísta, iba a lo suyo. También sabía manejar mejor a su abuela Flavia, que sentía adoración por ella. Puede que sea cierto que aquello creara una brecha entre las hermanas. Viéndolo con el paso del tiempo, se ha dado cuenta de que se llevaban mejor cuando no estaba Flavia de por medio. Ejercía sobre ellas alguna influencia que las hacía alejarse y solo ahora ve con más claridad que algo tuvo que ver su abuela en que las hermanas se dejaran de hablar.

Las piscinas naturales de La Codosera están a rebosar de gente, pero es un sitio agradable. Corre el aire, el agua está fresca y hay muchas zonas verdes. Además, tiene un pequeño bar muy pintoresco en el que se han sentado a comer un bocadillo. Blanca y Julia están tranquilas, agotadas después de una noche de juegos y poco descanso. Se han quedado prendadas de las nietas de Carmen, dos niñas más o menos de las mismas edades que ellas. Les sugiere que llamen a su padre y le pongan al día de todas sus aventuras.

- Yo ya tengo claro que no vais a volver a estar juntos - Blanca da un bocado a su bocadillo de tortilla francesa - y que siempre vamos a tener dos casas y *todo eso*.
- Bueno, ya sabéis que nos separamos para estar mejor, y tener dos casas no está tan mal - le guiña un ojo esperando que la conversación no se alargue demasiado. Desconocía que las niñas tuvieran alguna esperanza de que volvieran a estar juntos. Ella nunca quiso eso de sus padres.

- ¿Y vas a tener novio? La madre de uno de mi clase tiene un novio y le obligan a jugar con sus hijos. Yo no quiero que tú tengas novio. Ni jugar con sus hijos - Julia la mira interrogante.
- No cariño, no voy a tener novio - se lo dice mientras por su cabeza desfilan imágenes de todos los hombres con los que se ha acostado en los últimos meses. Se siente sucia.
- O sea, ¿vas a estar siempre sola?
- Os tengo a vosotras...y a mis amigas, no estoy sola.
- Ya, pero la madre de ese niño de mi clase le ha dicho que desde que tiene novio está más contenta. Me lo ha contado él. Yo quiero que tú estés más contenta - es pequeña para entender las contradicciones de su discurso.
- Yo ya estoy contenta sin novio, no me hace falta.
- Se supone que os separabais para estar mejor, pero tú no estás mejor - su hija mayor se levanta a tirar el papel albal del bocadillo en una papelera y da por terminada la conversación.

Al final han llamado a su padre, pero han terminado rápido de hablar con él. A ella le pasa igual cuando las llama. Es difícil que mantengan la atención mucho tiempo, contestan con monosílabos, a veces llega a ser desesperante. Son pequeñas para entender lo duro que es para ellos estar alejados de sus hijas en algunos momentos y lo ávidos que están de información. Julia le pasa el teléfono, *quiere hablar contigo* y las dos se van corriendo al agua. *Donde yo os pueda ver por favor.*

- Hola, qué tal, ¿cómo estás?
- Y otras preguntas sin hambre - los dos se ríen. Es un trozo de su canción favorita de Arde Bogotá. Esa que cantaron los cuatro a voz en grito cuando estuvieron juntos en un concierto del grupo en el Auditorio de Rivas - bien ¿y tú?
- Bien, felicidades atrasadas.
- Ah sí, gracias, perdona.
- Nada, no te preocupes. Ya las veo que están muy contentas.
- Sí, sí. Muy intenso todo, muy familiar.
- Bueno, me alegro, espero que encuentres lo que has ido a buscar.

Lo dice de verdad, porque él es así. Tiene que reconocer que le echa de menos. Es el primer verano de muchos que pasa sin él. Hay un vínculo que sigue ahí, casi intacto, y en algunos momentos se siente incompleta. Quizá nunca vuelva a subirse a un avión con sus hijas, por ejemplo. Tiene pánico a volar y él siempre la tranquilizaba y se encargaba de que las niñas no lo notaran. En una de sus fotos favoritas sale ella en el asiento de un avión con Blanca a un lado, y Julia, que era un bebé, en sus brazos. Iban a Menorca a casa de una amiga. Su cara de miedo mirando a cámara resulta muy cómica.

Blanca viene corriendo hacia ella con expresión de angustia.

- ¡Mamá, mamáaaaaaaaaaaa! ¡Es Julia! se ha caído y está llorando

Se levanta con el corazón acelerado y corre hacia al agua donde su hija pequeña está sentada el suelo agarrándose el brazo y llorando desconsoladamente.

- ¡Me duele mucho!

Se ha resbalado al pisar una piedra y se ha caído sobre el brazo derecho. Cuando intenta movérselo, la niña grita de dolor. Un señor que se ha acercado al oír los gritos parece que lo tiene claro.

- Ese brazo está roto.

El hospital de Badajoz es como cualquier otro hospital, pero está desierto, como si en verano la gente también se fuera de vacaciones de las enfermedades. Ha conseguido llegar rápidamente y por suerte el señor estaba confundido. No está roto, de hecho, no tiene nada grave, solo el golpe. Se fumaría un cigarrillo allí mismo. El miedo a que les pase algo estando con ella es exagerado. Jamás se lo perdonaría. Julia, con la cara enrojecida por el llanto ya está más tranquila y se mira con orgullo su brazo puesto en cabestrillo. La enfermera se lo ha colocado así para darle importancia, pero en realidad no lo necesita. *Puede quitárselo cuando se canse.* Ha sido tan agradable con ellas, que, al marcharse, de forma espontánea, le ha salido darle un sentido abrazo que la mujer ha recibido con sorpresa.

- Gracias, de verdad.



- Sea lo que sea pasará.

*Entrada al diario: en breve nos estaremos riendo del brazo “roto” de Julia. De eso y de otras muchas cosas, espero. (Foto de Julia saliendo del hospital sonriendo y mostrando a cámara su brazo en cabestrillo)*

Ya de vuelta en Albuquerque las mellizas las reciben con una bandeja de galletas recién hechas y una gran sorpresa, ¡sus nuevas amigas están allí! Todas gritan jubilosas al verse de nuevo. Se abrazan y bailan en corro. La risa de sus hijas le produce una sensación muy parecida a la de los primeros tragos de una copa de vino: bienestar y energía a partes iguales. En esta ocasión se queda algo decepcionada. Era *su* día. Blanca se ha dado cuenta, se acerca y la abraza.

- Solo va a ser un ratito, mamá. Luego cenamos y dormimos juntas, ¿vale? - a veces se pregunta de dónde saca la niña tanta empatía. Le reconforta saber que están de nuevo en el mismo equipo.
- Claro cariño, no te preocupes, id a jugar.

Quedarse sola supone que tiene tiempo libre y pocas excusas para no ir a ver a Paloma. Quizá sea el momento. En breve es el aniversario de la muerte de su madre y la sensación de desamparo que siente los días cercanos ha empezado ya a perseguirla. Han pasado cuatro años, pero le sigue pareciendo que fue ayer. Volvían de pasar unos días en el País Vasco con unos amigos. Las niñas iban dormidas en la parte de atrás del coche. Ellos habían discutido por algo que después resultó no tener la más mínima importancia. Pablo conducía con gesto serio sin desviar la mirada de la solitaria carretera. Ya era noche cerrada y ella se entretenía mirando los números brillantes que marcaban los kilómetros en las balizas. Recibió una llamada de su hermano que le cambiaría la vida para siempre. *Mamá está muerta.* Se quedó tan bloqueada que colgó el teléfono sin dejar que dijera mucho más, pero le dio tiempo a escucharle llorar. Tardaría días en quitarse ese llanto de la cabeza. Su vista se nubló, se le durmieron las manos y le costaba respirar. Se ahogaba. *Para el coche. Mi madre está muerta.* Al decirlo en alto comenzó un proceso de asimilación que aún no ha terminado ¿Qué había pasado? Sentada en el suelo de una

pequeña estación de servicio, bajo la luz de los surtidores, llamó a su hermano de nuevo. Seguía llorando. *Los de urgencias no me han dejado entrar, decían que mejor no verla así. Ha venido papá.* Se odió profundamente por no estar allí, al lado de su hermano y se odió mucho más por no darse cuenta de que algo pasaba y seguir con sus vacaciones como si nada. Llevaba días sin hablar con ella y había hecho caso omiso del miedo que siempre tuvo a que le pasara algo estando sola. Y al final había ocurrido. Realmente no le sorprendió. Se había acostumbrado a vivir con el temor constante de que el cuerpo de su madre, tan castigado por una vida de adicciones, en algún momento se agotaría y dejaría de funcionar. Su marido la levantó del suelo de la gasolinera, la abrazó y lloró con ella. *Lo siento tanto.* De vuelta al coche, silencio. Las niñas seguían dormidas ajenas al terremoto que se estaba formando a su alrededor. ¿Cómo iba a explicárselo? Eran demasiado pequeñas, no se acordarían de su abuela cuando crecieran. Se sintió sola, triste y perdida. Se había quedado huérfana.

Según el GPS le faltan siete minutos para llegar a la dirección marcada, pero con la aplicación en modo andar siempre se despista. Da tres pasos y los minutos suben. ¿Es posible que se haya perdido en un pueblo tan pequeño? Pasa por una plaza de toros que parece tener viviendas en la parte inferior. Nunca había visto algo así. *Puede con esto, claro que puede, se ha enfrentado a cosas peores,* se dice mientras camina con el paso más firme que los nervios le permiten. Casi tropieza con unas cajas de cerveza y refrescos que se apilan en la entrada de un bar. Mira el teléfono y la aplicación marca solo tres minutos. El corazón se le acelera, apaga la música de los cascos para poder concentrarse. Además, *Tropic Morning News* de The National es una de sus canciones favoritas de los últimos meses, no sabe si quiere relacionarla con ese momento para siempre. Número 23. Es una casa baja de color blanco, de esas que solo se ven en los pueblos, el tejado es naranja y las contraventanas de un color verde chillón, se han barnizado hace poco. Se queda parada al otro lado de la calle sin saber qué hacer. Desde allí la puerta le parece pequeña, le da la sensación de que tendrá que agacharse para poder entrar. Saca torpemente un cigarro del bolso, ahora nadie la ve y puede fumárselo tranquilamente mientras piensa qué va a decirle a su tía. Quizá la está viendo a través de la ventana y no quiere abrirla. Mientras exhala el humo de la segunda calada levanta la vista y se la encuentra de pie, en la acera de enfrente, observándola, con las manos metidas en un

delantal floreado que lleva encima de unos vaqueros desgastados. Sin decir nada se da media vuelta y entra dejando la puerta abierta. ¿A qué viene eso? ¿Se supone que tiene que entrar?

El lugar es pequeño, pero resulta acogedor. En la entrada, colgadas de la pared hay algunas fotos en blanco y negro, reconoce a sus abuelos, son fotos que ha visto otras veces. Huele a lavanda.

- Cierra la puerta por favor.

Ella obedece y guiándose por el sonido de la voz entra en un saloncito donde la mujer, en lugar de en el sofá, está sentada en una silla de mimbre. Águeda, que ha sido quien le ha dado su dirección, ha debido avisarla de que iba para allá, sobre la mesa de centro hay dos tazas de café y un platito con pastas. Preferiría un gin tonic.

- No sé si te apetece café a estas horas.

Hay un reloj colgado en la pared. Es de esos en los que el segundero se escucha muy alto. *Cloc, cloc*. Las cinco de la tarde.

- Está bien, gracias.

Se sienta en el sofá en frente de su tía con la que hace años que no habla y coge una pastita para llevársela a la boca. Casi no puede tragársela.

- Siento lo de ayer.

La mujer hace un gesto con la mano quitándole importancia y eso la tranquiliza. Quizá va a ir mejor de lo que esperaba. Se levanta y de una de las estanterías coge unas carpetas que claramente tenía preparadas y después se coloca a su lado en el sofá, generando cierta tensión por estar tan cerca la una de la otra. Abre las carpetas esparciendo un montón de fotos por toda la mesa. Hay algunas en blanco y negro parecidas a las de la entrada, pero la mayoría son en color y con los lados quemados, ya no se ven fotos como esas.

- Esta es de la última vez que estuvimos todos juntos aquí, en Albuquerque - señala un bebé en un carro - esa eres tú - sus padres, su abuela y su tía, en la mesa de un restaurante, sonríen levantando copas de vino. En las piernas de su madre está sentado su hermano - yo quería mucho a tu madre, ¿sabes? - sus ojos se enrojecen y gira de forma compulsiva un anillo que lleva en el anular de la mano izquierda. Quiere preguntarle por qué no apareció cuando su madre murió, pero se contiene

- Tu abuela... - de repente se calla, como si se diera cuenta de que no debería decir lo que va a decir.
- ¿Qué pasa con mi abuela?

Su abuela era una gran desconocida para ella. Ha oído hablar de ella más en los últimos días que en toda su vida. Muy de vez en cuando Elisa los llevaba a comer a su casa y después veían un rato la tele, pero nunca intimaron mucho. Parecía que lo hicieran más porque lo tenían que hacer que porque ninguna quisiera. Flavia era una mujer dura y poco afectuosa. Como Bernarda. Siempre pensó que si tenía hijos se esforzaría por tener una relación más cercana de la que vio entre ellas, aunque aún no está claro que lo vaya a conseguir.

- ¿Te contó tu madre algo de su historia?
- No sé mucho, la verdad - le duele tener que reconocerlo.
- Tu abuela Flavia era una niña cuando la guerra llegó a Albuquerque. Su padre murió en la cárcel. Lo llamaban “el tuerto”. Cuando confiscaron las armas, él se quedó con un rifle para cazar y dar de comer a su familia, pero un vecino lo denunció y lo encarcelaron. Tu abuela siempre contaba que se murió de pena por estar encerrado. Así que Flavia, su madre y sus hermanas se quedaron sin nada. No les quedó otra que ponerse a servir en casas de gente rica. Durante una temporada ella estuvo trabajando en casa de la dueña de la fábrica de electricidad de Albuquerque y todo, hasta que la pillaron robando un trozo de pan. Imagínate la bofetada que le pegó su madre cuando se enteró.

Mientras su tía habla ella mira las fotos en las que salen su abuela y su bisabuela. Es imposible imaginarse por todo lo que tuvieron que pasar. Quizá fue aquello lo que la convirtió en una mujer fría y distante, el instinto de supervivencia.

- A mediados de los años 50 conoció a tu abuelo Emilio en Badajoz y se trasladaron a Madrid. Vivían en la calle Menorca, enfrente de El Retiro, en una habitación de alquiler. Él trabajaba en el Instituto de Hierro y Acero. Luego nació tu madre y dos años después, nació yo. Flavia era mayor para la época, fue madre a los 30.

Para de hablar y se queda callada mirando una de las fotos. Dos niñas más o menos de la misma edad, unos 10 años, posan sonrientes mirando a la cámara. Una lleva dos trenzas y la otra un gorro de lana que le tapa las orejas. Debía ser un día frío, ambas van muy

abrigadas con unos chaquetones de borrego. Al borde de la foto en letra cursiva puede leerse: Elisa&Paloma.

- Nadie acertaba nunca cuál de las dos era la mayor.
- ¿Por qué os dejasteis de hablar? - ha intentado contenerse, pero necesita las respuestas que ha ido a buscar.

La mujer se levanta del sofá y vuelve a la silla de mimbre para distanciarse. Se sirve un poco de café y lo bebe despacio.

- Ya sabes que tu madre tenía algunos problemas...
- Sí, claro, eso lo sé, mejor que nadie, supongo.
- Elisa y yo de niñas nos llevábamos bien, como cualquier par de hermanas. Ciertamente es que la relación con nuestra madre era algo peculiar, y aunque traté siempre de no hacerle mucho caso a aquello, algunas situaciones me superaban. Cuando tú naciste, la cosa entre ellas pareció incluso empeorar, así que yo prefería veros por mi cuenta, sin que estuviera Flavia de por medio. Elisa nunca me lo impidió, al revés, así que hasta que fuisteis bien mayores os dejaba conmigo sin problema. Bueno, tú te acordarás de eso, no fue hace tanto, ¿no? - sonrío buscando algo de complicidad, pero no es el momento - con el tiempo se fue encerrando más en sí misma y me costaba acercarme a ella.
- Tampoco recuerdo que hicieras mucho esfuerzo.
- No es fácil de explicar.
- Inténtalo - suena más desafiante de lo que le hubiera gustado.
- Cuando bebía... - no encuentra las palabras - ella bebía...
- Sí, eso ya lo sé - ¿va a contarle algo que no sepa? Está empezando a perder la paciencia.
- Lo pasó muy mal cuando tu padre se marchó.
- También lo sé, yo estaba allí.
- Pero no nos decía nada y tu abuela se enfadaba mucho... Yo no supe qué hacer. Intenté demostrarle que estaba allí para lo que necesitara, pero nada salió bien.
- Lo que me estás diciendo es que es que mi abuela y tú sabíais perfectamente que mi madre tenía un problema y no hicisteis nada por ayudarla - Silencio. La mujer agacha la cabeza y mueve de nuevo el anillo, con torpeza. Parece avergonzada y busca con cuidado las palabras.

- Ella no se dejaba ayudar mucho ¿sabes? Nunca la escuché reconocer que tuviera un problema. No quería ni oír hablar de ver a un especialista o algo así - aunque no lo dice en alto, en eso tiene que darle la razón, pero no es excusa, sabían que ella y su hermano vivían con una persona que no estaba bien y no hicieron nada - Al final terminé alejándome para hacer mi vida - al menos eso lo reconoce - Luego...unos meses antes de morir tu abuela...me enteré de...- para de hablar y se levanta de la silla, está nerviosa - todo fue demasiado... - va de un lado a otro de la habitación.
- ¿Te enteraste de qué? – ella también se pone de pie.

Alguien da unos golpes en la puerta e interrumpe la conversación. Un hombre de unos 70 años entra en el salón. La cara curtida por el sol, el pelo algo largo para su edad. Carga con dos bidones grandes de agua.

- Hola Paloma, perdona, no sabía que estuvieras acompañada. Te traigo lo que me pediste.
- Esta es Rebeca mi sobrina. Este es Alfredo, mi pareja.

Se dan la mano, el hombre tiene que haber oído hablar de ella, lo nota en la cara que pone. No tenía ni idea de que su tía tuviera pareja, en realidad, no tiene ni idea de nada.

- No quiero molestaros - Alfredo se dispone a marcharse.
- No, tranquilo, yo me iba ya, tengo que preparar las maletas y la furgoneta, nos vamos mañana - lo ha decidido en ese mismo momento, se va de Alburquerque, se siente profundamente agotada y no quiere saber nada más.
- ¿Mañana? Pero no hemos tenido tiempo... - la mujer la coge por el brazo en un movimiento que resulta incómodo para ambas.
- Ya, lo siento - intenta soltarse con delicadeza, pero cualquier gesto resulta violento. Necesita salir de allí, las manos se le han vuelto a dormir, otra vez se ahoga - Gracias por todo. Ya...hablaremos.

Torpemente alcanza la puerta de salida sin que Paloma diga nada más. Una vez fuera, después de caminar dos o tres calles se para para coger aire. Siente un enorme malestar por haberse marchado así, sin haber solucionado nada. El aire aún caliente le pega en la cara y se oye el *cric cric* de los grillos. Ese sonido le resulta familiar, le recuerda a la casa de la playa, la de su padre. Quizá tendría que haber hecho caso a Bruno y haber ido de vacaciones con ellos y entonces estaría tumbada leyendo en alguna de las hamacas que

rodean la piscina, y no ahí, en medio de un pueblo que no conoce tratando de entender algo que nadie parece querer aclararle y confundiéndose cada vez más. Echa de menos el mar. El verano es para bañarse en agua salada y que la arena te moleste. Le gustaría llevar a las niñas a hacer snorkel y observar desde arriba la profundidad azul donde no se escuchan relojes, grillos, ni el ruido de su cabeza. Se ha equivocado yendo hasta allí. De repente les echa de menos. Casi marca el número de su hermano, pero se contiene, tendría que dar demasiadas explicaciones y no tiene fuerzas. La canción de The National está donde la dejó. La cambia por *Sargento de Hierro* de Morgan. *Cúrame viento, ven a mí, y llévame lejos, sácame de aquí*. Es la canción de su madre, ayudará a que las lágrimas no tarden en salir.

Cuando entra en casa de las mellizas, Águeda acaba de colgar el teléfono. Posiblemente Paloma le haya ido con el cuento de que se ha marchado de su casa de muy malas maneras, o cualquier cosa de ese tipo. No le dice nada, pero su actitud fría la delata. ¿Por qué esta mujer le tiene tanta manía? A pesar de ser encantadora con Blanca y Julia, es claramente manifiesto su descontento por su presencia allí. Tiene que morderse la lengua para no enfrentarse a ella, está cansada de esos desprecios. Adela, en cambio, parece decepcionada con eso de que haya decidido marcharse al día siguiente, pero sigue igual de atenta y paciente que siempre. Adela es su favorita. Quizá porque Adela siempre fue su favorita de la Casa de Bernarda Alba. Estuvo obsesionada con ese personaje durante su adolescencia. Adela era la hija más joven de Bernarda, y la más guapa. La que más se negaba a acatar el luto impuesto por su madre. La que se enamoró de Pepe el Romano, prometido de su hermana Angustias y se ahorcó cuando su propia madre, al enterarse, disparó a su amado sin piedad. Luego resultó que no estaba muerto, como en Romeo y Julieta, pero al revés. Solía imaginarse el vestido verde al que hace referencia Lorca para transmitir la frescura del personaje de Adela. Hubo una época que buscaba vestidos verdes por las tiendas, llevando uno se sentía bien.

Las niñas por fin duermen, exhaustas después de una tarde de lacrimosas despedidas. Han intercambiado pulseras de la amistad con sus nuevas “primas” y se han fundido las cuatro en un abrazo tan tierno y sincero que era imposible no emocionarse. *Esta es tu casa, niña. Puedes volver cuando quieras*. Eso le ha dicho Adela cuando se han quedado solas en el

porche de delante, sentadas en sillas contiguas recibiendo con gratitud el aire fresco de la noche. Ha tenido que aguantarse las ganas de llorar porque sabe que lo dice de verdad y ella no está acostumbrada a tanta verdad. *No he bebido nada, te quiero, no te quiero, estoy bien, lo quiero arreglar* y tantas otras frases vacías de honestidad ha pronunciado en los últimos años, que ha llegado a perder el sentido de quién es ella misma. Nota de pronto un desgaste absoluto de energía y solo piensa en irse a dormir junto a sus pequeñas, pero antes tiene que dejarlo todo listo para el día siguiente que se marcharán pronto hacia Portugal. Cuando sale para cargar la furgoneta, se lo encuentra ahí apoyado, con el codo encima del retrovisor. Lleva una camiseta a rayas negras y blancas, ¿cómo en su sueño?, y una cazadora de cuero encima. El pelo descolocado. Los ojos avellana. Las pecas. La noche está extraña, hay un nublado negro de tormenta.

- Me he enterado de que os vais mañana - ella trata de disimular la ilusión que le hace verle - esto de los pueblos, ya sabes.

Pide perdón por aparecer así, pero quiere enseñarle un sitio antes de que se vayan. No les llevará mucho tiempo y sería una pena que se fuera de Albuquerque sin verlo. Su sonrisa es irresistible. Hay dos cascos de moto apoyados en el suelo. Minutos después están a los pies del castillo. No se ve a nadie en los alrededores y el silencio es sepulcral. El imponente edificio, iluminado por los focos situados en los flancos hace honor a su nombre de castillo de Luna.

- He traído esto, por si te apetece - levanta el asiento de la moto y saca una botella de vino y dos copas. Claro que le apetece. Lo que más en la vida.

Suben andando hasta el mirador y se sientan a observar el pueblo desde arriba, alumbrado solo por las pocas luces que quedan encendidas en algunas casas. La brisa es fría, más que cualquier otra noche. Sin decir nada, él se quita la chaqueta y se la pone sobre los hombros. El vino está delicioso. Se quedan un rato en silencio.

- ¿Cómo va tu novela? ¿Has escrito algo estando aquí?
- Nada. Me paso el día con ello en la cabeza, pero no he encontrado el momento de avanzar. Sentarme delante del ordenador me produce pánico. Tampoco he tenido mucho tiempo, además, con la familia, las niñas y eso...- *No tienes una novela, nunca la acabarás.* Las palabras de la canción de Alcalá Norte resuenan en su cabeza.



- Una vez leí que cuando estás bloqueado con algo, incluso lo estás trabajando, aunque sea en otro nivel. Seguro que antes o después todo te saldrá de golpe.
- A veces me dan ganas de abandonar.

Rellenan de nuevo las copas y brindan por su futuro como escritora.

- ¿Sabes que se rodaron en Albuquerque algunas escenas de la película *Los Santos Inocentes*? Creo que algún tío tuyo se hizo amigo de Paco Rabal el tiempo que estuvo por el pueblo. Le gustaba ir a las tascas a beber cuartos de vino. Los otros actores se iban a dormir a Badajoz, pero él se quedaba aquí.

No tenía ni idea y le parece un descubrimiento fantástico sobre el que seguro indagará más y dará para alguna entrada en sus diarios. Ha visto esa película unas cuantas veces, y no se le ha ocurrido pensar en ella en todo el viaje por Extremadura. Todas esas historias de cortijos y tierras oprimidas parecen quedar muy lejanas. Pensando en Milana y Azarías el tiempo pasa y llevan más de dos horas ahí sentados. No le faltan ganas para contarle lo ocurrido con su tía esa tarde, está abatida y no sabe qué hacer, pero no quiere romper la tranquilidad del momento, así que opta por dejar caer la cabeza sobre su hombro y quedarse de nuevo en silencio.

- ¿Te apetece escuchar un poco de música? - saca del bolsillo unas llaves y se ríe - son del bar de mi hermano. Y te invito a la última.

Si la conociera un poco sabría que esa no va a ser la última, pero no la conoce de nada. Mejor. El local no es muy grande, el típico bar de pueblo, con una barra, algunas mesas con sillas y dos máquinas tragaperras. Huele a lejía. Él se mete detrás de la barra y conecta su teléfono a dos pequeños altavoces. Empieza a sonar *This Life* de Vampire Weekend. *Baby I know pain is as natural as the rain*. Es como si pudiera leerle la mente para las canciones que le gustan. Coge una botella de tequila de una de las repisas y sirve dos generosos chupitos que ambos beben de un trago. Ella sabe que ha cruzado la línea en la que no hay vuelta atrás, pero está exultante y se sienta encima de la barra pidiéndole que sirva otros dos. Cuando los sirve, sale y se pone delante de ella. La mira a los ojos y sonríe. Ella le rodea la espalda con sus piernas. No quiere estar en otro lugar que no sea ese. ¿Por qué le gusta tanto si le acaba de conocer? *Love me until I love myself*. ¿Es posible que esté sonando Lana o se lo está imaginando? Por fin se besan. Sus lenguas encajan a la perfección, como si llevaran besándose años y no se hubieran cansado de hacerlo. La levanta por los aires y la lleva detrás de la barra hasta un pequeño *office* en uno de los

extremos. Se apoyan en una de las cámaras frigoríficas. Hace calor allí dentro. Se quitan la ropa mientras sus cuerpos se acostumbran el uno al otro. Hacía tanto tiempo que alguien no la trataba con esa delicadeza que se deja llevar y se abandona totalmente al capricho y al deseo. Sigue sin saber cómo se llama.

Fuera, la tormenta finalmente ha estallado y cae una lluvia intensa. Cuando llega a la puerta de la casa está empapada y algo desconcertada. La noche no ha terminado como ninguno esperaba y todo se ha vuelto muy confuso cuando, después de ambos ponerse la ropa, ella se ha metido de nuevo en la barra para servirse por su cuenta el último trago. Él le ha insinuado que mejor no bebiera más y hubiera sido mejor que no dijera nada. La vergüenza ha hecho que se ponga a la defensiva de forma algo brusca y no ha dejado que la lleve a casa. Se ha marchado sola despidiéndose rápidamente y con un gesto de indiferencia. Como tantas otras veces, al día siguiente no conseguirá recordar con nitidez lo ocurrido y se torturará pensando en que otra vez lo ha hecho todo mal. Mueve la llave lentamente aguantando la respiración y sujeta todo el peso de la puerta hasta que la cierra sin producir el más mínimo ruido. Mientras parpadea para acostumbrarse a la poca luz que hay en el pasillo, se mete muy despacio las llaves en el bolsillo del pantalón, como si fueran de porcelana, si las deja en el cuenco de cristal que hay encima del aparador harán ruido y no quiere despertar a nadie. No quiere que se preocupen, ni pregunten por qué llega tan tarde o de dónde viene. Es mejor entrar rápidamente en su habitación y meterse en la cama casi sin desvestirse. Le aterroriza pensar en encontrarse a alguien que encienda alguna luz. Su cara demacrada y los ojos brillantes delatarían su estado. Cuando entra en la habitación el corazón se le para. Las niñas no están en sus camas.

- ¿Adela! - presa del miedo y de los efectos de medio litro de tequila irrumpe en la habitación de una de las mellizas - ¿están aquí las niñas?

La mujer, adormilada, pone cara de no entender qué pasa, pero se levanta rápidamente y la sigue por el pasillo hasta la habitación de su hermana, donde las niñas tampoco están.

- ¿Dónde están mis hijas? - está muy nerviosa, no entiende nada. A veces, cuando las deja ir solas a algún sitio se imagina qué pasaría si las perdiera, pero esta vez las ha perdido de verdad. Pensamientos horribles pasan por su cabeza. ¿Las habrán secuestrado? ¿Tendrá algo que ver su tía? Eso es ridículo, no puede ser. Aunque sería mejor a que se hubieran ido por su propio pie, que la hubieran abandonado.

Antes o después algo iba a pasar. No tendría que haber ido al castillo, ni al bar, ni mucho menos beber tanto. ¿Por qué se empeña en que le pasen cosas cuando lo mejor que le ha pasado en la vida son ellas? ¿Cuántos momentos en los que el día de mañana no importa se va a dar el lujo de vivir? ¿No han sido ya demasiados? Está tan preocupada de enfrentarse a sus propias miserias que se olvida de que hay dos seres indefensos que dependen de ella. Es una mala madre, una irresponsable.

Recorren la casa entera. Nada. Las mellizas salen con ella al jardín.

- Juliaaaaaaa, Blancaaaaaaaa.

No hay respuesta. Fuera de la casa no sabe hacia dónde ir. Mira dentro de la furgoneta. Nada. Sale corriendo en dirección a la plaza. Ya no llueve y se respira un aire húmedo y limpio.

- Juliaaaaaa, Blancaaaaaa- grita con todas sus fuerzas, no le importa despertar al pueblo entero. Alguien las tiene que haber visto. Silencio.

Cuando era una niña, tendría unos 8 años, una noche se escapó de casa. Las peleas entre sus padres eran insoportables. Gritaban por encima de lo que cualquier niño puede soportar, a veces incluso llegando a las manos. Si no se querían, ¿por qué no se iba cada uno por su lado? Así su hermano y ella podrían vivir en paz de una vez por todas. Cuando sus padres la encontraron, escondida en la caseta de la piscina de la urbanización, no la regañaron, los dos la abrazaron muy fuerte y su madre lloró. Estuvieron unos días sin discutir y nunca más se volvió a hablar del tema.

Un momento después el cielo ya se ha despejado del todo y han salido las estrellas. Ha recorrido la plaza entera y las calles colindantes, ¿dónde están? Derrotada y con el temor de tener que llamar a la policía, vuelve a casa. Águeda la está esperando en la puerta. Esta vez su mirada es más dulce, siente pena por ella. Las han encontrado. Con pasos algo torpes debido a los nervios, la conduce hacia la pequeña ermita que hay en uno de los laterales de la casa. Se fijó en ella el día que llegó, pero no se había vuelto a acercar. El interior está fresco y huele a piedra mojada, todo es sencillo: un pequeño altar sobre el que descansan algunas flores, una cruz colgada en la pared frontal, un reposa rodillas forrado en terciopelo rojo y dos bancos de madera. Las niñas están tumbadas sobre uno

de ellos, dormidas. Blanca tiene abrazada a Julia para que no se caiga. La ternura que desprenden le pone la piel de gallina. Sus niñas. Se acerca con cuidado para despertarlas, pero Blanca, en cuanto la toca, se levanta de un salto y se pone de pie alejándose de ella. Julia se queda sentada en el banco con cara de confusión.

- ¿Dónde estabas? ¿y quién era ese con el que te has subido en una moto? ¿Nos ibas a dejar aquí y marcharte? - su hija mayor aparenta enfado, pero se echa a llorar con la cara entre las manos. La pequeña llora con ella. Parece ser que la han visto por la ventana y han salido a buscarla, pero no la han encontrado. Al volver se han dado cuenta de que se les había cerrado la puerta de la casa y no han querido llamar para no despertar a nadie, por eso han corrido a refugiarse en la ermita. Ellas ya conocían el lugar, se lo enseñó Santi.

- No cariño, ¿cómo os voy a dejar aquí? He ido a dar una vuelta, ese hombre es amigo mío.

- Eres una mentirosa, no le conocemos de nada.

- ¿Por qué no entramos en casa, chicas? Y hacemos un chocolate caliente con unas galletas. Así podéis hablar más tranquilas - Adela coge a Julia en brazos y Águeda a Blanca de la mano. Ella se queda paralizada, de pie en medio de la ermita mirando hacia la cruz. No puede moverse, está bloqueada, sin otra cosa que hacer que pedirle a un dios en el que no cree que la ayude a salir de esa. *El alcohol suplió la función que no tuvo Dios, también tuvo la de matarme*, decía Marguerite Duras en *El Amante*. ¿Cómo ha podido cagarla así?

Cuando entra en la casa las niñas están en sus camas, dormidas.

- Estaban agotadas, no han querido tomar nada - Adela le pone una mano en el hombro y otra vez tiene que aguantarse las ganas de llorar - vete a descansar. Mañana se les habrá pasado.

Ambas saben que eso no es verdad, que la brecha entre ella y sus hijas se ha hecho aún más grande. Lo que más le duele es que entiende cómo se sienten, ella pasó por lo mismo. Una madre que se tambalea te hace sentir indefensa. La misma historia se repite, no ha aprendido nada. Junta las camas para estar más cerca de ellas y se tumba en medio escuchando sus respiraciones marcadas por el resquicio de los llantos. Tiene tentaciones de echarse a la boca uno o dos lorazepanes, que mezclados con los restos de tequila

ayudarán a que se serene, pero no lo hace. O empieza a dejar ese vicio ya o no lo va a dejar nunca.

*Entrada al diario. Os dejo una foto con vuestras nuevas primas. ¿Sabéis? Cuando era como vosotras siempre quise tener un pueblo y unas primas con las que jugar. Por favor, quedaos con estos recuerdos de las vacaciones. (Foto de las cuatro niñas radiantes de felicidad y enseñando sus pulseras de colores)*

## Día 8

Son poco más de las siete de la mañana y ya está en la cocina con una taza de café ardiendo en la mano. No se oye nada, todas están exhaustas después de la escena de la noche anterior. Ella no ha conseguido dormir dándole vueltas a qué hacer hasta que ha decidido que va a hablar con las niñas, intentará explicarles lo que pasa, aunque sean pequeñas algo entenderán. Siempre echó de menos tener más información de lo que ocurría a su alrededor así que no va a hacer ella lo mismo. Cuando vuelva a Madrid llamará al terapeuta y hará todo lo que haga falta para ponerse mejor. Ha enviado un mensaje a los del seguro médico para ver si pueden recetarle Antabus, no es un mal comienzo. Esta vez lo va a conseguir. No quiere acabar como su madre. *I've played the victim for a long long time. And I wanna grow up.* Jack Antonoff siempre tuvo letras fáciles de encajar en su vida.

- Buenos días - Blanca acaba de aparecer. Los ojos enrojecidos por las lágrimas y el sueño le alargan aún más las pestañas kilométricas que tiene desde que era un bebé. La ve más alta y con la piel tostada y el pelo tan largo casi no reconoce a su pequeña.
- Buenos días, cariño - la niña se sienta encima de sus piernas sin decir nada y ella la abraza muy fuerte metiendo la nariz entre sus cabellos - qué pronto te has levantado.
- No podía dormir más. Lo de escaparnos ayer estuvo mal.
- No pasa nada, estabas asustada, ¿y qué ibas a hacer si se cerró la puerta de casa?  
- le pega un pellizco cariñoso en el moflete.
- ¿Quién era ese? No le había visto nunca y cuando te subiste en la moto me dio miedo.
- Es un vecino del pueblo, nos hicimos amigos el día que fuisteis a dormir a casa de Carmen.
- Ah...vale.
- Cariño, lo siento. No tendría que haber ido a ningún sitio. Escúchame, yo quería hablar contigo. Tú eres ya mayor quizá para entender algunas cosas.

La niña se levanta y coge un vaso que llena con leche de la nevera. También saca una caja de galletas de la alacena. Le sorprende cómo se maneja por la cocina como si estuviera en su casa. Se sienta en la mesa dando muestras de que ya está lista para escuchar lo que le tenga que decir. No es fácil encontrar las palabras, pero se lanza sin pensarlo mucho.

- Los últimos años he estado un poco triste ¿sabes? Al principio, cuando nacisteis, pasé mucho tiempo sola cuidando de vosotras y en algunos momentos fue difícil - ¿cómo le explicas a tu hija lo extenuante que puede llegar a ser la maternidad? Las noches sin dormir, la soledad, la autoexigencia, querer hacerlo todo bien de forma obsesiva y la culpa, la maldita culpa - Luego murió mi madre, tu abuela Elisa, y me sentí muy sola. Y después, ya sabes...lo de separarme de tu padre.
- Qué pena que no tengas madre. Si no tuviera madre no sé qué haría - moja una galleta en leche y se la lleva a la boca. Los chorretones le manchan la cara. Es tan cándida y honesta.
- Sí...es una pena.
- Al principio de separarte de papá yo también estaba muy triste, ahora un poco menos, creo que me estoy acostumbrando.
- Claro, yo estoy en ello también. Pero tú eres más fuerte que yo.
- ¿Por qué a veces te pones rara? Estás como contenta pero luego lloras o dices cosas que no puedo entender...como el día de casa de Carla - Blanca la mira interrogante, como si llevara tiempo queriendo hacerle esa pregunta.

No se acuerda de lo que dijo aquel día, ¿y además lloró? La situación tuvo que ser deprimente y extraña, por eso la pequeña ha estado tan confundida. Agradece en sus pensamientos a Carla que fuera tan discreta. Siempre pensó que hablaría de todo eso con su hija más adelante, quizá cuando cumpliera 18 y leyera alguno de sus diarios.

- Tiene algo que ver con las copas de vino, ¿a que sí? - ya se ha terminado las galletas y apura el vaso de leche de un trago. Es apabullante la naturalidad con la que se expresa.
- Sí...es algo que me pasa con las bebidas con alcohol.
- ¿Y por qué las tomas?
- Porque al principio hacen que me sienta bien y que se me olviden las cosas malas. Estoy más ligera, más contenta... pero después me siento mal, no sé, es difícil de explicar.
- Ya...
- Me gustaría no beber, lo que pasa es que a veces me apetece muchísimo y no consigo aguantarme las ganas.
- Como cuando yo me muero por comerme un helado, ¿no?
- Algo parecido, sí.

- No quiero que te ofendas, pero...a mí no me gusta cuando bebes. No eres tú. Y además si luego te sientes mal, no lo entiendo mamá.

Adela y Águeda entran en la cocina. Las mellizas con sus camisones largos de color blanco le producen nostalgia. Su madre siempre dormía con camisón blanco, daba igual invierno o verano. Seguro tenía más de diez. Un minuto después aparece Julia. Algo desorientada y en silencio se sienta en una silla sin decir nada. En la mano lleva su peluche de apego. Hacía tiempo que no la veía agarrarse al muñeco con tanta fuerza. Le gustaría hablar con ella también, pedirle perdón por lo de la noche anterior, prometerle que todo va a estar bien, pero no quiere hacer más promesas que no sabe si cumplirá. Deben salir pronto hacia Portugal, le quedan solo unos días para estar con sus hijas y no hay otra cosa que quiera más en el mundo.

El primer verano después de que su padre se marchara, a pesar de todo, fue fabuloso. Su madre estaba empeñada en que hicieran algo especial, quería resarcirles por todo lo que había pasado. Los llevó a un hotel en Almería en frente de la playa. Piscinas kilométricas, bailes por las noches y todas las coca-colas que quisieran. Aquellos días ella estuvo bien. Se acomodaba en una hamaca con una copa helada de vino blanco en la que se reflejaba el sol y les observaba bañarse en el mar. Jugaban a las cartas, a las palas, y cuando caía la tarde, antes de cenar, se tumbaban en frente de la piscina cada uno con su libro. Ha evocado muchas veces aquellos días. Su madre bebía, pero se controlaba, no estaba triste, quizá algo melancólica. La recuerda con un vestido de color azul eléctrico, con pequeñas flores blancas dibujadas, agarrada de su hermano y bailando una canción de Juan Luis Guerra en el restaurante del hotel. *Y soñar sin tiempo ni pena dancing in this Paradise*. ¿Cómo una canción tan alegre puede resultar después tan dolorosa? Quizá su madre cometió el error de pensar que lo superaría, y no sabía que todo iba a descontrolarse como lo hizo.

El agua fría de la ducha ha sido reparadora. En breve podrán ponerse en marcha. Se acerca a la ventana mientras se seca el pelo con una toalla y se queda paralizada. Las niñas en el jardín dan saltos de alegría alrededor de alguien a quien tarda en reconocer porque no puede dar crédito. ¿Es su hermano?

- ¡Tío Bruno! - se las escucha gritar a través del cristal.



Abre la ventana y va a decir algo, pero no le salen las palabras. Él la mira desde abajo y saluda con cara de excusa.

Se sientan en la mesa del jardín delantero. La lluvia de la noche anterior ha dejado el ambiente fresco, no es tan asfixiante como en días anteriores.

- Pensaba que estabas con papá en la playa.
- Sí, he dejado allí a Fátima con los niños - no ha tenido que hacerle mucha gracia a su cuñada quedarse allí sola. Nunca se han llevado especialmente bien, así que le da igual.
- ¿Y has venido a...?
- Me llamó la tía Paloma y me contó lo que había pasado. Lleva tiempo queriendo hablar con nosotros. Al final me convenció para venir y he conducido cinco horas del tirón. Supuse además que serían momentos difíciles para ti y que te ayudaría ver una cara amiga - sonrío y le da un sorbo a la taza de café antes de encenderse un cigarro.
- No es para tanto.
- Beca...- echa el humo intentando hacer círculos en un gesto tan característico suyo que la conmueve.
- ¿Qué? Es que no entiendo por qué apareces aquí, sin avisar. Además, yo me iba ya.

Bruno se levanta y se queda de pie observando a las niñas que están jugando a tirarle una pelota de tenis al perro. Está tan roída de los mordiscos que ha perdido la forma.

- Yo voy a hablar con ella, tú puedes hacer lo que quieras, es lo que haces siempre.

Adela ha salido con una bandeja con limonada. Se sienta a su lado y no dice nada, pero su cara implora que recapacite, que haga caso a su hermano, que hable de nuevo con ella.

Tendría unos diez años cuando un verano su tía los invitó a pasar el fin de semana con su novio de la época. El tipo estaba forrado, tenía una casa enorme cerca del pantano de San Juan y un pequeño barco. Desde el barco cogían una moto de agua para dar paseos hasta el embarcadero y volver. Ella se abrazaba fuerte a su tía. Su cintura era muy fina y la mezcla de sudor y crema solar resbalaba en la piel, así que más de una vez se soltaba y se caía de bruces al agua. Era muy divertido. ¡*Mono al agua!*!, gritaba Paloma y se reía a

carcajadas. Le sugirió coger la moto ella sola, ya era mayor, podía con eso y mucho más. Al principio tuvo miedo, no se creía capaz de hacerlo, pero su tía insistió y se armó de paciencia para enseñarle cómo funcionaba el botón del volante. Era sencillo, si lo apretabas, la moto echaba andar, si lo soltabas, se paraba. La cosa empezó bien y pudo dar dos o tres vueltas sin alejarse mucho del barco, hasta que otra moto se cruzó en su camino y se puso nerviosa. Apretó el botón de acelerar y no era capaz de soltarlo, como si el dedo se le hubiera quedado pegado. Desde la cubierta, el resto le gritaban que frenara, iba descontrolada. Estaba tan histérica que no reaccionó y se fue directa hacia ellos hasta que chocó con el lateral del barco haciendo un agujero. Una vez comprobaron que estaba bien y que no tenía más que un rasguño en la cabeza, el novio de su tía y ella se pusieron a discutir. Él, gritando, le decía que era una inconsciente por dejar que una niña tan pequeña manejara sola. Ella también pegaba voces y hacía aspavientos con las manos. Él la llamó loca. Ella cogió de los brazos a sus sobrinos, los montó en la moto de nuevo y se largó de allí sin decir mucho más. Se sentaron en el bar que había en frente del pantano y los invitó a una Fanta de naranja. *Cariño, pase lo que pase, jamás dejes que un hombre te grite.* Nunca supo si volvió a verse con aquel tipo.

Paloma ha quedado en pasarse después de comer, pero son más de las cinco y aún no ha aparecido. Ambos hermanos empiezan a impacientarse, están nerviosos. Finalmente ha pospuesto el viaje a Portugal para el día siguiente. No puede marcharse en semejante situación. Las mellizas han ordenado de forma impecable la mesa para el café y Santi se ha llevado a las niñas con la excusa de enseñarles unos caballos que tiene un vecino en un establo no lejos de allí. Se han marchado felices, subidas en la parte de atrás descubierta de un pequeño camión que tiene su primo. Ella ha esperado en el camino a que sus gorras de colores desaparecieran detrás del rastro de polvo.

Un rato después su tía llega y se sientan todos alrededor de la mesa del jardín. En un intento por romper el hielo, toman una taza de café y comentan algo del menú del restaurante. Ella no está escuchando, el eco de las voces le llega lejano mientras piensa en su madre, en la cara que pondría si los viera a todos juntos. Su tía saca un cuaderno del bolso, es de color negro, tipo Moleskine, y parece antiguo, tiene las esquinas dobladas y la tapa agrietada.

- Este era uno de los diarios de vuestra abuela Flavia. Empezó a escribirlos muy joven y los últimos son de cuando Elisa y yo éramos pequeñas. No sé porque dejó de escribir, ojalá hubiera seguido, quizá así hubiéramos comprendido algunas cosas. Los recuperé todos cuando murió y los he leído de principio a fin sin dejarme ni un detalle. Como comprenderéis no es fácil leer fragmentos de tu propia vida escritos por otra persona.

Nunca hubiera imaginado que compartía con Flavia la afición por escribir diarios. De nuevo su abuela es una desconocida.

- Hace tiempo, poco después de que nacieras tú, Beca - la mira a los ojos - una tarde que vuestra madre estaba en casa de Flavia ayudándola a deshacerse de unos trastos, encontró una caja llena de estos cuadernos. No le dijo nada porque sabía que a su madre no le gustaba que fisgoneara, pero por la noche, cuando se hubo dormido, abrió la caja y los fue sacando uno a uno. Había por lo menos cincuenta, todos con fechas escritas en las tapas.

Muestra la fecha del que tiene en las manos. 1960. Llegado ese momento de la historia, como ya la ha visto hacer otras veces, parece que duda. Finalmente, coge aire.

- Elisa me habló acerca de estos diarios mucho tiempo después de encontrarlos. Años, de hecho. Me lo contó cuando vuestra abuela estaba ya muy enferma y sabíamos que le quedaba poco tiempo.

Bruno hace cuentas mentalmente. Si su madre encontró los diarios poco después de nacer Beca y se lo había contado a su tía Paloma unos días antes de morir su abuela, eso quería decir que había estado más de treinta años sin decir nada.

- Bueno, ¿y qué es lo que pone ahí que nos pueda afectar a nosotros? - haciendo gala de su habitual impaciencia se muestra incómodo, nunca le han gustado los secretos. Las mellizas miran muy atentas, tampoco parecen tener mucha idea de qué está pasando.

Paloma abre el diario por una página que tiene señalada y se lo pasa para que de uno en uno vayan leyendo las líneas que ha subrayado. La letra es afilada y pulcra, algo anticuada.

*Emilio no debe saberlo, esto le destrozaría. Le perdería para siempre. Mañana por fin nos casamos. Solo encuentro algo de consuelo escribiendo estas líneas. Me llevaré el*

*secreto a la tumba. Criaremos a este bebé como el fruto de nuestro amor. Así tiene que ser.*

Estupefactos, se miran entre ellos. No entienden nada. ¿Qué bebé?

- Fue pura casualidad que el primero de todos los cuadernos que vuestra madre decidiera hojear aquel día fuera este. Casualidad o el destino, vete tú a saber. De cualquier manera, no le quedaba otra que pedir explicaciones.

En esta parte del relato se tensa, si cabe, un poco más y tras una breve pausa que el resto no tienen más remedio que respetar en silencio, pasa a relatarles lo que ocurrió el día que Elisa, buscando una respuesta, puso delante de Flavia aquella página de un diario que había encontrado en una caja al fondo del desván.

- Ese bebé... era ella...Elisa, vuestra madre - con solo esa frase parece haberse quitado un peso de encima. - Dos meses antes de casarse con Emilio, una noche de verano y verbena, estando su futuro marido en Badajoz resolviendo unos asuntos, Flavia, animada por el licor y hechizada por esa libertad propia de la época estival, dejó que otro hombre la sedujera. Un chico del pueblo que la pretendía desde siempre, pero con el que ella nunca había querido nada. Al final consintió que ocurriera lo que había evitado durante años. Se casó con Emilio embarazada de otro y nosotras no éramos hermanas del mismo padre. - Adela se tapa la boca con la mano ahogando un grito y Águeda niega con la cabeza en señal de que no se lo cree. La cara de Bruno también es de incredulidad, pero a ella rápidamente le empiezan a encajar algunas piezas.
- Flavia podía habérselo guardado o inventarse cualquier cosa, pero seguramente quiso deshacerse de la losa de guardar tal secreto. Elisa me contó que tuvo que insistirle durante algunos días, pero que al final lo confesó. A veces guardar un secreto se convierte en algo más grande que el propio secreto. ¿Cómo una mujer tan formal y juiciosa como había sido siempre Flavia podía haber hecho una cosa así? Pues precisamente por eso. Desde que era una niña Flavia había estado siempre a la sombra de su madre, cumpliendo órdenes y a disposición de su familia de sol a sol. Después conoció a Emilio, y aunque se querían, ya sabéis como eran las cosas antes, las mujeres tenían que darlo todo por sus hombres. Así

que, cuando poco antes de casarse su pretendiente la cortejó, tuvo la necesidad de romper las reglas, aunque solo fuera por una vez en su vida. Todo esto se lo contó a Elisa de forma breve y distante. No manifestó emoción alguna. No derramó ni una lágrima ni mostró arrepentimiento. No pensó en el impacto que aquello tendría sobre nosotras. Fría, se lo quitó de encima casi sin inmutarse. *Llevaba toda la vida trabajando y cumpliendo normas, solo me dejé llevar esa vez.* Elisa quiso saber cómo podía estar tan segura, en aquella época no había todas las pruebas tan sofisticadas que tenemos ahora, podía haber fallado en los cálculos. También preguntó cómo era posible que Emilio no se hubiese dado cuenta, ¿no llegaban vírgenes al matrimonio? Flavia había estallado en una sepulcral carcajada, antes de cerrar la conversación diciendo que estaba totalmente segura de lo que le contaba.

De pronto Paloma parece agotada, las arrugas de su cara se marcan como cuando la vio el primer día en el restaurante. Todos notan que está haciendo un gran esfuerzo por no echarse a llorar, ella es dura, no piensa montar una escena. *The trick is to keep breathing.* Podría cantársela, es su favorita del *Versión 2.0* de Garbage. Tantas veces la habrá escuchado ella en un intento desesperado de que la melodía y la letra ayudaran a rebajar el hormigueo de la ansiedad. En lugar de eso, le coge la mano siendo el primer gesto de cariño que tiene hacia ella desde que se vieron. La mujer lo agradece profundamente y pone su mano por encima. Esto parece que le ha dado algo de fuerza, las lágrimas a punto de brotar han retornado a su lugar de origen donde llevan escondidas tantos años, parece que aún no ha llegado su momento de salir.

- Flavia le ordenó a vuestra madre que no lo contara. No suplicó, fue una orden clara y directa en la que además se refirió en concreto a mí, que no podía enterarme yo - Paloma se da unos golpecitos en el pecho - al final, Emilio ya estaba muerto y él ya nunca podría descubrirlo. Flavia, obsesionada como siempre por “el qué dirán” obligó a Elisa a jurar por sus hijos que estaría callada y ella, sin darse cuenta de lo que hacía, aceptó. Y mantuvo esa promesa durante más de treinta años.

Adela hace un intento de levantarse a por algo, pero se marea y tiene que sentarse de nuevo. Todos se alarman.

- No es nada, estoy bien.

Bruno entra en la cocina y sale con una jarra de agua con hielos y le sirve un vaso a la mujer. Águeda, con gesto de preocupación, mueve con fuerza un abanico redondo con flores rojas y verdes frente a la cara de su hermana. Si le pasara algo a alguna de las mellizas, ¿qué haría la otra? Adela, ya recompuesta, formula en alto la pregunta que todos tienen en la cabeza.

- ¿Y quién era su padre? - aunque nada más hacerlo hace un gesto extraño, casi imperceptible, como si hubiera caído en la cuenta de quien pudiera ser.

Los días siguientes a su descubrimiento, Elisa trató por todos los medios de que Flavia le dijera quién era su padre. La amenazó con presentarse en el pueblo y ponerse a preguntar. La amenazó con no volver a ver a sus nietos y con contárselo a Paloma. Nunca consiguió un nombre. Su madre le dijo que llevaba años muerto así que no servía de nada que le diera un nombre. Para ella, su padre era Emilio, que la había cuidado desde que nació y que la quiso con locura hasta que una enfermedad del hígado se lo llevó. No había más que hablar.

- Lo cierto es que Elisa era la favorita de mi padre. De niña, más de una vez tuve celos de la relación entre ellos. Para él era su primogénita, el ojito derecho. Su chica tranquila y obediente con la que compartía su pasión por la lectura y los paseos por el Retiro.

Así que siempre existió esa tensión entre hermanas, reclamando atención de quien no la tenían. Una de su madre, la otra de su padre. Tantas cosas empiezan a tener sentido. Elisa hablaba pocas veces de su familia y ellos no veían a su abuela más que en algunas visitas esporádicas a su casa. ¿Todo aquello era debido a un secreto compartido durante años? ¿Cómo pudo estar tanto tiempo sin decir nada? ¿No quiso descubrir quién era su padre? Siempre pensó que el detonante de su adicción al alcohol había sido su divorcio, pero está claro que debía venir de antes. ¿Fue ese uno de los motivos por los que Néstor se marchó? ¿Que su madre bebía? Su recuerdo es que todo empezó más tarde, pero la historia que acaba de contar Paloma le da a todo un significado nuevo y distinto. ¿Bebía para aliviar el dolor que suponía haberse enterado de algo así? ¿Bebía por la impotencia de no poder hacer nada? Odia a Flavia de la misma forma que había odiado a Bernarda cuando leyó por primera vez la obra de Lorca. Las veía como la misma persona: autoritaria, presa de las convenciones sociales, haciendo daño a sus hijas, jóvenes, inexpertas y asustadas.

- ¿Y cómo no nos has dicho nada en todos estos años? - Águeda se muestra más que molesta y es en ese momento cuando Paloma ya no puede más. Por fin llora.
- He pensado tantas veces en hablar con vosotras, en contároslo todo. Hasta que supe esto yo tampoco entendía por qué Flavia quiso que dejáramos de venir al pueblo. Ponía de excusa que Elisa no estaba bien y me pidió que no hablara con vosotras, que le daba vergüenza, que nuestros problemas teníamos que solucionarlos en casa. Ya sabéis cómo era, nunca fuimos capaces de llevarle la contraria. Cuando le dije alguna vez de venir yo sola a visitaros no quiso ni oír hablar del tema. Se echaba a llorar y decía que bastante tenía ella ya para que yo solo pensara en mí misma. Siempre supe que algo pasaba y por eso no quise insistir. Supongo que me daba miedo descubrirlo. Pero no es excusa y lo siento. No estuvo bien no daros una explicación, ni en aquel momento ni cuando me trasladé a Albuquerque. Cuando murió Elisa estuve dudando un tiempo hasta que decidí venirme aquí, en Madrid ya no me quedaba nada, y también pensé que a lo mejor podría descubrir algo más. Aun así, siempre quise hablar primero con Beca y Bruno, pensaba que era lo correcto, pero no he podido hacerlo hasta ahora. Cuando ella apareció en el pueblo, supe que era el momento.

El cielo se está nublando de nuevo y hace bochorno. El verano de repente le parece interminable y claustrofóbico. Águeda se levanta y quita los cojines de las sillas que están al descubierto. Adela carraspea y se abanica con fuerza:

- Ella...vino una vez... Alguien me dijo que la había visto en uno de los bares de la parte alta del pueblo, sola, bebiendo un vino tras otro. No supe más. No intenté ponerme en contacto, estaba dolida por la manera en que habíais desaparecido

Paloma desconocía este viaje en solitario de su hermana hasta Albuquerque.

- Aquel debió ser su primer y único intento de encontrar a su padre, pero con tan pocos datos debía estar perdida. Solo sabía que aquel hombre iba detrás de Flavia cuando eran muy jóvenes. Podía ser cualquiera del pueblo, y, además, según le había dicho, estaba muerto.

Piensa en su madre, desesperada recorriendo las calles de Albuquerque, sin saber dónde ir, a quién preguntar. Buscando un fantasma. A escondidas de su madre y de su hermana. Echando de menos a un padre que había descubierto que no era el suyo y comprendiendo por fin los motivos de la frialdad con la que Flavia la había tratado desde que era una

niña. Era hija del hombre incorrecto. Flavia pagó con Elisa la amargura de la mala decisión que tomó aquel día, como si la culpa pudiera de alguna manera ser suya. La echa tanto de menos, le hubiera gustado saber todo esto y poder ayudarla. Ahora entiende su tristeza infinita, su necesidad de evadirse bebiendo. Entiende por qué nunca hablaba de su familia o por qué no le había contado que su abuelo era amigo de Lorca. Aquel hombre del que le habían estado hablando esos días no era en realidad su abuelo. Ojalá tener la oportunidad de decirle que por fin la entiende. Ojalá los muertos pudieran escuchar.

Bruno debe pensar algo parecido. Le conoce y lo ve en su cara. No tuvo un vínculo tan fuerte con su madre como ella, pero a su manera, la quería con locura. La mirada triste de su hermano es uno de sus puntos débiles. Llama su atención para sonreírle y trata de transmitirle una paz que ella misma sabe imposible de alcanzar. *I feel your pain, it's mine as well*, que dirían Fontaines D.C. Él sonríe de vuelta, pero no con mucha convicción. Se levanta para darle patadas a la pelota de tenis con la que hace un rato jugaban las niñas, como si no quisiera escuchar más. Ella siente una necesidad imperiosa de estar con sus hijas, de empezar a ser una madre mejor para ellas. Desde ya. Pero hay algo más que tiene que saber y parece que Paloma le leyera la mente:

- No sé por qué Elisa me lo contó todo después de tantos años. Supongo que llegó un momento en que no pudo más y tuvo miedo de que incluso le pasara algo, y nadie supiera nunca la verdad, su verdad. Me suplicó que no le dijera nada a Flavia, si ella había aguantado tanto tiempo callada yo también podía hacerlo. Al final, Flavia estaba ya muy enferma, podía morir en cualquier momento y para qué desenterrar toda aquella basura. No sé por qué no esperó a que muriera para contármelo. Hay tantas cosas que no sé. Podría habérselo contado a vosotros, pero supongo que no quiso cargaros con el peso de descubrir que parte de vuestros orígenes no son los que creíais. Le juré que no diría nada, pero le mentí. El rencor hacia mi propia madre me pudo y fui a pedir explicaciones a Flavia. Vuestra abuela se enfadó tanto que le retiró la palabra, y poco después murió. Elisa nunca me lo perdonó. Y la entiendo. Luego murió ella y ya no pude hacer nada.

Otra mujer de su familia atormentada por la culpa. Ha empezado a llover, pero no durará más que unos minutos.



*Entrada al diario: Es importante que penséis cómo pueden afectar a otras personas vuestros actos. No estamos solas en el mundo. (Foto del perro jugando con la pelota de tenis)*

Santi y las niñas aparecen con una caja enorme de cerezas que han comprado al volver de ver a los caballos. Las bocas carmín, los dientes tintados. Las quiere más que nunca. Esa noche hay cine de verano en la plaza y quieren ir. No les puede decir que no, ella las llevará. Ya no tiene ni idea de cuáles son sus planes. Algo la impide marcharse de Albuquerque.

Entra un momento en la casa buscando las llaves y oye unos murmullos en la cocina, las mellizas están hablando en voz baja. Se acerca con cuidado y se pone detrás de la puerta. Adela entre sollozos, le manifiesta a su hermana su malestar por la historia que acaban de escuchar.

- Pobre Elisa...tantos años viviendo con esa angustia, ¿cómo no iba a estar mal? Y nosotras, ¿qué hicimos nosotras? Aceptar que se alejara sin cuestionarnos nada. ¿Cómo hemos podido ser tan egoístas?
- Eso sí que no - Águeda parece muy enfadada - nosotras no tenemos la culpa de nada ¿cómo íbamos a saberlo? Si Elisa y tú eráis tan cercanas te lo podía haber contado ¿no? - parece que eso lo dijera con algo de maldad - Tiene valor Paloma para venir después de tantos años a desenterrar todo esto, podía haberlo pensado un poco más. ¿No lo has pasado ya suficientemente mal con todo el asunto de Elisa? ¿Te recuerdo cómo estuviste la época en que desapareció? Ya te dije que no era buena idea que la niña viniera, que tarde o temprano su visita traería consecuencias. No sé muy bien qué quiere de nosotras.

Confirma que Águeda no la quería allí desde el principio, y eso le duele. Le gustaría entrar en la cocina y decir algo, pero ¿qué? Al final se da la vuelta, coge las llaves y sale de la casa. Quizá ha pegado un portazo sin querer.

La plaza está a reventar, críos de todas las edades corren como embrujados mientras sus padres les piden que paren, la película va a empezar. Sentadas a su lado, las niñas comparten una bolsa gigante de patatas fritas. De vez en cuando hay alguna pelea, nada que no puedan resolver entre ellas. Al otro lado tiene a Bruno, algo meditabundo, pero también aliviado de haberse quedado solos. El ambiente resulta menos sofocante que el

de esa tarde, parece que ambos vuelven a controlar la respiración. Hacía tiempo que no le veía. Tiene el pelo más largo que otras veces, rizado y revuelto por la parte de arriba y los mismos ojos enormes y expresivos que todo el mundo elogiaba cuando era un niño.

Bruno se marchó a estudiar fuera en su tercer año de universidad, y ella estuvo algún tiempo resentida. No respondía a los mensajes que él enviaba o lo hacía de forma breve y con falta de interés. Le daba igual qué tal le iba o si conocía gente nueva. La había dejado sola. Los momentos en que su madre tenía algún incidente le odiaba más que nunca. Veía en las fotos que enviaba todo lo que ella se estaba perdiendo y el rencor la vencía.

- Tú no te marchas porque no quieres - le dijo un día Elisa.
- No sé de qué me hablas.

Pero sí lo sabía y no podía engañarla. A ella no. Al final tuvo que reconocerse que no solo tenía miedo de dejar sola a su madre, también de marcharse lejos de casa y de todo lo que la hacía sentir segura. Sus amigas, su novio, su vida en Madrid. Bruno consiguió convencerla para que fuera a visitarle a Manchester donde estudiaba algo relacionado con el turismo. Fueron unos días intensos, le enseñó la ciudad, le presentó a sus amigos y caminaron durante horas. La gente allí era realmente hospitalaria. Manchester tiene mucha historia, aunque no es una ciudad de monumentos y espectacular en el sentido que puedes esperar. Estuvieron por la zona industrial antigua y visitaron algunos sitios musicales. Había algunas obras impresionantes, como un grafiti gigante con la cara de Kurt Cobain que realmente la impresionó. Aun tenían restos de MDMA en el cuerpo cuando, al amanecer, se tumbaron sobre el césped de Heaton Park para terminar la fiesta del último día. El calor sofocante del local hasta arriba, la música electrónica retumbando en sus oídos, los bailes y los abrazos y besos sin dueño, ya solo eran un recuerdo que tardaría tiempo en borrarse. Todos se marcharon y les dejaron solos, así podrían disfrutarse un rato antes de volver a despedirse. No hablaron de su madre ni una sola vez.

*Don't look back in anger.*

*Entrada al diario: No os olvidéis nunca de lo afortunadas que sois por teneros la una a la otra. (Foto de Blanca y Julia compartiendo una bolsa de patatas fritas)*

## Día 9

Adela se ha levantado la primera. Se la encuentra en la cocina, afanada amasando lo que parece se convertirá en una deliciosa hogaza de pan. Todo está desordenado y sucio, no es propio de ella. Los utensilios con restos pegados de harina, el suelo de color blanco. Al secarse el sudor de la frente se ensucia ella también.

- ¿Qué haces despierta, niña? - su cara denota agotamiento. Es una Adela que no conocía.
- No he pegado ojo después de lo de ayer. Y además Julia ha vuelto a tener pesadillas.
- Yo tampoco. Lo bueno es que cuando no puedo dormir el pan me sale muy bueno.

Ambas se ríen. Son risas cansadas y tristes.

- Paloma dejó ayer una cosa para vosotros. Una carpeta azul, está ahí encima de la mesa. Era de tu madre, la encontró en casa de Flavia y no ha tenido ocasión de dárosela antes. Dice que parecen papeles sin importancia, no ha mirado mucho pero no se ha atrevido a tirarla.

El día anterior, Bruno y ella se habían despedido de su tía rápidamente para salir con las niñas al cine. Quedaron en que ya hablarían. Ninguno tuvo fuerzas para mucho más después de una tarde de inesperadas revelaciones. Quizá debería esperar a que su hermano se levante, pero la curiosidad le puede. En la carpeta hay algunos papeles médicos antiguos, un contrato de telefonía móvil y un par de fotocopias del carné de identidad de su madre. Perdido entre las hojas hay un sobre marrón. Quizá Paloma no lo ha visto. Dentro, encuentra la foto de un hombre. No le suena de nada. Es una foto tomada con un teléfono e impresa después. En ella, se ve al hombre saliendo de una casa. Juraría que ha visto esa casa en algún momento. No puede descifrar mucho más, le han sacado de lejos, se ve que él no sabe que está siendo fotografiado. Se la mete en el bolsillo de los vaqueros, quizá las mellizas o Santi sepan quién es. Antes de volver a guardar el sobre en la carpeta, se percata de que en el dorso hay pegado un post-it amarillo con un número de teléfono anotado a mano. *Alcohólicos Anónimos*. Debajo del teléfono, la dirección de un local no muy lejos de la casa donde vivía su madre y otra anotación: *lunes y miércoles. 19 horas*. Es una información algo confusa. ¿Tuvo intención su madre de ir a alguna reunión? Quizá estaba buscando ayuda sin que nadie se enterara. Ese pensamiento la desconcierta. Más

de una vez había intentado que Elisa acudiera a algún lugar donde pudieran ayudarla. Ella siempre se negó.

El alcohol tiene la capacidad de hacer de las personas seres imprevisibles y de generar en la gente que las rodea un sentimiento de incertidumbre por no saber a qué van a tener que enfrentarse. Se puede pasar de un estado de euforia y con ganas infinitas de hacer cosas a un estado de letargo y desconexión en solo cuestión de un par de horas. Cuando iba a casa de su madre, de un solo vistazo, era capaz de descifrar el estado en que se encontraba. Si había bebido o no, y si lo había hecho, si había bebido mucho o poco. Si estaba contenta o le había dado algún bajón aquella tarde. Con el tiempo se acostumbró a vivir así, en un limbo entre el desasosiego y la certeza. Y la impotencia, sobre todo la impotencia de no poder hacer nada. Quizá si hubiera sabido toda la historia podría haber hecho algo más. Había algunos días que Elisa había bebido tanto que era imposible razonar con ella. Se reía o lloraba sin motivo aparente. Se quejaba, se enfrentaba, hacía reproches por cosas que habían ocurrido hace años. La bebida hacía que aflorasen todos sus temores y desconfianzas. Otras veces, se sentaba en el sofá y solo miraba al vacío, sin decir nada. Esas veces eran las peores. Una tarde de verano, fue a buscarla para proponerle que fueran juntas a la piscina, las niñas aún no habían nacido. Se la encontró dando vueltas en círculo por toda la casa, desesperada, había algo que no encontraba. Cuando la tuvo delante, se paró un momento delante de ella y la miró de arriba abajo como si no la conociera. *¿Mamá, estás bien?* Decía que no con la cabeza en movimientos rápidos en los que su melena rizada iba enérgicamente de un lado hacia otro.

- No encuentro lo de tu abuela.
- ¿El qué de la abuela?
- Eso, eso...
- No sé qué es eso, mamá...

Al final se paró delante de ella y le puso las manos en la cara acariciándola con dulzura. *Mi niña.* Fue todo lo que dijo para dar la conversación por terminada. Acto seguido se dejó caer sobre su cama y dos minutos después estaba profundamente dormida.

Cuando vuelve a la cocina se encuentra con Bruno, está solo mirando por la ventana que da al patio. Le toca suavemente en el hombro para no asustarle.

- Tengo que volver con Fátima y los niños. Quiero llegar a la hora de comer. Me ha llamado papá. Está nervioso. No he sabido qué decirle, deberías hablar con él.

Ella asiente, aunque sabe que no lo hará, al menos de momento. Antes de llamar a su padre debe resolver otros asuntos. Le cuenta a su hermano lo de la foto y el post-it, pero él se incomoda. No le culpa y sabe que es mejor dejar que vuelva con su familia, aunque la aterroriza quedarse sola de nuevo.

- Podríais venir conmigo, les daríamos a todos una sorpresa...
- No puedo Bruno...
- Ya... - sonríe con tristeza y la abraza - llámame si te enteras de algo más, por favor.
- Antes de que te vayas quiero comentarte otra cosa...

La semana en verano en la casa de la playa de Néstor es una tradición. El resto del año no tienen especial trato, las niñas ven poco a su abuelo, algún día en Navidad, cumpleaños...pero esa semana es sagrada, como si todos supieran que es de lo poco que les queda en común. No tiene malos recuerdos de esos días, al contrario. Su padre enciende la barbacoa casi a diario, saca sus mejores vinos y hacen campeonatos de cartas. Le gusta sentarse a ver la televisión con sus nietas y jugar con ellas al fútbolín y al billar. Esos días se siente algo más cercana a él. Su mujer se esfuerza por ser hospitalaria y los atiende a todos con dedicación. Las niñas la adoran. Todos los primos pasan tiempo juntos y ella y Bruno aprovechan para ponerse al día de sus ajetreadas vidas. Quizá debería haber sido más comprensiva con la reacción de su hermano cuando se enteró de que ese año no iba con ellos. Más siendo su primer verano las tres solas.

Salen donde la furgoneta, café y cigarro en mano, como en los viejos tiempos, cuando vivían juntos y algunos días compartían el primer rato de la mañana asomados a la terraza de casa de su madre. Ella abre el portón de detrás. Entre la esterilla de yoga, la cesta de la playa y algunos peluches de las niñas hay una caja de cartón. La coge y la saca para mostrarle a su hermano el contenido.

- Creo que cuatro años son suficientes para tener esto en casa.

Bruno, sin mostrarse sorprendido, lo mira con calma y asiente.

- Fue decisión tuya encargarte de qué hacer con sus cenizas - saca la urna de la caja para mirarla. Es de color verde metalizado con un ribete dorado en la tapa. Es elegante y siniestra a partes iguales.
- He pensado en buscar un sitio aquí, en Albuquerque. En dos días es...ya sabes...
- Me parece bien, Beca. Lo que tú quieras está bien.
- Si te vas tendré que hacerlo yo sola...

Bruno coge la caja y, cuidadosamente, devuelve la urna a su sitio. Cierra el maletero de la furgoneta con un golpe seco y apoya la espalda.

- Es algo que tienes que hacer tú. Te lo debes. Se lo debes a ella. Te pasas la vida pensando que has heredado lo peor de mamá, su adicción, sus inseguridades y el miedo a estar sola. Eres incapaz de ver lo bueno. Mamá era inteligente, divertida, se preocupaba por los demás. Puede que las cosas no le salieran bien, pero peleó lo mejor supo pensando en qué era lo mejor para nosotros. Ahora que hemos conocido esta historia lo veo mucho más claro. A veces te miro y la veo a ella. La relación que teníais era muy especial, no he conocido a nadie que tuviera una relación así con su madre.
- Al final me vas a hacer llorar

Se abrazan de nuevo. No quiere que se vaya. Aparecen las niñas. Pijamas, pelos revueltos. Se despiden de su tío con la promesa de que pronto estarán todos juntos mientras ella se jura a sí misma que jamás volverá a alejarse de su hermano.

*Entrada al diario: es bonito tener tradiciones familiares, siempre que podáis os recomiendo hacerlo. (Foto de las niñas son su tío)*

Cuando entran en la casa las mellizas están esperando a Julia y Blanca con unos delantales, que las niñas, entre risas nerviosas, se ponen sobre los pijamas.

- Vamos a enseñaros cómo se hace el pan de verdad y no esa guarrería de pan de molde que os da vuestra madre - todas se ríen.

Le parece que Águeda está algo más receptiva, ha tenido un gesto de cariño con ella cuando la ha visto quedarse afectada con la marcha de Bruno. No sabe cómo terminó la conversación que escuchó ayer entre las hermanas, quizá Adela había conseguido

ablandarla un poco. Le gustaría hablar con ella, darle las gracias por su hospitalidad y pedirle perdón por las molestias que pueda haber causado, pero, sin decir nada, se sienta en una de las banquetas de la cocina para tomar unas fotos que incluirá en el diario. Quiere conservar ese instante para siempre. Motas de harina se ven suspendidas en el aire a través de la luz que entra por la ventana. El horno encendido ambienta la estancia, pero el calor le resulta agradable a pesar de estar en agosto. Las caras de las niñas concentradas, manoseando la mezcla de polvos y agua. La dedicación de las mellizas en las instrucciones de cómo deben hacerlo. ¿No son momentos como estos los que la gente luego recuerda como una infancia feliz? No deja de darle vueltas a quién puede ser el hombre de la foto. Lo mejor es preguntarle a Adela, aunque no sabe hasta qué punto quiere descubrir nada más, podría hacer como Bruno y mirar hacia otro lado, la vida es más fácil así.

- Lo sabía - es lo primero que dice Adela cuando ve la foto.

Hace rato que han terminado de hacer el pan. Después, por fin, han salido las tres solas a dar un paseo aprovechando que el sol de mediodía daba algo de tregua. Muy cerca de la casa de las mellizas se extiende un enorme campo de encinas del que no se alcanza a ver el final. *El nombre de Albuquerque deriva de albus quercus, de origen latino, que significaría 'encina blanca' o 'roble blanco', siendo su significado 'país de los alcornoques', el cual tiene lógica por la abundancia de estos árboles en la zona.* Lo leyó el otro día en la Wikipedia, buscando información del pueblo. Tiene sentido. Ha sido una caminata muy agradable yendo las tres al mismo paso. Blanca y Julia risueñas, contentas, se lo nota cuando no paran de hablar. Es sorprendente su capacidad de adaptación. Realmente han cogido cariño a estos familiares que hace unos días eran completos extraños, y no es para menos, todos se han desecho en cuidados hacia las pequeñas. No quieren ni oír hablar de ir a Portugal. Quieren quedarse en el pueblo el resto de las vacaciones.

- ¿Pero no queréis bañaros en el mar?
- Nos da igual. Ya vamos a la playa con papá. Y aquí hay río.
- ¿Y dormir en la furgoneta? - ahí han dudado un poco más.
- Podemos dormir en la furgoneta, pero en el pueblo.

Le han cogido la mano, cada una, por un lado. Quizá la han perdonado por lo del otro día. Quizá se les ha olvidado. Quizá si no las vuelve a fallar puedan pasar alguna de las páginas que tienen pendientes. Ha estado todo ese rato sin pensar en el vino que se tomará a la hora de la comida o en las ganas de fumarse un cigarro. Quizá eso es buena señal.

Unas horas después va siguiendo a Adela por las calles del pueblo, nunca la ha visto andar tan deprisa. Hace más calor que por la mañana y la piedra de las casas parece echar humo. No se escuchan ruidos. La calle está desierta. La siesta parece haberse alargado esa tarde. ¿Qué día es? ¿lunes, sábado?

La mujer se para en frente de una casa y saca del bolsillo la foto que han encontrado esa mañana entre los papeles de Elisa. La miran y comparan. Es la misma casa.

- ¿Quién vive aquí?
- Llevo dándole vueltas a este tema desde que Paloma nos contó la historia de Flavia.

Un hombre mayor abre la puerta y sale de la casa. Ambas tratan de disimular, pero no hay tiempo de reacción.

- Anda Adela, ¿cómo estás? - baja las escaleras y cruza la verja.
- Hola... - se vuelve a meter disimuladamente la foto en el bolsillo.
- Es tu sobrina, ¿no? Me habían dicho que andaba por aquí, pero no había tenido el placer de conocerla. Hola, me llamo Juande.
- Beca, encantada - cuando le da la mano al hombre ya se ha dado cuenta de por qué están allí.
- Igualmente. ¿Y qué os trae por aquí?
- Pues... nada - Adela carraspea, está pensando algo rápido - vamos a dar una fiesta... mañana... de despedida del verano...bueno y porque ha sido su cumpleaños - la señala - por si os animáis a acompañarnos.
- No recuerdo la última vez que alguien dio una fiesta por aquí - el hombre no esperaba tal invitación, pero responde amable - cómo nos lo vamos a perder. Están por aquí mi hija y mi nieta, así que cuenta con nosotros.

La mujer trata de mostrarse satisfecha, pero una ola de angustia recorre su cara. ¿Qué ha hecho? Ella trata de aguantarse la risa. Cuando lleguen a casa tiene que ponerle la canción



de Charlie xcx con Troye Sivan: *hay una fiesta en mi casa, venga será muy divertido*. Aunque no cree que le haga mucha gracia.

Adela y Elisa, además de primas, habían sido muy buenas amigas. De niñas les gustaba ir juntas a nadar al río y a correr por los campos de encinas al atardecer. Deambulaban por las calles del pueblo espiando a los vecinos e inventando historias y misterios que descubrir. El panadero era un policía encubierto, la de la farmacia estaba enamorada del cartero...cosas así. Muchas veces tuvieron que salir corriendo para que no las pillaran robando caramelos al del kiosko cuando se despistaba. Era una época en que el pueblo les daba libertad para moverse a sus anchas. Cuando crecieron siguieron teniendo más afinidad que el resto. Compartían la afición por la lectura y se turnaban los libros que sacaban de la biblioteca del pueblo en verano para luego comentar las historias. Algunas veces iban a Badajoz al cine, allí vieron los estrenos de *Annie Hall* y *Fiebre del sábado noche*. Salían de paseo con Juande y otros amigos y juntas vivieron algunas de sus primeras veces. Águeda siempre tuvo celos de aquella amistad, se sentía desplazada por lo unidas que estaban su hermana y su prima, y a pesar de que siempre la invitaban a ir con ellas, eso fue motivo de más de un desencuentro entre las mellizas. Todo esto se lo cuenta Adela mientras vuelven a casa, lo hace sin darle demasiada importancia, aunque ambas saben que está tratando de alguna manera de excusar el comportamiento de su hermana de los últimos días.

Las niñas están en el jardín, otra vez jugando con el perro. Tardarán tiempo en que se les quite de la cabeza tener uno, siempre lo piden. Adela entra en casa y sale con su hermana. Santi llegará en unos minutos. En una bandeja lleva cuatro botellines de cerveza y una bolsa de patatas fritas. Las gotas del vidrio caen despacio mojando la superficie. Le apetece mucho esa cerveza, pero no debería tomarla. No quiere desconcentrarse. Maldice en bajito, ¿por qué se la ponen delante? En realidad, no es culpa de nadie, es normal que a la gente se le olvide su conflicto interno, sobre todo porque ella tampoco habla mucho de ello. Con sus amigas en Madrid se ha visto en esas muchas veces. Gente alrededor que bebe una cerveza tras otra sin percatarse del estado que eso a ella le produce. Está demasiado nerviosa y total, solo es una cerveza, la necesita. Coge la que le corresponde y le da un trago largo. La mezcla de satisfacción y culpa es un sentimiento de sobra

conocido para ella. Ya pensará en eso más tarde. Mañana quizá sea capaz de decir que no. La esperanza siempre supone algo de luz en la mente de todo adicto.

- ¿Os acordáis de aquel chico con el que Flavia no dejaba que Elisa se juntara? - están los cuatro de nuevo sentados en la mesa del jardín - solía decirle que se alejara de él, que era un “don nadie”. Nunca supimos por qué le tenía tanta manía.
- Sí... - Águeda mira hacia arriba reflexiva.
- Juande - es Santi el que responde.

En ese momento, Adela la mira para ver si comprende la situación, pero ella ya hace rato que se ha dado cuenta de lo que pasa. Solo estaba esperando a que la mujer lo compartiera con el resto.

- Rebeca encontró esta foto entre unos papeles de su madre. Debíó hacerla Elisa la vez aquella que vino al pueblo - pone la foto encima de la mesa - este señor que veis aquí es el padre de Juande, murió hace tiempo ya - Águeda y Santi no parecen entender bien qué pasa - y debíó ser el hombre con el que Flavia tuvo aquel *desliz*. El padre de Juande era el padre de Elisa. Eran hermanos. Por eso su madre no quería que se acercara a él.

Al escucharlo en alto en palabras de Adela, la sensación de conmoción es mayor que unos minutos antes cuando todo eran suposiciones. Ese señor que han visto hace un rato ¿es hermano de su madre? ¿Es su tío? Tiene una hija y una nieta. ¿Son familia suya también? Emilio no era su abuelo. Federico, aquel hombre de historia fascinante, no era su bisabuelo. Hace dos días conoció a gente de su familia que ahora resulta que en parte no lo es. Todos esos “yo soy de tu abuelo” ¿qué significan ahora? ¿De quién es ella?

- No tengo ni idea de qué averiguó Elisa para llegar a tener esa foto, pero todo encaja - Adela continúa hablando con firmeza - aunque no creo que ellos fueran conscientes.
- Todo encaja - ha conseguido recuperar el habla y los tres la miran, le parece incluso que con algo de compasión.

Se levanta sin decir nada y entra en la casa. Necesita estar sola y algo más de beber. Saca otro botellín de la nevera y se lo bebe de dos tragos. Va a por el tercero. Águeda entra y la sorprende tirando los vidrios a la basura. La mujer no dice nada, pero a ella el efecto del alcohol la envalentona.

- Siento mucho las molestias que he causado viniendo aquí - no sabe si lo dice de verdad o simplemente quiere molestarla porque está profundamente agotada - no te preocupes, nos iremos muy pronto, solo necesito ordenar un poco las ideas.
- No hace falta que os vayáis
- Pero no te pareció buena idea que viniéramos
- Las niñas son adorables, me alegro mucho de haberlas conocido
- Ya...
- Mira Beca, cada uno lo hacemos lo mejor que sabemos y a mí no me gusta ver sufrir a mi hermana. Con lo de tu madre lo pasó muy mal. Tardó tiempo en dejar de pensar en su adorada prima y cuando Elisa murió, pasó días encerrada en su habitación mirando fotos antiguas. De una forma u otra siempre os ha seguido la pista a ti y a Bruno, pero nunca se ha atrevido a ponerse en contacto con vosotros, hasta el día del tanatorio. La llegada a Albuquerque de Paloma hizo que de alguna manera se sintiera mejor, pero tampoco quiso preguntarle qué había pasado. A veces es mejor no saber.
- Yo quiero saberlo todo. Era mi madre.
- Y estás en tu derecho
- Voy a preparar la cena de las niñas
- No te preocupes, ya lo hago yo.

*Entrada al diario: A veces me gustaría gritar muy alto, pero no quiero asustaros. (Foto de Adela, Santi y Águeda sentados alrededor de la mesa del jardín)*

## Día 10

Cuando abre los ojos las niñas no están en la habitación. Mira el reloj, las once y media. Cómo ha podido dormir tanto. La pastilla hizo su efecto. La noche anterior no volvió a salir al jardín, no tuvo fuerzas para seguir con la conversación. En menos de dos días ha descubierto que su abuelo Emilio no era su abuelo y que su madre tenía un hermano con una hija y una nieta. ¿En qué lugar la deja eso a ella? ¿debería hablar con él y contárselo? Está segura de que Juande no sabe nada de toda la historia, quién es ella para venir de repente a revolucionar su vida, que parece bastante tranquila. Se quedó hecha un ovillo entre las niñas, las tres en la cama, viendo una película en la tablet. Menos mal que la cogió antes de salir de Madrid, nunca se acuerda. Era la tercera vez que veían E.T. Les encanta la parte en que los niños disfrazan al extraterrestre de fantasma, se mueren de risa. La risa de sus hijas como antídoto contra el desasosiego. Aun tarda un rato en salir de la cama. Como tantas veces, quiere dejar fijado en su cabeza cómo va a ser el día. Hoy será capaz de decir que no. Baja las escaleras, se oye más bullicio que otras veces. Las niñas, sentadas en el suelo, inflan globos de colores. Adela está moviendo los muebles hacia un lado, Águeda sale de la cocina preguntando por qué no queda leche.

- ¿Qué está pasando?
- Tenemos una fiesta que dar.

¿Cuál fue la última fiesta que ella había organizado? Posiblemente el cumple de alguna de las niñas, pero no lo recuerda. Más de una vez se había imaginado la celebración de su cuarenta cumpleaños. Invitaría a todos sus amigos, más de cien personas había calculado. Lo haría al aire libre, aprovechando que es en verano. Contrataría a un DJ, quizá a algún grupo que tocara en directo sus canciones favoritas de Oasis. *I need to be myself. I can't be one else.* Habría reencuentros, bailes, algo de droga...Una fiesta que nadie olvidaría. No se imaginó que cumpliría cuarenta años perdida por Extremadura con sus hijas en una furgoneta, ni mucho menos que darían una fiesta en su honor personas hasta hace poco desconocidas para ella.

*Entrada al diario. La primera de muchas fiestas que vais a organizar. (Foto de las niñas inflando globos)*

Los invitados están citados a las ocho de la tarde. Unos minutos antes parece cundir el pánico porque esté todo listo. La última fiesta en esa casa fue en el verano del 2000, de

eso hacía demasiado tiempo. El jardín está iluminado con pequeñas luces blancas colgando de los árboles.

- Habrá que esperar a que anochezca del todo para comprobar el efecto que hacen-  
Águeda ha sido la encargada de colgarlas

Las niñas se han puesto sus mejores galas. Unas faldas que compraron hacía unos meses en un mercadillo organizado por la cantante Zahara. Una negra y otra blanca, de esas que sueltan purpurina por todas partes. *Llévame a bailar, como si aun fuera real*. A Julia le queda algo larga, se la acabará pisando. Ellas van a ser las encargadas de la música. Cuando llegaron a la casa hacía unos días le había sorprendido la colección de vinilos de las mellizas. Llegó a pensar que quizá había heredado la melomanía de esa parte de la familia. The Beatles, Pink Floyd, Bob Dylan, Eric Clapton, Bangles, Fleetwood Mac...la lista le resultó exquisita. Han acordado turnarse, un rato de tocadiscos, un rato de su lista de reproducción con el teléfono conectado a un altavoz. Todo lo que tenga que ver con la música a ella le parece bien. Ese año han empezado cada una con un instrumento. Blanca, la guitarra, Julia la batería.

La gente está empezando a llegar. Las mellizas le han pedido que las acompañe para recibirles en la puerta. Lo hace no sin algo de vergüenza, tiene la sensación de que todos la conocen, se siente observada. Debe concentrarse en controlar las ganas de beber. Esa noche no, ella puede. No quiere causar mala impresión, no quiere decepcionar a sus hijas otra vez. Todo el que entra lleva algo de comida en las manos. Bandejas con lasaña, ensaladilla, filetes empanados o rosquillas, desfilan delante de ella, como si de una película americana se tratara, una escena de esas en la que se ha muerto alguien y luego se reúnen en una casa. Se acuerda de pronto de que al día siguiente hará cuatro años que murió su madre. Tiene que apartar rápidamente ese pensamiento o no aguantará la fiesta entera.

El jardín está prácticamente lleno y la casa también. Hay gente por todas partes. Mayores, niños, también algunos chavales probablemente buscándose la vida para beber calimocho a escondidas. Paloma ofrece comida y las mellizas rellenan las copas de vino y los refrescos de unas botellas grandes. Santi está sentado en una de las sillas de madera del porche, fumando y con un botellín helado en la mano. Conversa con un hombre al que ella no reconoce. Se acerca para pedirle un cigarro.

- Claro niña, toma, ¿quieres que te lo lie yo? - ella acepta de buena gana.
- Gracias - mira hacia todos lados asegurándose de que las niñas no están y se lo enciende dando una calada rápida e intensa - hola, soy Rebeca - le tiende la mano al hombre sentado junto a Santi - perdonad que os he interrumpido.
- No te preocupes - el hombre le estrecha la mano con fuerza - si hemos esperado veinte años para tener esta conversación, podemos esperar unos minutos más.
- Es el marido de Carmen, ¿te acuerdas...? - ella asiente - su mujer nos ha hecho una encerrona aprovechando la fiesta, así que aquí estamos.

Parece que todo el mundo en ese pueblo tuviera de pronto la necesidad de resolver sus asuntos. Esos dos hombres, toscos, rústicos, ya entrados en años y sin ningún tipo de educación emocional, esforzándose para disimular el miedo que les produce enfrentarse a solventar sus diferencias. Le resulta todo tan conmovedor que los abrazaría en ese momento, pero hace un gesto con el cigarrillo a modo de agradecimiento y se marcha.

La ermita es el único lugar de la casa donde no hay nadie. Todo está en calma, solo se oye el murmullo lejano de las canciones. Han puesto *We will rock you* de Queen, la primera canción que se ha aprendido Julia con la batería. *Pum ta, pum pum ta*. Si se aleja un poco de todo quizá consiga superar las ganas de beber. *Venga, Beca, que tú puedes*. De las casi 500 páginas de la novela *Yo, adicto*, de Javier Giner, se quedó con la frase *adicto no es el que consume, es el que no puede dejar de consumir*. Su problema es que nunca ha tenido claro cuál es su problema. Se sienta en uno de los bancos y saca del bolsillo una libreta pequeña en la que quedan un par de hojas libres. Escribe con ansia, apretando tanto el boli que deja manchurroneos de tinta en algunas palabras. *Tienes que aguantar. Tienes que acordarte de lo mal que te sientes después de beber. De las lagunas. De la culpa. De la situación en la que pones a otras personas*. Si no quiere beber, ¿por qué lo hace? ¿Qué es lo que ocurre para que a pesar de haberse jurado a ella misma que no lo hará, pierda el control y una vez empieza, ya sea imposible parar? No sabe identificar el momento en que su cabeza hace clic. En el centro de adicciones y en las reuniones de Alcohólicos Anónimos hablaban mucho del concepto de control. Pero ella es una persona funcional que va todos los días a una oficina y no bebe. Y lleva el peso de una casa y de la crianza de dos niñas. Tan mal no lo estará haciendo ¿no? *Tienes que pensar en ellas. Tienes que pensar en ti*.

- Sabía que podías estar aquí - Adela interrumpe sus pensamientos - Perdona, solo quería decirte que acaba de llegar Juande, he pensado que quizá quieras saludarle.

Cuando los ve, el corazón le da un vuelco. El hombre va acompañado de una chica algo más joven que ella y de una niña de unos 7 años. Se parecen entre ellos, todos de tez oscura y grandes ojos marrones. Ellas llevan el flequillo recto, cortado impecable, como lo llevaba ella hace unos años. Saludan a gente, aunque parecen algo desubicados. Águeda le propone a la pequeña juntarse con Blanca y Julia, *están por allí, junto al tocadiscos*. La niña, algo tímida, le da la mano a la mujer y desaparecen entre la gente para entrar en la casa. Ella se acerca a Juande que se ha quedado con su hija. Está nerviosa, ¿qué les va a decir?

- Hola soy Beca - le da la mano a la chica.
- Hola, encantada. Gracias por invitarnos, ha sido tu cumpleaños, ¿no? Felicidades.
- Gracias - casi había olvidado que la fiesta es en su honor.
- Hacía mucho tiempo que no se juntaba tanta gente del pueblo - Juande se pone nostálgico - Yo era amigo de tu madre, ¿sabes? Sentí mucho cuando me enteré de su muerte, aunque hacía años que no se la veía por aquí.
- Ya...- no sabe qué decir, el corazón le va tan rápido que no puede pensar.
- Me alegro de que tú hayas venido y espero que no sea la última vez.

En ese momento le haría tantas preguntas. ¿Cómo conoció a Elisa?, ¿sabía que Flavia no la dejaba verle?, ¿tuvieron alguna relación?

- Yo también perdí a mi mujer hace unos años - el hombre la coge de la mano y su hija mira hacia otro lado, parece incómoda. En ese momento, se acuerda de nuevo de que al día siguiente hará cuatro años que murió su madre y le flaquean las piernas.
- Vaya, lo siento mucho.
- Sí... gracias - los tres se quedan callados.

Paloma, a la que las mellizas han puesto al día de los acontecimientos y que les ha estado observando de lejos, se acerca para liberar la tensión.

- Anda niña, ven a echarme una mano con esto.

Se excusa con Juande y su hija, que parece algo aliviada de que les dejen solos.

- Tomad algo a mi salud, luego nos vemos por aquí...supongo.

En el interior de la casa, la fiesta sigue. Julia, sentada en el suelo, está concentrada en las canciones. A su alrededor, montañas de purpurina, globos y papeles de caramelos. Blanca

graba algunas tomas de los invitados. Todos le siguen la corriente y dicen algunas palabras o hacen unos pasos de baile frente a la cámara. Paloma la lleva a un apartado en la cocina.

- ¿Qué habéis hablado?
- Nada, que es viudo.
- Eso ya lo sabíamos. ¿Nada más?
- No. Y voy a dejar las cosas como están.
- ¿No crees que el hombre tenga derecho a saber?
- A saber ¿el qué? No estamos seguras de nada. Son todo suposiciones.
- Ya... - Paloma no parece convencida, pero le deja claro que es decisión suya.

Antes de salir de nuevo al jardín, pasa por donde las niñas para proponerles una canción. Algo movido, quizá así animen a la gente a bailar más. Las deja pensando y va en busca de Santi para pedirle otro cigarro. Tiene que pasar rápido por delante de las mesas con la bebida, las ganas de echarse una copa de vino son insostenibles. No le apetece entablar conversación con nadie y se siente mal, es la invitada de honor. Abre y cierra las manos con fuerza, el hormigueo que la acompaña desde hace unos meses aparece cuando menos se lo espera. Da unas cuantas vueltas, pero no encuentra a Santi por ninguna parte. En lugar de eso se tropieza de frente con alguien a quien no esperaba volver a ver. Lleva el casco de la moto en la mano y una camiseta gris oscura de Joy Division. Las imágenes del bar y la cámara frigorífica pasan rápidamente por su cabeza. Nota como se ruboriza, la cara le arde.

- Me llamo Víctor, por cierto, no te lo dije el otro día - sonríe.
- Yo...
- Beca, ya lo sé. Aquí nos enteramos de todo, ¿recuerdas?
- Sí, ya lo veo.

Se escucha la versión de *Con Altura* de Las Ginebras. La original es de Rosalía, pero a las niñas esa les gusta más. La han bailado mil veces encima del sofá. Las mellizas murmuran entre risitas mientras les observan desde el porche y ella se siente ridícula.

- Al final no te has ido.
- No... han surgido algunas cosas... y las niñas quieren quedarse, así que nos iremos cuando se acaben los días.



- Yo me voy mañana ya...viene mi hijo de Sevilla para pasar unos días juntos - los ojos le brillan - me gustaría verte otra vez, otro día, en algún momento...en Madrid. Si te apetece...

Claro que le apetece, pero no es capaz de decir nada, no puede quitarle ojo a Juande y a su hija que están al otro lado del jardín hablando con una pareja a la que no ha visto nunca. La chica sonríe algo forzada, no parece tener muchas ganas de estar donde está. Víctor está de pie delante de ella como un pasmarote, esperando una señal, alguna respuesta, lo que sea.

- Beca ¿estás bien?
- Sí, perdona, nos vemos sí, algún día, te llamo... ahora me tengo que ir.

Le deja de pie con la palabra en la boca y entra en la casa para encerrarse en la alacena como si fuera un búnker al que nadie puede acceder. Sentada en el suelo se masajea las sienes, aunque no es que el gesto ayude demasiado. Tiene que salir a hablar con ellos, contarles lo de la foto, lo de las sospechas. Preguntarles si saben algo. Decirles que son familia, que no quiere perderles. Toda la vida ha deseado tener una familia como la que ha conocido esos días en Albuquerque y quiere volver cada verano a sentarse en las sillas bajas del porche. Estaría dispuesta a aprender a bordar para poder hacerlo junto a las mellizas. Quiere montarse en la parte de atrás de la camioneta de Santi y sentir la brisa y el polvo en la cara. Quiere darles a sus hijas todo eso. También hablaría con Víctor, *joder, por qué le he dejado ahí tirado*, le diría que tiene a algunos problemas, que le gustaría cambiar y poder relacionarse desde otro lugar que no fuera el miedo, que podrían dar un paseo por el Retiro o una vuelta en su moto hasta Robledo de Chavela. Alguien está golpeando la puerta. Es Blanca, seguida de su hermana. *Sabíamos que estarías aquí, es nuestro escondite*. Ya no suena música.

Se sientan a su lado y se acurrucan. Están cansadas. Julia cierra los ojos, en menos de dos minutos estará dormida. La sensación de afecto y ternura es tan grande que se le corta la respiración. Y es una sensación real. No pervertida o viciada por el consumo de alcohol. Casi ha terminado la fiesta y no ha bebido nada. Tiene que anotarlo en su diario. Punto para ella. Quizá consiga estar así dos días seguidos, y luego otro y otro. Las levanta con cuidado y coge a Julia en brazos. Blanca va detrás de ellas frotándose los ojos. *Es hora de irse a dormir*. La tenue luz de la lamparita de noche deja la habitación en una penumbra

agradable. En ese momento le parece el lugar más seguro del mundo, un sitio donde nada les puede pasar. Tiene ganas de tumbarse con ellas, pero sabe que no puede.

Cuando era una niña, cada noche, sin excepción, se levantaba de su cama para meterse en la de sus padres. Entre ronquidos y palabras inconexas, ambos le dejaban un hueco en el medio. Aunque discutían seguían compartiendo cama, nunca vio a ninguno dormir en el sofá. Son recuerdos lejanos y borrosos. Aquel era su lugar seguro y se lo arrebataron demasiado pronto.

No queda mucha gente cuando sale de nuevo al jardín. La noche está bonita, la luz de la luna brilla. Me dejaste sola, *sola con la luna, y me he dado cuenta de que su cara oscura tiene más luz que yo*. Anni B Sweet podría poner banda sonora a tantas vidas.

Juande y su hija se preparan para irse, dan besos a las mellizas y se muestran agradecidos por la invitación. El tiempo se agota. Se acerca y les sonríe.

- ¿Lo habéis pasado bien? Perdonadme, me hubiera gustado hablar más con vosotros, pero tanta gente, las niñas... - miente, se ha estado escondiendo toda la fiesta.
- Sí, ha estado bien ver a tantos conocidos. Esperamos repetir pronto, quizá la próxima la organicemos nosotros - mira a su hija que asiente con una leve sonrisa
- Te invitaremos, por supuesto.
- Estaré encantada de ir - quiere decir algo más, pero las palabras no le salen, se quedan agarradas en su garganta obligándola a tragar saliva.
- Bueno, pues nos vamos... - el hombre parece dilatar su despedida, como si esperara algo - Hasta pronto - coge a su nieta en brazos y los tres se marchan.

Se queda paralizada viéndolos ir, incapaz de hacer un movimiento o decir una palabra. Impotente, apretando los labios, preguntándose si les volverá a ver. La puerta del jardín se cierra tras ellos y se pierden en la oscuridad de la noche, como los fantasmas que eran hasta hace unos días. Adela se acerca y le pone la mano en el hombro.

- No te tortures niña. Ninguno hubiéramos sabido cómo hacerlo.

La abraza y ella rompe a llorar desconsoladamente. Es un llanto acumulado, como si lo llevara consigo desde que salió de Madrid. El jardín y la casa se han vaciado. No queda

nadie y no se oye nada más que el sonido ahogado de sus lágrimas contenidas. Paloma, Santi, incluso Águeda, se acercan a ellas para sumarse al abrazo. Es tan reconfortante que se quedaría en ese momento para siempre.

*Entrada al diario: está bien necesitar que otras personas nos apoyen y nos quieran. Sentir que no estamos solas. (Foto del jardín iluminado por cientos de bombillas blancas y donde se pueden ver los restos de la fiesta)*

## Día 11

No ha querido despertar a nadie, sabe que es una cosa que tiene que hacer ella sola. El reloj del teléfono aún no marca las 6. Es muy pronto, ni siquiera ha amanecido. Se viste sin hacer ruido. Antes de salir echa un último vistazo para quedarse con sus caras. Si las viera su abuela. La urna sigue en la caja y en el maletero de la furgoneta, en el mismo sitio que la dejó Bruno antes de marcharse. Han pasado cuatro años desde el fallecimiento de su madre. Cuatro años tan interminables como efímeros. Cuatro años de aquella tarde, en la que su hermano y ella, sentados en el sofá de casa de Elisa, derrotados, no sabían qué hacer con todas sus cosas. El mismo sofá donde unos días antes ella había muerto, sin sufrir, o eso les dijeron. Bruno y ella con los ojos enrojecidos de tanto llorar, llevaban tres horas tomando decisiones. Eran demasiadas cosas y miraran donde miraran algo les traía algún recuerdo. Las fotos enmarcadas eran lo peor. Ellos de adolescentes, Julia y Blanca de bebés. Después de apilar junto a las cajas la cuarta bolsa de ropa tuvieron que enfrentarse a la enorme estantería llena de libros. Ojalá vivir en un palacio y poder llevárselo todo. Verlo así de desordenado era muy triste. Decidió quedarse con aquello que pudiera utilizar en el día a día, para así tenerla más presente. Tres pares de pendientes, un espejo de madera, unos cuantos libros y fotos, una colcha de ganchillo y una gargantilla de la que colgaba una piedra con la letra E. También se llevó las fundas en las que guardaba sus vestidos de cuando iba a fiestas. Muchas lentejuelas y brillos dorados ochenteros. Y su vestido de novia.

Le había costado bastante decidir qué hacer con sus cenizas. Elisa no quería que se la comieran los gusanos, así que una vez incinerada, eso ya estaba. Durante unos días tuvo la urna en su mesilla de noche, pero cuando se despertaba por las noches la imagen le resultaba demasiado tétrica y no se podía volver a dormir. Al final había optado por ponerla en lo alto de la estantería de la habitación de sus hijas, en un sitio donde ellas no podían verla. Le gustaba pensar que desde allí se enteraba de todo lo que pasaba en sus vidas. Antes de salir de Madrid cogió la urna de forma impulsiva para cargarla en la furgoneta. No tenía ni idea de qué iba a hacer con ella, solo sintió que había llegado el momento de sacarla de casa. Unos días después de llegar a Albuquerque tuvo claro que era el sitio donde esparciría sus cenizas. Comienza a andar en dirección opuesta a la plaza, hacia los campos de encinas, tiene que encontrar el lugar perfecto. El sol asoma despacio, como si le diera pereza empezar su jornada. Pasea por un camino de tierra rodeado de

árboles. Ha dejado los cascos en casa y el pío de los pájaros es su banda sonora pero esta vez no le molesta. Media hora después llega a un claro rodeado por tres encinas. Elige la que le parece más bonita, la que tiene más presencia. Se agacha y a los pies del árbol cava un agujero con las manos. La tierra se le queda incrustada en las uñas, como cuando era una niña. La niña que su madre crio con todo el amor que supo. Cuando el agujero es algo profundo abre con cuidado la urna. Las cenizas están metidas en una bolsa de plástico. Su madre reducida a una montaña de polvo plastificada. Al abrir la bolsa, el aire se lleva una parte del contenido y millones de motas de color gris se pierden en la inmensidad del cielo, libres, sin mirar atrás. Saca una botella de agua que lleva en el bolso y pone el resto de las cenizas en el agujero vertiendo el agua por encima, así se mezclarán con la tierra y no se volarán.

- He pensado que este es un buen lugar, espero que te parezca bien - habla en alto mirando hacia la tierra mojada - En Albuquerque he descubierto a una persona que no conocía, te he descubierto, mamá – tiene ganas de llorar, pero se aguanta - ojalá me hubieras contado lo que pasó. Quizá no hubiera sido tan dura contigo en algunos momentos, quizá Bruno y yo podríamos haberte ayudado a encontrar a tu padre. Quizá hubiera entendido mejor por qué bebías hasta caer inconsciente y esa forma tuya de hacer frente a la vida, que como habrás visto, la mía no es muy diferente. ¿Tenías pensado ir a Alcohólicos Anónimos sin decírnoslo? Encontré una nota entre tus papeles. Joder, ¿por qué no me lo dijiste? Yo estuve yendo ¿sabes? Quiero pensar que sirvió de algo, me acuerdo mucho de los momentos allí. Me quiero poner bien. Por las niñas, sobre todo. Tendrías que verlas. Son preciosas. Blanca tiene un corazón enorme, no sé de dónde saca tanta empatía. Y cuida mucho de su hermana. Y Julia, bueno, es listísima. Lo pregunta todo, me recuerda tanto a ti, tiene tu misma mirada. Las quiero con locura. Ahora te entiendo, lo de ser madre y todo eso. Quiero esforzarme y hacerlo mejor que hasta ahora, solo que a veces no sé de dónde sacar las fuerzas. Albuquerque nos ha hecho mucho bien. Las mellizas han sido muy buenas con nosotras. Adela es mi favorita, sé que fuisteis muy amigas. Siento mucho que tuvieras que alejarte de todo esto. He hecho las paces con la tía Paloma, sé que es lo que hubieras querido. No te culpo por haberte enfadado con ella, es más, lo entiendo. De alguna manera te falló, nos falló a todos, pero al final, es de la poca familia que me queda y ella también ha sufrido. Bruno está bien, ya sabes cómo es, no le gusta involucrarse mucho, pero sé que puedo contar con él. Creo que es feliz con su

vida. Y respecto a mi padre... hablaré con él cuando encuentre el momento. Aunque parezca que no, me acuerdo de él todos los días, pero no creo que pueda explicarle lo que ha pasado. Contigo siempre era más fácil, a pesar de todo. Echo de menos nuestras conversaciones. Ojalá estuvieras aquí con nosotras, mamá. No es justo que te fueras tan pronto - es la primera vez en cuatro años que se dirige a su madre muerta y experimenta cierto alivio - Siento...siento no haberte ayudado más y haber estado lejos el día que te fuiste. Siento si alguna vez te hablé mal o te dejé sola, aunque por fin veo que no todo dependía de mí y que lo hicimos lo mejor que supimos. Nunca quisiste nuestra ayuda y ahora que soy madre puedo entenderlo, pero te equivocaste, mamá. Y no quiero que me pase lo mismo. Estoy asustada. Siempre creo que beber me hará sentir mejor y no es verdad. Hago lo que no quiero hacer, no tengo el control, necesito ayuda - en ese momento es consciente de sus palabras y de la necesidad que tenía de decirlas en voz alta, y lo único que sabe con certeza es que no quiere volver a levantarse una mañana atormentada por la culpa y el arrepentimiento.

El teléfono vibra en el bolsillo y la devuelve a la realidad. *Espero volver a verte. Llámame cuando te apetezca. Víctor.* Añade un emoji, el del corazón con la flecha. No contesta en el momento, tiene que pensarlo, siempre que se relaciona con alguien acaba en desastre.

- Bueno mamá, me tengo que ir - se agacha de nuevo y aplana un poco más el pequeño montículo de tierra - quiero aprovechar los días que nos quedan para estar con las mellizas, Santi, Paloma...y que las niñas disfruten un poco más de todo esto. Es difícil de explicar, pero es como si hubiera encontrado un lugar que llevaba tiempo buscando. Es este sitio, me hace querer ser mejor - antes de marcharse duda un momento si decir algo más, como si realmente tuviera a su madre delante y le diera algo de vergüenza - Me gustaría hablar con Juande, parece un buen hombre. Tiene una hija y una nieta, ¿sabes? Perdió a su mujer hace algunos años. Ahora sé que era de él de quien hablaste alguna vez, y te recuerdo hacerlo con nostalgia. Estoy segura de que fue una persona especial para ti. No me gustaría causarle problemas, quizá solo contarle lo que hemos descubierto, preguntarle si sabe algo... ojalá pudieras decirme qué hacer.

Mira hacia el árbol como esperando una respuesta, como cuando en las películas alguien manda una señal desde el más allá, pero no oye nada más que el sonido de su propia respiración, así que al final se marcha con el corazón algo encogido, viendo a cada paso

como la encina se hace más pequeña, diciendo adiós en su cabeza, como si fuera la primera vez que se despide de su madre.

*Entrada al diario. No os olvidéis nunca de vuestra abuela. (Foto de la encina donde está enterrada su madre)*

Cuando regresa, la casa sigue en calma, parece que todas duermen. Se acomoda en uno de los enormes sofás de tela estampada en flores de mil colores que presiden el salón y saca el teléfono del bolsillo del pantalón. Tiene algunos mensajes de su padre sin contestar, pregunta cómo están, ella y las niñas, lo típico. Desliza el dedo hacia arriba para revisar los mensajes anteriores, hay unos cuantos a los que no ha contestado en los que su padre insiste en preguntar. ¿En qué momento decidió obviarle? Va a tener que enfrentarse a eso, pero antes busca en el listado el nombre de su compañera de trabajo y escribe no sin antes vacilar y sentir en el pecho un hormigueo de nerviosismo. *Dame una semana más y prometo enviarte algo. Tengo casi 100 páginas.*

- Buenos días - Adela aparece de pronto y le da unos golpecitos en los pies - ¿todo bien?
- No estoy segura todavía, pero creo que lo estará.
- Ayer este chico, el hermano del dueño del bar de la plaza...
- Sí, Víctor.
- Nos pidió tu teléfono y nos dio apuro no dárselo.
- No pasa nada Adela, os lo agradezco.
- Entonces, ¿te gusta?
- Creo que sí - sonríe con picardía - Venga, vamos a tomarnos un café.

La cocina está algo destartada después de la fiesta del día anterior, quedan algunas cosas por recoger que ambas se afanan en quitarse de en medio para sentarse a desayunar tranquilamente. El perro entra buscando algo que echarse a la boca, su cuenco de pienso está vacío desde el día anterior, Santi estaba demasiado ocupado solucionando sus problemas con el marido de la Carmen. Ojalá todo haya llegado a buen puerto. El susodicho aparece en la puerta del patio y parece de buen humor. Hoy quiere ser él quien organice el día, quiere proponerles una excursión. En un gesto que le resulta tierno, el hombre le lía un cigarrillo y se lo ofrece. Después se adueña de la cocina para preparar el desayuno, *un desayuno que nunca olvidarán*. Suelta una risotada. Nunca le había visto de

tan buen humor como esa mañana. Cuando las niñas se levantan la mesa luce espléndida. Hay café, leche y cola cao. Pan tostado, mantequilla, miel y esa mermelada tan deliciosa que hacen ellos mismos. El zumo de naranja brilla a través de las jarras de cristal y todo está coronado por un jarrón de flores frescas que, expuestas a la luz que desde hace rato invade la estancia, colorean el ambiente como si de un cuadro de Georgia O'Keefe se tratara. Podría desayunar allí todos los días del resto de su vida. Paloma y Alfredo llegan cuando están terminando, quieren sumarse a su plan, si es que les parece bien.

Algo apretujados, todos se colocan en la parte de atrás del camión de Santi, menos Blanca y Julia que se han sentado con él en los asientos de delante. Las mochilas van hasta arriba de bocadillos variados y tupperes con tortilla de patata. Desde al aparcamiento del hotel Machaco, a las afueras del pueblo, sale una pista de cemento que pasa a ser de piedras hasta llegar a un camino de tierra rodeado de encinas y alcornoques. Se identifican porque tienen la mitad del tronco pelado *¿Sabíais que con eso se hace el corcho?* Aún es pronto así que el calor permite pasear cómodamente. Las niñas toman la delantera, han cogido unos palos que llevan a modo de bastón. Adela y Águeda van comentando algo acerca de un viaje que hacen cada cierto tiempo con otras mujeres del pueblo. Parece ser que a lo largo del año van poniendo dinero en un bote que una de ellas guarda, y cuando reúnen lo suficiente planifican una escapada de unos días.

- Es Águeda la que me anima siempre a ir, es la más aventurera de las dos. Aunque tampoco es que vayamos muy lejos. Las últimas salidas han sido a Barcelona, Alicante y Lisboa. A veces terminamos hartas, sobre todo de la Carmen que es una chismosa y le encanta criticar - todos se ríen - pero está bien salir, el pueblo a veces resulta claustrofóbico.
- Pues yo aquí tengo todo lo que necesito - Santi no parece estar de acuerdo.

Es un hombre solitario e independiente. Estos días que ha pasado con ellos le ha visto aparecer y desaparecer a su antojo, sin dar mucha explicación. Siempre liado con alguna cosa del huerto o algún arreglo que hacer en la casa o el restaurante. Asiduo al bar del hermano de Víctor, no perdona sus dos o tres botellines al terminar la jornada. Según ha deducido de alguna conversación, tiene algo de ganado, vacas y cerdos, *guarros*, como ellos los llaman. Se arrepiente de no haber hablado más con él o haberse interesado por su vida.



Paloma y Alfredo, cogidos de la mano, comentan cuánto tiempo hace que no pasean por allí. *Cuando nos conocimos veníamos mucho*. Son una pareja curiosa. Llevan juntos algunos años, pero cada uno sigue viviendo en su casa. Él es maestro de escuela jubilado, se nota que le gustan los niños.

- Hubo una vez, hace mucho tiempo, que Elisa se perdió por aquí. No tendría más de 12 años - Paloma, con la intención de entretener a las niñas que ya empiezan a quejarse del cansancio, se arranca con una historia - Vaya susto me dio, tantos años después y aún me acuerdo. Estábamos jugando unos cuantos en la plaza y de repente me di cuenta de que mi hermana no estaba, así que me puse como loca a buscar en los soportales, las tiendas, los bares...hasta entré en la casa de algún conocido. No me atrevía a decírselo a Flavia porque sabía que le caería una buena bronca. Uno de los niños que andaba por allí me dijo que la había visto andando en dirección al Hotel Machaco. Yo sabía que a ella le encantaban estos caminos, así que le pedí a Águeda que me acompañara - Águeda hace un gesto cómico dando fe de la historia - Vinimos por este mismo recorrido que acabamos de hacer nosotros, pero nada, no la encontrábamos. El dueño del hotel, un señor que de aquella ya estaba entrado en años y que solía dar paseos por allí, nos vio y quiso saber qué pasaba. Al final fue él quien la encontró y resultó que no estaba perdida. Salió tan contenta de entre los árboles contando no sé qué historias de unos duendes y unas hadas que vivían en los campos de Alburquerque. Nos insistió en que fuéramos con ella, que nos los iba a enseñar, pero a mí me dio miedo, ya estaba anocheciendo y en casa nos iban a regañar. *Tú te lo pierdes*, me dijo, y agarrándome del brazo emprendimos el camino de vuelta como si no hubiera pasado nada. Siempre fue muy fantasiosa, creo que leía demasiado.

Casi sin darse cuenta han llegado a lo alto de una colina donde por fin se paran a descansar. El paisaje es de los que invitan a respirar y a conectar con la naturaleza. La variedad de tonos verde de los árboles y arbustos contrasta con el azul de un cielo limpio y brillante. A lo lejos se ven algunas casas desperdigadas por las praderas, se pregunta quién las habitará y fantasea con comprar una en el futuro. Fantasea con darles a sus hijas algo que ella nunca tuvo.

Antes de que sus padres se separaran cambiaron unas cuantas veces de casa. La casa número cuatro fue la última en la que estuvieron todos juntos. Intentaban de cualquier manera que su matrimonio funcionara y les pareció buena idea comprar una casa enorme con un olivo y una pérgola naranja en el jardín. El cambio de escenario como solución a algo que nunca la tuvo, venía acompañado del drama de ir a un nuevo colegio. Que iban a tener una educación mejor era lo que les decían. Tenían que dejar atrás a sus mejores amigos, amigos de esos que se tienen con once años y parecen para siempre. Amigos con los que te cruzas años después y haces como si no conocieras de nada, incluso te congratula si parecen mayores, como si conservarte mejor que ellos convirtiera por arte de magia tus miserias en alegrías. Todo cambiaba de nuevo. Los compañeros, los profesores, la manera de colocarse en la fila por las mañanas. Dicen que los niños se adaptan rápido, sobre todo cuando les conviene a los adultos. En el colegio número cuatro tenía que llevar uniforme y lo odiaba. Una falda de esas escocesas en tonos verde y llena de hebillas con la que se sentía ridícula, y unos zapatos negros que no había usado en su vida. Recuerda a Bruno el primer día, al final de una hilera de niños, unas tres filas a la izquierda de la suya, mirándola con cara de circunstancias. Treinta años después su cara de circunstancias sigue siendo la misma. Aquel lugar no dejó ni la más mínima huella en su vida. Normal, el curso siguiente ya estaban en otro sitio. Cuando su padre se marchó la cosa no mejoró, tres casas en seis años, eran como nómadas. Así buscaba su madre su lugar en el mundo. Siempre había excusa para otra mudanza. Recuerda cada rincón de las habitaciones en las que pasó su adolescencia. Su favorita era aquella con un gran ventanal desde el que veía el jardín de la vecina, una señora mayor. La hipnotizaba cómo regaba sus flores, despacio, maceta a maceta. Les hablaba ¿qué les diría? Deseó ser aquella señora. En cada lugar quería sentirse en casa y vivían aparentando normalidad, pero parecía que nunca tendrían un hogar.

Prometió a las niñas que esa noche dormirían las tres en la furgoneta y al lado de la iglesia de Santa María, justo en frente del restaurante, hay un lugar perfecto para aparcarla. El largo día de caminata y conversación ha resultado agotador y tiene ganas de estar con ellas a solas. Están de nuevo las tres tumbadas sobre la cama que se despliega en el techo, como el primer día. Aquel día ni siquiera sabía que irían a Albuquerque. Ya nada es como aquel día. Blanca sujeta la cámara de vídeo y les enseña sus últimas grabaciones.

- Cuando les cuente todo a mis amigas van a alucinar - está en esa edad en que las amigas empiezan a ser lo primero. También empieza a vivir las emociones de manera más adulta.
- No lo dudo, hay muchas cosas que contar cuando volvamos a Madrid. ¿Tenéis ganas? - las rodea con los brazos, una por cada lado, empapándose de su olor a sudor infantil.
- Yo solo para ver a papá - mientras lo dice, Julia se acurruca un poco más contra ella.
- Seguro que os echa mucho de menos.
- Te quiero mucho, mamá. Gracias por estas vacaciones.

*Entrada al diario: A veces la vida no es más que el simple hecho de tener un lugar al que volver. (Foto de las tres, tumbadas en la furgoneta y sacando la lengua a la cámara)*

## Día 12

Los días antes de irse los componen una sucesión de imágenes familiares. Dormir hasta tarde. Desayunar en el jardín con los gatos roneando entre sus piernas. Baños en el río. Paseos al atardecer desde la casa hasta la plaza. El sonido de las campanas de la iglesia de San Mateo. Noches escuchando vinilos de Bob Dylan y John Lee Hooker. *I'm in the mood baby, I'm in the mood for love*. La lectura pendiente de una novela de Emma Cline. Dejar ganar a las niñas en los juegos de cartas. Cigarrillos de liar, infusiones. Evitar beber a toda costa. Cada mañana, la misma promesa anotada en su libreta. Si aguantaba un día, podría otro, y después, otro. Así, hasta que llegara a Madrid y pudiera ponerse de nuevo en manos de profesionales. Su dependencia no es física, es emocional. Quizá en eso tiene suerte. Pasa el dedo por encima de la pantalla del teléfono y relee por enésima vez algo que encontró hace unos días en internet y que cree que la podría definir. *Alcohólico ALFA: El alcohólico alfa presenta una dependencia del alcohol psicológica, pero no física. No existe, por tanto, síndrome de abstinencia. El consumidor mantiene el control sobre el consumo, pero no lo abandona porque utiliza la sustancia para paliar algún dolor emocional o psíquico*. Ella utiliza el alcohol como herramienta de evasión, despreocupación o voluntad, según lo necesite. ¿Cuántas decisiones habrá tomado bajo los efectos del alcohol? Malas decisiones, siempre. ¿Cuántas cosas ha dicho o hecho que estando en sus cabales le hubieran parecido un disparate? Esa mañana se ha levantado con la idea en la cabeza de hablar con las mellizas. Ya le queda poco para marcharse y de alguna manera, se lo debe, tiene que contarles lo que le pasa. No es algo fácil, porque no lo tiene claro ni ella, pero prefiere ser sincera que dejar que saquen sus propias conclusiones. Después de comer, mientras las niñas veían una película, ha reunido el valor suficiente para hablar y contarles su historia. De principio a fin. El accidente con el coche, el centro de adicciones, las reuniones de Alcohólicos Anónimos, las cervezas a escondidas en la fiesta medieval, los tequilas en el bar de la plaza. Se lo ha contado todo de corrido, sin dejarlas intervenir, hablando rápido y mezclando sin querer unas cosas con otras. Les ha confesado que está asustada, que no es la primera vez que intenta ponerse mejor, que no sabe si va a tener las fuerzas suficientes para no abandonar de nuevo, pero que lo quiere intentar, que sabe el daño que le hace el alcohol, que sabe el daño que le hizo a su madre y no quiere terminar igual que ella. Adela y Águeda, con la mirada atenta y el corazón en un puño, han escuchado lo que ocurrió aquella tarde que tuvo que llamar a una ambulancia para que llevaran a Elisa al hospital porque no se movía del sofá. Una niña de trece años sin soltar la mano de su madre, aguantando las miradas de compasión

de todo el que se cruzaba con ellas. Elisa, al salir, juró y perjuró que no volvería a pasar, que había sido todo un malentendido. Mintió. Claro que volvería a pasar. Ella no quiere que sus hijas tengan que llevarla al hospital a que le hagan un lavado de estómago. No quiere que sus hijas la vean con la mirada perdida diciendo cosas sin sentido o perdiendo los papeles por cualquier tontería. No quiere que sus hijas se avergüencen de ella ni que tengan el pensamiento de que estaría mejor muerta. Porque cuando murió Elisa, ella, de alguna manera, en lo más profundo de su corazón, sintió alivio. Al menos su madre iba a dejar de sufrir.

La calidez del apoyo de las mellizas ha sido reconfortante, sobre todo viniendo de Águeda. Estos últimos días la mujer se ha mostrado más cercana, no sabe si por compasión o por qué, pero ella lo ha agradecido. Ambas estaban esperando a que diera el paso de hablar con ellas, no van a juzgarla, van a ayudar en lo que puedan, *puedes contar con nosotras*. Ya no sirven vino en la hora de la comida. Ya no hay botellines de cerveza en la nevera. Le ha parecido que Blanca sonríe cuando la ve echarse agua de la jarra, aunque seguramente es cosa suya. ¿Se dará cuenta su hija de que lo está intentando?

Elisa cada cierto tiempo atravesaba épocas de lucidez y cuando eso ocurría, la vida era otra cosa. A veces eran días, otras semanas, podían ser incluso meses. Momentos en los que su madre parecía despertar de un profundo mal sueño y se llenaba de vitalidad y buenos propósitos. Estrenaba algo de ropa o iba a la peluquería. En ocasiones se cambiaba el color del pelo y sus rizos lucían más brillantes que nunca. Iba al cine, traía montañas de libros de la biblioteca, incluso alguna noche salía a dar una vuelta con alguna de las pocas amigas que le quedaban. Aquellas épocas ella descansaba de la vigilancia permanente a la que la tenía sometida. En una de las visitas de Bruno a Madrid desde Manchester, los invitó cenar a los dos en un restaurante en el centro de Madrid, en la calle Buenavista en Lavapiés. Era un sitio acogedor, simulaba el salón de una casa, con sillones orejeros y mesas pequeñas redondas que parecían más para tomar el té. Sonaba blues, algo tipo B.B. King, pero sin serlo. La música estaba lo suficientemente alta como para que en algunos momentos el ritmo la llevara a otros lugares. Su madre los animó a pedir lo que quisieran y ella pidió un agua con gas con una rodaja de limón. Ellos la imitaron. Conversaron animadamente acerca de sus vidas, como si fueran un grupo de amigos. Bruno salía por aquel entonces con una chica inglesa que lo traía de cabeza y eso hacía que su madre se riera a carcajadas. Eran momentos en los que ella fantaseaba con que sus

vidas fueran siempre así, pero sabía de sobra que llegado el momento todo se torcería de nuevo. Siempre pasaba. Allí sentada en el jardín de casa de las mellizas piensa en todo eso y en que daría cualquier cosa por volver a estar los tres juntos. Mostraría más interés por Elisa. *¿Qué pasa, mamá?* Le habría dicho. *¿Por qué sonríes, pero tu mirada es siempre triste?* Quizá, si volviera atrás en el tiempo, no daría por sentado que lo de su madre era un caso perdido.

*Entrada al diario: No suelo hacer caso a los presentimientos porque la mayoría de las veces los que tengo son malos, pero esta mañana he tenido uno bueno y voy a hacerle caso. (Foto del patio tomada desde la ventana de su habitación. Se ven el huerto, el perro dormitando y los campos de encimas a lo lejos)*

Por la tarde han ido todos a visitar el árbol de Elisa y ha sido muy emotivo. Al principio se han mostrado algo contrariados, allí entierran a los muertos en el cementerio, es la primera vez que van a visitar a un difunto a un árbol. Les ha explicado que Elisa insistió mucho en que no quería que enterraran su cuerpo, que esa idea de darle al alma un lugar eterno no le gustaba nada. Es cierto que no dijo lo que quería que hicieran con sus cenizas, quizá hubiera preferido que las esparcieran por el mar, pero a ella dejarlas en Albuquerque le parece la mejor de las ideas. Todos se han mostrado de acuerdo con eso y con el lugar que ha elegido. El paseo hasta allí es agradable, podrán hacerlo siempre que quieran.

Adela ha llorado sentada a los pies de la encina mientras, moviendo los labios de forma casi imperceptible, parecía hablar con Elisa en su mente. Quizá haya rememorado los momentos que vivieron juntas siendo unas niñas o quizá le ha pedido perdón por no insistirle más cuando desapareció. Lo que sea se queda entre ellas. Santi se ha quitado la gorra y se ha quedado un momento de pie frente al árbol como presentando sus respetos, en un gesto que ha resultado algo cómico. Julia, arrodillada en el suelo y con ayuda de Águeda, ha plantado unas flores para su abuela. También han enterrado unas pulseras de colores como regalo. Blanca lo ha ido grabando todo con delicadeza, acercándose con prudencia cuando era necesario captar algún detalle. Luego todos se han quedado un momento en silencio dejando al sonido de los grillos hacerse con el protagonismo, mientras el sol y las nubes libraban su particular batalla. Al final, Paloma se ha quedado

un rato a solas cuando el resto se han marchado. Ella también tenía cosas que decirle a su hermana.

Esa tarde al volver a casa han merendado todos juntos alrededor de la mesa del jardín. Por primera vez desde que llegó se ha animado a preparar ella algo y ha querido honrar a su madre haciendo su famosa tarta de chocolate y zanahoria. A las niñas les encantaba meterse con su abuela en la cocina a prepararla. A pesar de que eran muy pequeñas, Elisa les dejaba toquetearlo todo y se sentían verdaderas cocineras. Blanca mete las manos en el bol lleno de zanahorias cocidas para aplastarlas hasta hacer una pasta que después irán repartiendo por capas. Galletas, zanahoria, chocolate. Galletas, zanahoria, chocolate. Y así hasta que la tarta tenga la altura suficiente para resultar deliciosa. Adela les ha contado, no sin cierto pudor, que esa receta se la enseñó ella hace muchos años, *en otra vida*, y que no podía estar más feliz de que hubiera traspasado generaciones. Blanca y Julia han prometido que ellas también se la enseñarán a sus hijos, *porque está muy rica*. Todos han reído, pero ellas no entendían a qué venía tanta risa, así que han optado por comerse dos trozos más cada una. La tarde ha resultado de lo más agradable, una tarde en familia.

Las niñas por fin se han acostado, pero ella no se siente cansada, tiene más energía que cualquier otro día y la necesidad de sentarse a escribir. Prometió a su compañera que en breve le enviaría algo y lo quiere hacer. Saca el portátil y se instala en la mesa de la cocina. El ambiente está tranquilo, solo se oye de lejos el murmullo de una televisión en el cuarto de alguna de las mellizas, posiblemente de Águeda, aunque no lo reconozca le gustan los programas del corazón. El fresco que entra por la puerta del patio es agradable. Aporrea el teclado como si fuera la protagonista de una secuencia a cámara rápida en alguna película antigua en blanco y negro. Las palabras brotan como flores, las manos descontroladas. Es una velocidad que no recordaba. Las ideas se apretujan unas con otras y algunas le cuesta entenderlas incluso a ella misma. Las escribe muy rápido construyendo hilos que atraviesan su cabeza de frontal a occipital. Hilos que se rompen y no llevan a nada, otros que se mantienen y aportan soluciones a las tramas. Tres horas después y superadas desde hace rato las 100 páginas, considera que ha llegado el momento de enviarlo. Por fin tiene algo.

*Entrada al diario: ¿Os imagináis que algún día me publicaran la novela que estoy escribiendo? Un sueño para mí. Y vosotras, ¿qué sueños tenéis? (Foto del portátil en la mesa de la cocina)*



## Día 13

Es la tarde antes de marcharse. Las niñas han metido toda la ropa en sus bolsas de viaje y han ayudado a su madre a cargar la furgoneta. El perro no se ha separado de ellas en ningún momento, entrando y saliendo de la casa pisándoles los talones, como si quisiera aprovechar al máximo el tiempo que les queda juntos. *Te vamos a echar de menos, perrito.* Julia siempre deja que el animal le pegue lametones en la cara. Pone a su peluche sobre el lomo. *Jía, jía caballo.* Su hermana mayor la mira con reprobación. *Qué infantil.* Esa última tarde el ambiente está algo enrarecido, el nombre de Juande no ha vuelto a salir, parece que todos obviarán preguntar. Ya no queda nada para que se vayan a Madrid y el resto se queden en Albuquerque a seguir con sus vidas, como han hecho siempre, aunque después de esos días, sus vidas no vuelvan a ser las mismas. Paloma entra en la habitación mientras está terminando de hacer las maletas.

- ¿Necesitas algo?
- No, lo tengo todo controlado - se le hace raro esa intimidad con su tía después de tantos años alejadas, pero sonríe con agradecimiento.
- Las niñas se han ido con Santi a despedirse de la nieta de Juande, querían darle unas pulseras, ya sabes, se hicieron muy amigas el día de la fiesta, es una niña encantadora - la mira con atención a ver cuál es su reacción. Ella nota que se le acelera el pulso.
- Ah, no sabía. Estas se mueven ya por aquí con una soltura...
- Sí, se han hecho bien con el pueblo - ahora es Paloma la que sonríe - seguro que quieren volver - pasea por la amplia habitación parándose a observar los cuadros o a mirar por la ventana con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros desgastados. Quiere decir algo, pero no encuentra las palabras y eso genera cierta tensión.
- Bueno, creo que está todo. ¿Me echas una mano para terminar de sacarlo?

Ya fuera y con todo cargado en la furgoneta, se sientan en el bordillo de en frente de la casa y ella se lía un cigarrillo. El sol ha empezado a bajar y la temperatura es agradable. Paloma se limpia el polvo de la sandalia sacudiendo enérgicamente con la mano. El esmalte rojo de las uñas de los pies está empezando a desaparecer.

- Beca, quería darte las gracias - cambia de una sandalia a la otra - gracias por estos días contigo y tus hijas. Son maravillosas, estás haciendo un gran trabajo con ellas.

Ella asiente antes de darle una calada profunda al cigarro. No sabe si está preparada para esa conversación.

- Sé que no lo has tenido fácil todos estos años y que no he estado ahí para vosotras. Fue un error dejar que te alejaras cuando tu madre y yo nos enfadamos. Ya eras mayor, podría haber hablado contigo. Supongo que no sabía cómo explicarte todo lo que había pasado sin traicionar su confianza, y me convencí a mí misma de que era Elisa quien tenía que hablar con vosotros, pero todos los días pensaba en ti, en qué pasaría si intentaba ponerte en contacto contigo. Tuve miedo al rechazo, fui una cobarde y no sabes cuánto me arrepiento. Cuando ella murió debí aparecer, ese ha sido el mayor de mis errores, la segunda vez que la fallé. Nunca podré perdonarme por ello, pero de nuevo tuve miedo a que no quisierais saber nada de mí y además sabía que me pedirías explicaciones. Me aterraba la idea de tener que contarte el secreto de tu madre, ya había hecho suficiente contándoselo a Flavia, ¿Quién era yo para hacerte una cosa así? Me equivoqué otra vez. He dejado que pasara demasiado tiempo y te pido perdón.

Ella no sabe qué contestar, solo mira fijamente el cigarro, que lentamente está terminando de consumirse entre sus dedos. Da una última calada y lo deja en el suelo.

- Entre Elisa y yo las cosas no fueron siempre fáciles. Nuestra relación con Flavia era muy diferente y eso hizo que, entre nosotras, en ocasiones se generara un abismo, pero yo la quería mucho, era mi hermana joder. Si tú me dejas, ahora me gustaría estar, quiero que cuentes conmigo, con todos aquí. No lo hicimos bien con tu madre, y eso es algo con lo que tendremos que vivir - ha dejado de sacudirse las sandalias y la mira - pero podríamos hacerlo mejor contigo, mucho mejor, tenemos tiempo. No sabes cuánto os parecéis, a veces cuando te miro tengo que parpadear para volver al presente. Tenéis la misma mirada, esa mirada transparente que os delata cuando las cosas no van bien. Y de verdad quiero que seas feliz, quiero que sepas que somos tu familia.

Coge la mano de su tía en señal de que agradece sus palabras, pero no dice nada. En realidad, no sabe qué decir. Han sido unos días demasiado intensos, y sabe que vuelve a Madrid con el corazón más lleno de lo que lo traía, pero tiene aún mucho que asimilar.

Aparece Santi y dan la conversación por terminada. No trae a las niñas.

- Se han quedado allí, Juande y su nieta las querían invitar a merendar, iré luego a buscarlas.
- No te preocupes, voy yo.

*Entrada al diario: A veces cuesta, pero hay que saber perdonar. (Foto de Paloma y Santi sentados en el bordillo)*

La casa de Juande no es tan grande como la de las gemelas, pero es agradable. Dos butacones de color verde oscuro están colocados mirando hacia la chimenea. Se lo imagina con su mujer a la luz de la lumbre en los meses de invierno leyendo alguno de los libros que se apilan desordenados en la enorme librería que cruza una de las paredes de la estancia. Las niñas están en el jardín, en ropa interior, bañándose en una de esas piscinas móviles de color azul. Va a tardar más tiempo en sacarlas de allí del que pensaba y aunque eso la ha puesto algo nerviosa, ha tenido que aceptar el ofrecimiento de Juande. *Una coca cola está bien, gracias.* Se han sentado en el porche con sus bebidas a observar los chapoteos de las pequeñas. Han estado unos minutos en silencio.

- Así que os vais mañana.
- Sí, nos da mucha pena, pero tienen que pasar unos días más de vacaciones con su padre.
- Ya, entiendo. Espero que volváis a visitarnos pronto, las niñas se han hecho muy amigas.
- Claro, todo el mundo se ha portado muy bien.
- Las mellizas son personas muy queridas en este pueblo.
- Eso he visto, sí. Y su restaurante es un éxito.
- Las mejores cocineras de Albuquerque - el hombre se ríe y señala a las niñas - la pequeña se parece mucho a su abuela Elisa. Bueno...tú también - lo dice con algo de cautela.
- Sí, me lo han dicho mucho estos días... - a pesar del temor que eso le provoca, tiene que aprovechar que él ha sacado el tema - ¿conocías bien a mi madre?

El hombre parece dudar un momento antes de contestar y apura de un trago su refresco. Quizá le ha temblado un poco el pulso al dejar el vaso de nuevo sobre la mesa. Las niñas han salido del agua y se entretienen jugando a las cartas sobre una toalla en el césped. Está anocheciendo. La copa de un pruno situado en una esquina del jardín ondea

suavemente. El lugar está muy cuidado, casi pueden olerse las flores que se acumulan en los parterres.

- La conocía bien sí. Tu madre y yo fuimos buenos amigos, yo la quería mucho. Cuando éramos jóvenes y venía por aquí solíamos salir juntos ¿sabes? No en ese sentido...o bueno, sí - se remueve en la silla - fue hace tanto tiempo.
- Ya, supongo que te parecerá otra vida.

El hombre entra un momento en la casa y sale con una foto en la mano. En ella, puede verse a Elisa de joven, en una de las calles del pueblo. Su madre está de pie con los brazos en jarras, muy sonriente. Lleva una falda a media pierna, mocasines y un pañuelo en la cabeza. Qué guapa era. Por detrás, en letra cursiva algo desdibujada, puede leerse: *con cariño para Juande. Elisa. 1979.*

- Yo ayudaba a mi padre en la oficina de Correos y algunas veces ella venía a buscarme, siempre sonriendo y con los rizos cayéndole por la cara. Los jóvenes de ahora lo vivís todo muy rápido. En aquella época disfrutábamos del tiempo de otra manera. En realidad, disfrutábamos lo que nos dejaban. Tu madre y yo nos juntábamos con las mellizas, Santi y otros del pueblo para salir por ahí. Eran un grupo divertido, fuimos muy amigos, aunque luego el paso del tiempo, pues ya sabes...Solíamos tomar algo en la plaza o ir a bañarnos al río en verano. A tu madre le encantaba bailar, no se perdía ni una verbena. Todos sabían que entre nosotros había algo, pero nos dejaban a nuestro aire, sin presiones. Quizá Paloma nos vigilara un poco más, pero no a mala idea, se preocupaba porque su hermana estuviera bien.

Observa de lejos a Julia y a Blanca que siguen jugando a las cartas. Se ríen por algo. La relación entre ellas es bonita, pasan mucho tiempo juntas, incluso tienen sus propios códigos de comunicación y ella muchas veces no entiende de qué hablan. Aún son pequeñas, pero más de una vez ha visto muestras de cómo se preocupan la una por la otra. Ojalá sea siempre así.

- Un día me dijo que no quería verme más y aquello me dejó destrozado. No entendía qué podía pasar, yo sabía que me quería igual que yo a ella. Cuando le pregunté sus motivos no me dio muchas explicaciones, se excusó diciendo que al final ella vivía en Madrid y que era lo mejor para los dos que hiciéramos nuestras vidas. Supongo que tuvo que ver con Flavia, tu abuela. Nunca entendí porque

aquella mujer me tenía tanta manía, pero más de una vez la vi hacerle algún comentario por vernos juntos. Era una mujer seria, no muy accesible, nunca fui capaz de cruzar con ella más de tres palabras. Si se hubiera molestado en conocerme, quizá hubiera sabido que yo por Elisa hubiera hecho lo que fuera, pero nunca mostró interés, ella quería otra cosa para su hija. Un año después me enteré de que iba a casarse con Néstor, y al poco de eso conocí a la que se convertiría en mi mujer. Solo volví a verla una vez más por aquí, ya habíais nacido tu hermano y tú. Nos cruzamos en la plaza. Ella iba con tu padre y con vosotros. No nos dijimos nada. Y creo que nunca más volvió.

Ahora entiende por qué su madre en alguna de sus borracheras había hablado con esa nostalgia de Juande. Lo suyo fue un amor interrumpido. Se los imagina quedando en secreto en algún lugar del pueblo, una Elisa joven e inocente que dejó a aquel hombre porque no podía soportar más los comentarios y reproches de su madre que posiblemente la atormentara diciéndole que podía aspirar a algo más que el cartero del pueblo. O cualquier otra barbaridad. Esa Flavia lorquiana, controlando a su hija hasta tal punto que Elisa prefirió darlo todo por perdido antes que enfrentarse a ella. El hombre se ha quedado pensativo, con la mirada perdida. Es una mirada triste, de nostalgia e impotencia.

- Alguna vez te mencionó, ¿sabes? Lo recuerdo porque tu nombre es peculiar. Juan de Dios - él sonríe con la mejor de las intenciones y su cara por un momento parece iluminarse, aunque no dura mucho y rápidamente vuelve a sumirse en una especie de melancolía.
- Todo fue hace mucho tiempo.

Lleva un rato reuniendo valor para hablar con él pero las dudas no la dejan pensar con claridad. ¿Hace bien en contarle a este hombre algo que pasó 40 años atrás? Debe encontrar las palabras adecuadas. A pesar de que la historia tiene sentido, no hay nada seguro, podría acusarla de estar inventandoselo. Cuando ha llegado a la casa tenía claro que se marcharía de allí sin decir nada, pero esa conversación lo cambia todo. Le ve afectado, quizá le ayude a sentirse mejor encontrar una explicación al comportamiento de Flavia.

- Juande... hay algo que me gustaría contarte.

*Entrada al diario: Ayer Blanca me preguntó si soy más de cabeza o de corazón. A veces me gustaría que fuera de otra manera, pero corazón siempre. (Foto de Juande en la puerta de su casa)*

## Último día

El cielo ha amanecido lleno de nubes, aunque no tardará en salir el sol. Ya no quedan días. Llevan un rato paradas en la gasolinera de las afueras del pueblo, hay que llenar el depósito y hacerse con provisiones para el viaje. La despedida ha sido rápida, ha querido evitar situaciones incómodas. *Nos vamos a ver muy pronto*. Adela ha subido con Blanca y Julia a la furgoneta y les ha dado un beso. Antes de arrancar ha sacado la cámara por la ventana y les ha hecho la última foto del verano. La imagen de los cuatro diciendo adiós con la mano al final del camino merecía la pena. Luego se han hecho cada vez más pequeños hasta que han desaparecido. El sonido de la gravilla bajo las ruedas del vehículo y el polvo levantándose a su paso le han hecho un nudo en el estómago. Las niñas no han tardado en conectar la música. A veces cuesta estar en silencio. La música como antídoto. Blanca va escribiendo algo en un cuaderno, Julia en breve se quedará dormida. *Will you see me in the afterlife?* La envolvente voz de Sharon Van Etten cantándole al más allá invade el ambiente a pesar de estar a un volumen más bajo de lo normal. La vida puede ser maravillosa los tres minutos que dura una canción.

La tarde anterior había confirmado que Juande desconocía por completo que su padre hubiera tenido una aventura con Flavia, y se quedó estupefacto frente a la posibilidad de que él y Elisa fueran hermanos. El desconcierto del hombre fue tal que estuvo unos minutos sin decir nada, mirando fijamente hacia el suelo mientras distraídamente metía y sacaba los pies de sus roídas alpargatas. Las arrugas infinitas de alrededor de sus ojos se habían estrechado aún más por el esfuerzo de controlar las emociones que seguramente se acababan de agolpar en su pecho. Meneaba levemente la cabeza a los lados tratando de entender. Lo vio tan descolocado que por un momento llegó a arrepentirse de haber dicho nada, aunque ella se sentía bastante aliviada. El secreto de Flavia había dejado de serlo. Cuando el hombre volvió en sí, lamentó profundamente no poder corroborar la historia ya que su padre había muerto tiempo atrás y no tenía ni idea de quién más podía ser conocedor de aquello. Luego la había mirado por primera vez a los ojos.

- Entonces, ¿tú y yo somos familia? - era una pregunta que tarde o temprano surgiría y para la que debería haber estado preparada pero no pudo hacer otra cosa que encogerse de hombros.
- No estoy segura de nada, Juande, aunque para mí tiene todo el sentido.

Y de verdad quería que así fuera. Quería que aquel hombre formara parte de su vida si había sido tan importante para su madre. Quizá podría conocerla más a través de sus recuerdos. Estaba segura de que quedaban infinitas historias por contar. En aquel momento de la conversación había aparecido de repente la hija de Juande y aunque cordial, no pudo ocultar su sorpresa al encontrarla allí. Además, se mostró algo contrariada al ver a su padre alterado y a las tres niñas desnudas en el jardín y sin cenar. Había llegado el momento de marcharse, así que lo abrazó durante unos segundos.

- Te llamaré - le dijo al oído.
- Gracias - fue todo lo que él contestó.

Pidió a las niñas que recogieran sus cosas con prisa y se marcharon. Sería decisión de Juande qué contarle o no a su hija, pero ellas allí ya no pintaban nada.

El paisaje a los lados de la carretera le parece completamente distinto en el camino de vuelta a Madrid, pero no son los árboles o el color del cielo, es ella. Ha estado conversando con Blanca un rato antes de que se quedara dormida igual que su hermana. La niña está inquieta por la vuelta al colegio, el curso que viene será difícil, tendrá más deberes, ya no les dejan tener ni un fallo en las tablas de multiplicar. Además, no sabe si la relación con sus amigas va a seguir siendo la misma. Al final llevan todo el verano sin verse, quizá ya no se caen bien, quizá en unos meses todas han cambiado. Qué difícil manejar la incertidumbre y tratar de convencerla de que las cosas van a ir bien cuando ni ella misma lo sabe. La gente cambia, claro que lo hace. No hay muchos amigos que duren toda la vida, van y vienen, y caminos que en un momento se cruzaron, con el tiempo divergen disparándose en direcciones opuestas, pero si tienes suerte, la vida es larga y a veces te reencuentras con personas a las que no pensabas que volverías a ver. Piensa en su tía Paloma. Vivir también son segundas oportunidades. Pone el intermitente y se para en una zona de descanso. Las niñas siguen dormidas. Julia, con la boca abierta de par en par y esa respiración fuerte propia del sueño profundo, sigue abrazada a su peluche. Blanca ha dejado caer el cuaderno y el boli al suelo y tiene la cabeza apoyada sobre la ventana. Las mira con atención y por primera vez en mucho tiempo se siente orgullosa como madre. Deja la furgoneta con el aire acondicionado puesto y se sienta a liarse un cigarrillo en una de las mesas de picnic que hay donde ha parado. Cuando se lo enciende saca el teléfono del bolsillo del pantalón y busca el nombre de su hermano. *En breve*



*estaré en Madrid, me gustaría verte y contártelo todo.* El mensaje no se entrega al instante, Bruno es un desastre con el teléfono, seguro que tardará horas en verlo. Después busca el último mensaje de su padre y por enésima vez vuelve a leer ese “cómo estáis”, tan simple y vacío de contenido como cargado de trascendente significado. *Hola, papá, estamos muy bien, volviendo a Madrid después de unos días de vacaciones. Hablamos pronto.* Antes de enviarlo se queda pensativa. *Sé que llevo un tiempo obviándote, pero no me sale otra cosa. Es difícil responder a estos mensajes que envías de vez en cuando y en los que realmente no tengo claro si te importa cómo estamos o no. Creo que hace tiempo decidiste hacer tu vida y quizá haya sido yo, que nunca he sabido encajar en el lugar que me asignaste. No pretendo hacer ningún reproche, ya soy mayor para andarme con regañinas a través de mensajes, solo explicarte el porqué de mi vacío. Sé que nunca nos ha faltado de nada a Bruno y a mí y que desde que nacieron las niñas has tratado de acercarte a nosotras. Supongo que ha sido tu manera de ejercer como padre. Y no te culpo, estoy segura de que lo has hecho lo mejor que has sabido, pero tampoco puedo culparme a mí por necesitar otra cosa, por necesitar algo que nunca tuve.* Relee el mensaje y tras pensarlo un segundo pulsa el botón de borrar y lo elimina entero para teclear de nuevo: *estamos muy bien, hablamos pronto.* Añade el emoji clásico del beso. Al instante el mensaje aparece como leído y los puntos suspensivos se ponen en movimiento en señal de que su padre está contestando, pero cierra el mensaje y entra de nuevo en la furgoneta para ponerse en marcha. Ya lo leerá cuando esté en casa.

*Entrada al diario: Nos dicen que vivamos el presente, pero es imposible hacerlo dejando a un lado el pasado. Lo vivido forma parte de quienes somos, por eso siempre me ha aterrorizado la maternidad, por la huella que mi comportamiento o mi forma de ser pueda dejaros. Solo ahora veo que no tenemos por qué ser lo que otros fueron. Somos únicas en este mundo, seres individuales. Añoro mi infancia. A pesar de todo hay instantes que reviviría una y otra vez y me gustaría que en algún momento sintierais algo parecido, que recordéis vuestra infancia con cariño. Aun os queda un largo recorrido y solo vosotras decidiréis que personas queréis ser. La vida son constantes elecciones. Por eso dudamos, es natural, de no hacerlo no seríamos seres humanos con capacidad de razonar. Pensad en vosotras cuando lo hagáis, no cometáis el error de creeros egoístas por pensar en vosotras. Vais a descubrir que a veces las cosas no son fáciles, para nadie,*

*y en general no sabemos lo desgraciada que es la gente que nos rodea, porque decimos y hacemos cosas que no tienen nada que ver con las que pensamos o sentimos, tendemos a esconder nuestras miserias. A veces creo que la vida es como el sol que lucha por salir después de un chaparrón en otoño. He aceptado cosas de mí por las que siento el más absoluto desprecio y siempre he pensado que no sé ser de otra manera, pero no es cierto. Estaba confundida y estos últimos días he sentido una fuerte necesidad de reconciliarme. Mirarme al espejo sin sentir desdén o decepción. Estos días he aprendido que querer mucho a alguien no significa poder ayudarlo, y aunque viviré siempre con la idea de que podría haber hecho más por vuestra abuela, también me he dado cuenta de que no todo era culpa mía. Llevo demasiado tiempo pasando de puntillas por mi propia vida y no puedo seguir negando que tengo un problema que debo resolver. No sé qué habrá sido de nosotras cuando tengáis suficiente edad para leer estos diarios, ni si tendré algún día el valor para dároslos. Espero poder hacerlo. Así conoceréis a vuestra madre mejor de lo que yo conocí a la mía. Al final, lo que queda escrito no tiene por qué ser la verdad más absoluta, pero al menos se conserva para siempre. Os quiero. Mamá. (Foto de la furgoneta aparcada en la zona de descanso)*

La ciudad está tranquila, como todos los finales de agosto. La calle Quintana parece otra sin el ajetreo habitual, casi se percibe el olor del asfalto caliente. Las persianas de los edificios están bajadas y los pasos de cebra desiertos. El pitido de los semáforos se oye más que nunca. Siempre le gustó Madrid en verano, cuando la rutina da algo de tregua y se puede disfrutar de la ciudad como si fuera un pueblo. Todos los comercios están cerrados, solo se ve abierto el bar de la esquina, ese que se ha prometido no pisar en una temporada. Pablo las está esperando apoyado en el coche y con los brazos cruzados, sonríe, no parece molesto porque lleguen algo más tarde de la hora acordada. Casi tiene ganas de abrazarle. Deja la furgoneta en un vado, parece mentira que al final se haya acostumbrado a manejar las dimensiones del vehículo. Salen corriendo y se lanzan a los brazos de su padre.

- ¿Lo habéis pasado bien? - la pregunta es para las niñas, pero la mira a ella.
- Ha sido...interesante. ¿Os vais otra vez a la playa?
- Sí, unos días, está mi madre allí con mi hermana, ya sabes...
- Sí, ya sé...
- Papá, ¿sabes que hemos montado en caballo?

Antes de llegar, Julia ha prometido que en ese intercambio no lloraría, ha sido una promesa de cruzar dedos y esas se las toma muy en serio. La pequeña parece contenta. Mientras las dos hablan atropelladamente con su padre, ella cambia los bártulos de un lugar a otro. Tiene que hacer dos viajes. Después les pide que se acerquen, quiere despedirse de ellas. El nudo en el estómago aparece de nuevo. Sigue sin acostumbrarse a decir adiós. Nunca lo hará. Blanca y Julia la abrazan, cada una por un lado. *Te quiero, yo también, nos vemos muy pronto, pasadlo bien con la abuela en la playa.* Espera a que se suban en el coche y bajen las ventanillas para darles la mano de nuevo. Un minuto después el coche desaparece en dirección al Paseo de Pintor Rosales y ella se monta de nuevo en la furgoneta, ahora le parece más pesada y aparatosa. Coge el teléfono para buscar su lista de reproducción, da igual la canción que salga, ninguna sonará bien para esa vuelta a casa.

## Epílogo

Hace solo tres días que dejó a las niñas con su padre y esa mañana ya ha empezado a echarlas de menos. Está dentro de la normalidad, siempre le pasa cuando se van, que dos o tres días después comienza a notar su falta. El diario del viaje está encima de la mesa del salón, no lo ha guardado todavía. Está desgastado por los extremos y decorado con algunas pegatinas de animales que pegó Julia encima de las flores de la cubierta. Lo abre y se detiene en la foto de la encina donde están enterradas las cenizas de su madre. Es como si aquel día perteneciera a un pasado remoto. Aún no sabe que serán unas cuantas veces al año las que vaya a visitar el lugar y pasará largos ratos sentada en el suelo al lado del árbol conversando con Elisa. Desconoce que sus hijas la acompañarán e incluso llegarán a ir por su cuenta cuando sean mayores. Blanca quizá algún día le hable de lo difícil que resulta hacerse un hueco como guionista de cine y Julia de lo que le apasiona su trabajo como veterinaria. Tampoco sabe que Paloma acudirá allí religiosamente cada semana, unas veces ella sola, otras acompañada de Alfredo, para llevar flores frescas y hablar con su difunta hermana. Ese lugar la ayudará a reconciliarse con ella.

Cuando va a guardarlo junto al resto de diarios, se encuentra con la cámara de Blanca y la conecta al ordenador. Las imágenes, que en la pantalla más grande se aprecian con mayor claridad, le permiten volver a los momentos vividos allí. Hay partes que ni siquiera había visto. Adela y Águeda atareadas en el restaurante mientras la cámara las sigue durante un rato por los recovecos del lugar. Cuando descubren que están siendo filmadas, se tapan la cara con las manos riéndose y diciendo que les da vergüenza. Casi no se las oye debido al zumbido típico del restaurante hasta arriba de gente. De pasada se ve a algunas de las personas que conoció esos días, esas que eran de la familia de un abuelo que luego resultó no serlo. Mira los vídeos con nostalgia. En ese momento no sabe que su relación con las mellizas se estrechará con el tiempo, que las recibirá algunas veces como invitadas en su casa y las llevará por rincones madrileños presumiendo de ciudad igual que hacen ellas con el pueblo. El afecto de las niñas hacia ellas también crecerá. Tampoco sabe que pasará una larga temporada en Albuquerque con Adela cuando, transcurridos cuatro años desde su primera visita al pueblo, un infarto repentino arrebató a Águeda de sus vidas para siempre. Adela tardará más en faltar y cuando lo haga, sin

previo aviso, le dejará la casa en herencia, algo que ella tardará un tiempo en asimilar por no creerse en absoluto merecedora de ello. No sabe que quedan muchas fiestas de fin de verano aún por celebrar.

Las imágenes de Santi atareado en el huerto o dando de comer al perro son recurrentes, a él sí le gusta que le graben. Mirando a cámara, da a Blanca algunos consejos para que los tomates salgan buenos o para que las urracas no estropeen la cosecha. Se lo toma muy en serio. Es un hombre algo rudo pero tierno y atento, que, aunque ella aún no lo sabe, con el tiempo se convertirá en uno de sus mayores confidentes. En una de sus visitas a Madrid, Santi llenará su casa de plantas y le enseñará cómo cuidarlas. No volverán a faltar flores en su hogar gracias a él. El hombre, derrotado por el Alzheimer, terminará sus días en una residencia cerca de Albuquerque a la que ella irá de visita siempre que pueda. La confundirá con Elisa siempre que la vea.

Las mejores imágenes de Paloma son del día de la fiesta. La mujer, mientras se arregla el pelo con las manos y se coloca la blusa, responde a las preguntas de Blanca acerca de los preparativos. *¿Sabían que iba a ir tanta gente? ¿Quién ha decorado la casa?* Su tía coge a uno de los invitados y hacen unos pasos de baile frente a la cámara mientras se oye a Blanca reírse con ganas. Su relación con Paloma se va a reconstruir despacio. Al principio no le resultará fácil, demasiadas cosas que asimilar y perdonar, y llegará a sentirse algo abrumada por la insistencia de su tía. Con el tiempo, ambas recuperarán cosas que en su día las unieron y al final tía y sobrina conseguirán llegar a un equilibrio y recuperar algunos momentos perdidos. Enterrarán las cenizas de Paloma al lado de las de Elisa.

Las siguientes imágenes no se las esperaba y le producen un ligero latigazo en el pecho. Es ella sentada en una de las sillas del jardín. Está escribiendo algo en el diario, a ratos mira hacia arriba como buscando inspiración o da tragos a una cola- cola con hielo. Es un momento cotidiano, nada demasiado especial, pero en ese instante le resulta lo más bonito del mundo. Verse a través de los ojos de su hija. Blanca acerca la cámara cuidadosamente y enfoca su rostro en primer plano. La mirada entrecerrada a causa de la luz, los pliegues en las sienes. Se ve mayor, pero le gusta lo que transmite su cara mientras escribe. La escucha decir “esa es mi madre, siempre con sus diarios” y le parece notar algo de orgullo en sus palabras. De nuevo siente la necesidad de ser mejor. Rebobina y lo ve unas cuantas veces más.

La grabación de casa de Juande es la última de todas. No sabía que la niña había recorrido cada rincón grabando con la cámara y le resulta algo incómodo entrar así en la intimidad del hombre sin que él lo sepa, pero lo que ve le resulta agradable. Luego hay un primer plano de su nieta, que tímidamente canta una canción infantil y después le dice a la cámara lo contenta que está de haber conocido a Blanca y Julia. Blanca deja la cámara en el suelo y las tres niñas se estrechan en un abrazo. Es la última imagen de todas. Ninguna sabe que esa escena se repetirá otras veces porque Juande tomará como cierta la idea de que son familia y siempre que sea posible compartirán momentos juntos. Eso le traerá algunos problemas con su hija, que siempre pensará que la idea de que él y Elisa pudieran ser hermanos es un disparate.

Archiva todos los vídeos en una carpeta que titula *Albuquerque 2024* y apaga el ordenador. Aún tiene otra tarea pendiente.

*Estoy libre los próximos cuatro días y me gustaría vernos.* Añade el emoji del beso. Ha tardado, pero por fin contesta al mensaje de Víctor. Necesitaba pensarlo con calma. Hacía tiempo que no conectaba de esa manera con nadie y eso la atemoriza. No quiere sufrir ni causar sufrimiento. Teme que, al conocerla mejor, salga corriendo. ¿Cómo va a explicarle su situación? No se imagina que Víctor se va a convertir en una de las personas más importantes de su vida. Comenzarán encontrándose ocasionalmente durante el año siguiente hasta volverse indispensables el uno para el otro. Viajarán juntos, conocerá a las niñas, llegarán incluso a salir varias veces con Pablo y su nueva mujer. Su historia será de esas que nadie puede arruinar.

Ha quedado con Bruno por la tarde para ponerle al día de los últimos acontecimientos, le gustaría presentarle a Juande, está segura de que se llevarían bien. Las cosas entre ella y Bruno retomarán la normalidad de cuando ambos eran importantes en la vida del otro. Ella será su principal apoyo cuando dos años después del verano en Albuquerque, Bruno también tome la decisión de divorciarse. Esa tarde, su hermano ha insistido en que inviten a Néstor, sería un buen momento para reencontrarse con su padre después de meses sin verle. Ella ha dudado, le apetecía un rato a solas con su hermano, pero ha terminado accediendo. Quizá si están los tres sea menos incómodo. En su último mensaje, su padre

había manifestado las ganas de verla, la ha echado de menos ese verano, y a las niñas. Tales palabras viniendo de él la desconciertan. No ocurrirá ese día, pasará algún tiempo hasta que por fin tengan la conversación que se deben desde hace años, en la que ella se atreverá a confesarle algunos de sus sentimientos y, no sin falta de cuidado, le reprochará algunas cosas del pasado. ¿Cómo pudieron dejarles solos estando Elisa así? ¿Nunca supo nada de lo que le pasaba a su propia mujer? Néstor tratará de explicarle que Elisa nunca se dejó ayudar. Claro que bebía antes de que se separaran, la convivencia con ella se hizo insoportable, hasta que él no pudo más. Terminará reconociendo que lo podía haber hecho mejor, pero todas esas explicaciones llegarán algo tarde. Ella no será capaz de aceptar que su padre se fuera sabiendo cómo estaba su madre y que nunca se involucrara en sus vidas. Su relación no cambiará mucho, pero ya no sobrevolará sobre ellos ninguna incertidumbre y eso les ayudará a sentirse mejor en presencia del otro. Néstor le pedirá pasar más tiempo con sus nietas y ella le dejará siempre que quiera. Con las niñas lo hará mejor. Seguirán juntándose todos los veranos en la casa de la playa, donde ella aprovechará para terminar su novela, que finalmente acabará viendo la luz tres años después de haber enviado aquellas primeras 100 páginas. No le resultará fácil terminar el texto, muchos recuerdos que la llevarán de nuevo a lugares oscuros de su vida y a perder la cabeza más de una vez por el bloqueo de enfrentarse a una historia tan personal. La obra no venderá muchos ejemplares, pero gracias a ello hará algunos contactos y comenzará a escribir para algunas publicaciones importantes. Al final se hará un cierto nombre que le permita dejar su trabajo y pasará más temporadas en el pueblo escribiendo.

*Te espero el lunes a las 11.* Es un mensaje del terapeuta del centro de adicciones al que envió un mail al llegar a Madrid para contarle su situación y pedirle ayuda. Él la conoce bien y sabe cuáles son sus puntos débiles. Desde las últimas cervezas en casa de las mellizas no ha bebido nada. No sabe que todavía atravesará situaciones donde se desbordará emocionalmente y llevará a quienes la acompañan al límite de su paciencia, aunque finalmente logrará reconectar con sus mejores amigas. Se acostumbrará a tolerar la ansiedad y la tristeza sin recurrir al alcohol como escape y descubrirá una fortaleza dentro de sí misma que nunca imaginó poseer. Cada mañana que despierte sin resaca será una pequeña victoria y esas victorias construirán una nueva versión de sí misma. Aprenderá a sentir plenamente, a saber de quién rodearse y bailará más libre que nunca.

Pero todo esto... ella aún no lo sabe. **FIN**